

Ano Santo Compostelán



Xaneiro – Marzo 2010

ÍNDICE

1. BISPO DIOCESANO	7
1.1. CARTA PASTORAL: O SACERDOTE, TESTEMUÑA E MINISTRO DA MISERICORDIA DE DEUS.....	7
1.2. CARTA PASTORAL: EL SACERDOTE, TESTIMONIO Y MINISTRO DE LA MISERICORDIA DE DIOS.....	50
1.3. ESCRITOS.....	93
1.3.1. Escrito co gallo do Día de Vida Consagrada.....	93
1.3.2. Escrito para a Campaña contra a Fame de Mans Unidas.....	95
1.3.3. Escrito sobre a crise.....	96
1.3.4. Escrito co gallo da Campaña dos Santos Lugares.....	101
1.4. HOMILÍAS.....	102
1.4.1. Homilía na festa de San Xiao, patrono de Ferrol.....	102
1.5. AXENDA DO BISPO.....	106
2. SANTA SÉ	117
2.1. MENSAXE DO PAPA BENEDICTO XVI PARA A XLVII XORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POLAS VOCACIONES.....	117
2.2. MENSAJE DO SANTO PADRE BENEDICTO XVI PARA A CORESMA 2010.....	121
3. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA	127
3.1. NOTA DE PRENSA FINAL DA CCXV REUNIÓN DA COMISIÓN PERMANENTE DA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA.....	127

4. IGREXA DIOCESANA	133
4.1. CHANCELERÍA SECRETARÍA XERAL	133
4.1.1. Nomeamentos.....	133
4.2. CONSELLO PRESBITERAL DIOCESANO	133
4.2.1. Convocatoria de xuntanza	133
4.2.2. Acta da LXXIX reunión.....	134
4.3. SERVICIO DIOCESANO DE COMUNICACIÓN	139
4.3.1. Nota informativa.....	139
4.4. DELEGACION DO CLERO.....	140
4.4.1. Carta do Delegado	140
4.4.2. Carta do Delegado a todos os sacerdotes.....	141
5. CRÓNICA DIOCESANA	145
6. PUBLICACIÓNS	157
7. NA PAZ DO SEÑOR	161



- 1.1. CARTA PASTORAL: O SACERDOTE, TESTEMUÑA E MINISTRO DA MISERICORDIA DE DEUS
- 1.2. CARTA PASTORAL: EL SACERDOTE, TESTIMONIO Y MINISTRO DE LA MISERICORDIA DE DIOS
- 1.3. ESCRITOS
 - 1.3.1. Escrito co gallo do Día de Vida Consagrada
 - 1.3.2. Escrito para a Campaña contra a Fame de Mans Unidas
 - 1.3.3. Escrito sobre a crise
 - 1.3.4. Escrito co gallo da Campaña dos Santos Lugares
- 1.4. HOMILÍAS
 - 1.4.1. Homilía na festa de San Xiao, patrono de Ferrol
- 1.5. AXENDA DO BISPO

1. BISPO DIOCESANO

1.1. CARTA PASTORAL: EL SACERDOTE, TESTIGO Y MINISTRO DE LA MISERICORDIA DE DIOS

INTRODUCCIÓN

Queridos sacerdotes y seminaristas, queridos consagrados y fieles laicos:

“Como elegidos de Dios, santos y amados, vestíos de la misericordia entrañable, bondad, humildad, dulzura, comprensión. Sobrellevaos mutuamente y perdonaos, cuando alguno tenga quejas contra otro. El Señor os ha perdonado, haced vosotros lo mismo. Y por encima de todo esto, el amor, que es el ceñidor de la unidad consumada” (Col 3, 12-14)

Estamos viviendo el Año Jubilar Sacerdotal convocado por el Papa Benedicto XVI para conmemorar el 150 aniversario de la muerte del Cura de Ars. Es una buena oportunidad para recordar, es decir, pasar por el corazón y la oración, a tantos sacerdotes entregados amorosamente a Jesucristo en el ministerio que han dejado profunda huella entre nosotros. Hemos de manifestar nuestro amor a los sacerdotes y ayudarles a vivir aspirando a la santidad, llenos de alegría en su cotidiano quehacer apostólico. Esperamos que, a lo largo de este Año Sacerdotal, el Señor conceda al Obispo y a los sacerdotes de nuestra querida diócesis renovar la frescura de su entrega sacerdotal y su pasión por anunciar a Jesucristo. La intercesión del santo Cura de Ars la tenemos asegurada.

Pero, como recuerda el Papa actual, vivimos en un mundo cansado de su propia cultura, un mundo que ya no siente la necesidad de Dios, y en el que el hombre pretende construirse a sí mismo. En un clima de racionalismo que considera el modelo de las ciencias como único modelo de conocimiento y, en consecuencia, todo lo demás es subjetivo. En un mundo donde resulta difícil creer. Y, si es difícil creer, mucho más difícil es entregar la vida al Señor para ponerse a su servicio¹. ¿Cómo es posible ser sacerdote hoy? ¿Cómo es posible ejercer el ministerio en este nuevo tiempo, no para condenar al mundo sino para salvarlo? Sería imposible de no contar con la ayuda del Espíritu Santo y vivir fuertemente la alegría misionera de llevar a la gente de hoy a Jesucristo. Y, por otra parte, ¿cómo puede servir de referente a los sacerdotes de hoy el santo Cura de Ars muy alejado ya para nosotros en el tiempo?

¹– BENEDICTO XVI, *Discurso a los sacerdotes de la diócesis de Aosta. Iglesia parroquial de Introd*, 25 de julio de 2005.

Juan Pablo II respondía a esta pregunta en 1986: El Cura de Ars –decía– debió afrontar en el siglo pasado dificultades que no eran menos grandes que las nuestras. Por su vida y por su actividad fue para la sociedad de su tiempo, un gran reto evangélico que ha dado frutos de conversión sorprendentes. No dudamos de que él sigue ofreciéndonos todavía hoy ese gran reto evangélico².

Benedicto XVI, por su parte, ha explicado así la actualidad del santo Cura de Ars: “Lejos de reducir la figura de san Juan María Vianney a un ejemplo, aunque admirable, de la espiritualidad devocional del siglo XIX, es más bien necesario captar la fuerza profética que marca su personalidad humana y sacerdotal de altísima actualidad”. Y en la Carta que dirigió a los sacerdotes con motivo del Año Sacerdotal escribe: “El Cura de Ars consiguió en su tiempo cambiar el corazón y la vida de muchas personas, porque *fue capaz de hacerles sentir el amor misericordioso del Señor*. Urge también en nuestro tiempo un anuncio y un testimonio similar de la verdad del Amor: *Deus caritas est* (1 Jn 4, 8)”.

Creo que un camino válido para presentar la figura del Cura de Ars en nuestro tiempo es hacer hincapié en esa faceta característica suya y de todo sacerdote: sentir en el propio corazón y hacer sentir a los hombres y mujeres de nuestro tiempo el amor de Dios convertido en misericordia. Certeramente afirmó el obispo de la Eucaristía, Beato D. Manuel González: “Si la vida y acción de todo cura (y cuando cito este nombre me refiero al que lo es *opere et veritate*) son siempre un poder en la debilidad, de riqueza en la pobreza, de influencia transformadora y vencedora, en definitiva, en la humildad y en el silencio, la vida y la acción de un cura santo, como el Cura de Ars, es misterio sobre misterio”³.

En el Mensaje que los Obispos de España hemos dirigido recientemente a los sacerdotes nos expresamos así: “El corazón del sacerdote que fija la mirada en Jesús está lleno de amor, amor que tiene un nombre extraordinario: *misericordia*. San Lucas pone nuestra perfección en ser ‘misericordiosos’, como el Padre lo es. Y comentaba el Papa Juan Pablo II que ‘fuera de la misericordia de Dios, no existe otra fuente de esperanza para la humanidad’. Si esto es así, el futuro del mundo pasa por la misericordia de Dios, de la que nosotros somos ministros, especialmente en el sacramento de la Reconciliación. Nosotros hemos de recibir frecuentemente en este sacramento el perdón y la misericordia de Dios que nos renuevan. Regatear esfuerzos en el ejercicio de la misericordia, tanto en la vida de cada día como en la disponibilidad para ofre-

²– Cf. JUAN PABLO II, *Carta a los sacerdotes*, Jueves Santo 1986.

³– Prólogo a la obra de F. TROCHU, *El cura de Ars. El atractivo de un alma pura*. Ed. Palabra, 13ª ed., Madrid 2005.

cer a otros el sacramento de la Reconciliación, es restarle futuro al mundo. El sacerdote, como Cristo, es icono del Padre misericordioso”⁴.

Por todo esto presentaré algunos rasgos de la espiritualidad sacerdotal centrándome en la figura del sacerdote como testigo y ministro de la misericordia de Dios. Antes propondré unas reflexiones de carácter introductorio, aunque absolutamente imprescindibles, sobre la Iglesia como sacramento de la misericordia de Dios.

I. LA IGLESIA, SACRAMENTO DE LA MISERICORDIA DE DIOS

1. *Cómo se plantea el hombre de hoy la misericordia*

“La mentalidad contemporánea, parece oponerse al Dios de la misericordia y tiende, además, a orillar de la vida y arrancar del corazón humano la idea misma de la misericordia. La palabra y el concepto de misericordia parecen producir una cierta desazón en el hombre, quien, gracias a los adelantos tan enormes de la ciencia y de la técnica, se ha hecho dueño y ha dominado la tierra mucho más que en el pasado. Tal dominio sobre la tierra, entendido tal vez unilateral y superficialmente, parece no dejar espacio a la misericordia”⁵.

En nuestro mundo la misericordia no goza de buena reputación. Para muchos es un sentimiento pasajero que ante las miserias ajenas se ablanda y se entristece sintiéndose impotente para remediarlas, o una actitud envilecedora, sospechosa, encubridora de la injusticia. Es la virtud de los débiles y genera pasividad. Las personas vigorosas y capaces de valerse por sí mismas no necesitan ni recibir ni otorgar misericordia. La ‘cultura de la fuerza’, que caracteriza nuestro tiempo, es contraria a la misericordia. Sostiene que ofende la dignidad de la persona asistida e induce en el bienhechor una falsa conciencia de persona honorable. Por otra parte, la ‘cultura del deseo sin límites’ excluye la misericordia porque no permite pensar en los demás y, en todo caso, no deja sentir las necesidades ajenas.

Estas caricaturas de la misericordia contienen, no obstante, algunos elementos de verdad y denuncian que algunas veces ejercemos la misericordia de forma paternalista, practicamos una asistencia sin promoción, y herimos a los necesitados.

Para las miserias humanas hay un remedio que es la misericordia. Ante los fallos y las debilidades, ante la maldad humana incluso, hay quien reacciona

⁴– CEE, *Mensaje a los sacerdotes con motivo del Año Sacerdotal*, Diciembre 2009.

⁵– JUAN PABLO II, *Dives in misericordia* 2 [en adelante: DM].

con violencia o mira para otro lado. Pero también se puede 'dar el corazón a los miserables', que eso significa etimológicamente la palabra misericordia. La misericordia, lejos de ser debilidad, es la fortaleza del que ama. Así nos la presenta Jesucristo en el Sermón de la Montaña. Sólo Él se atrevió a llamar felices y bienaventurados a los hombres de corazón misericordioso. Sólo El ha prometido misericordia a quien la tenga con sus hermanos.

Aunque nos resistamos a admitirlo, *hemos de reconocer que la misericordia rige la vida de los hombres*. Sin ella no podemos vivir. Estamos hechos de tal modo, que si no recibimos gratis continuamente, se frustra nuestro destino. No podemos satisfacer nuestra ansia de felicidad con ninguna iniciativa nuestra por interesante y noble que sea. Sólo podemos vivir medianamente felices, si somos acogidos y sostenidos en el camino de la vida, si hay Alguien que nos levanta una y otra vez porque nos ama. No nos bastan las cosas que tenemos al alcance de nuestra mano, necesitamos lo que sólo se recibe gratuitamente, lo que llega a nosotros como un don imprevisible por parte de Dios, lo que nos sobreviene antes de todo esfuerzo nuestro. El amor, y esa forma de amar que es perdonar, son frutos granados de la misericordia.

2. ¿En qué consiste la verdadera misericordia?

La misericordia no es un sentimiento superficial ni una conmoción romántica pasajera. Tampoco es sentimentalismo vacío ni paternalismo estéril. Evoca un modo de actuar no sólo instintivo y pasional, sino unos comportamientos pacientes y constantes.

Sentir misericordia es dejarnos afectar de verdad por el dolor del prójimo: descubrir ese dolor, no pasar de largo ante él, solidarizarnos de forma eficaz con el que sufre. Mirarle con los ojos de Dios a quien "le conmueve la aflicción de su pueblo". Descabalgarnos, pues, de nuestra intransigencia y de nuestra frialdad al tratar a nuestros semejantes.

Practicar la misericordia significa ejercer las obras de misericordia, que tienen como destinatario principal al pobre. El sentido de la limosna, urgido de manera reiterada y constante en la tradición de la Iglesia, se inscribe en este capítulo: "Nadie podrá ser grato a Dios si no tiene el afecto de la limosna, enseña San Pedro Damiano. Quiero decir: que si no tiene qué dar, tenga deseos de dar. Y si no le sobran bienes, no le falten las riquezas de un espíritu generoso".

Es verdad que un problema tan grave como, por ejemplo, la pobreza en el mundo no se resuelve sólo con misericordia, pero tampoco se resuelve sin ella. La misericordia tiene que acompañar a la justicia para que ésta no degenera en una ideología o se convierta en una justicia inhumana.

Para entender mejor todo esto, podemos diferenciar los siguientes pasos a la hora de ejercitar la misericordia. En primer lugar, por decirlo así, se da una interiorización del sufrimiento ajeno, dejo que penetre en mis entrañas, en mi corazón, en mi ser entero, lo hago mío de alguna manera, me duele a mí. En un segundo momento, ese sufrimiento interiorizado, que me ha llegado hasta dentro, provoca en mí una reacción, se convierte en punto de partida de un comportamiento activo y comprometido. Por último, esa reacción se va concretando en actuaciones y compromisos diversos orientados a erradicar ese sufrimiento o, al menos, aliviarlo.

Ser compasivo y misericordioso es siempre lo primero y lo último en un seguidor de Jesucristo. Nada hay más importante. Tendremos que hacer muchas cosas a lo largo de la vida, pero la compasión ha de estar en el trasfondo de todo. Nada puede justificar la indiferencia ante el sufrimiento ajeno. La compasión ha de configurar todo lo que constituye nuestra vida: nuestra manera de mirar a las personas y de ver el mundo, nuestra manera de relacionarnos y de estar en la sociedad, nuestra manera de entender y de vivir la fe cristiana.

Misericordia es una actitud de apertura incondicional hacia el hermano, incluso hacia el enemigo, intentando restañar sus heridas con nuestra comprensión e indulgencia. Es la presencia de su dolor en nuestro propio corazón, y la de su pobreza física o espiritual en nuestra propia carne.

3. Dios se ha manifestado rico en misericordia

El pueblo de Israel experimentó que el Dios que salía a su encuentro era un Dios capaz de escuchar conmovido los gritos de su pueblo: “He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto; he escuchado su clamor...” (Ex 3,7). La razón que mueve a Dios a escuchar ese clamor no es otra que la misericordia: “Clamará a mí y yo le oiré, porque soy compasivo” (Ex 22,26). Ya desde el comienzo de la historia, Yahvé se revela como “Dios clemente y misericordioso, lento a la ira y rico en piedad” (Ex 34,6). La historia de la salvación se pone en marcha por obra y gracia de la misericordia divina. “La sabiduría que viene de arriba –y que es el mismo Dios- ante todo es pura y además, es amante de la paz, comprensiva, dócil, llena de misericordia y buenas obras, constante, sincera” (Sb 3,17)

La misericordia, la *hesed* divina, a pesar de la infidelidad del pueblo, es el rasgo más sobresaliente del Dios de la primera Alianza y llena la Biblia de principio a fin. Un salmo lo repite en forma de letanía, explicando desde la misericordia todos los eventos de la historia de Israel: “Porque eterna es su misericordia” (Sal 136).

La misericordia, en definitiva, es el modo de ser de Dios, su manera de ver la vida y de mirar a las personas, lo que mueve y dirige toda actuación suya. Dios siente hacia sus criaturas lo que una madre siente hacia el hijo que lleva en sus entrañas. Dios nos ama entrañablemente.

La confianza absoluta y constante de Israel en este amor misericordioso y tierno de Yahvé suena como una profesión de fe en aquella fórmula contenida en Ex 34,6-7: “El Señor, Dios clemente y misericordioso, tardo para la ira y lleno de lealtad y fidelidad, que conserva su fidelidad a mil generaciones y perdona la iniquidad, la infidelidad y el pecado”. Esta fórmula se recoge, total o parcialmente, en algunos otros lugares del Antiguo Testamento (Núm 14,18; Sal 86,15; 103,8.13; 145,8; Neh 2,13; Jl 2,13; Jon 4,2). Así llega hasta el Nuevo Testamento donde aparece la fórmula compendiada “rico en misericordia” (Ef 2,4). A menudo los orantes, necesitados de perdón, de ayuda y de protección, se dirigen a Dios invocando su piedad (Sal 4,2; 6,3; 9,14; 25,16; 51,3) y llamándolo Padre (Is 63,16; cf Sal 103,13). Pero es en Is 49,15 donde encontramos la imagen más bella y significativa del amor de Dios plenamente fiel. Cuando Jerusalén se duele de verse abandonada, el mismo Yahvé responde: “¿Puede acaso una mujer olvidarse del niño que cría, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues aunque ellas (las entrañas) lo olvidaran, yo no me olvidaría de ti”. Con esta atrevida imagen el profeta quiere expresar que el amor de Yahvé trasciende cualquier modelo humano, ya que no falla jamás.

En resumen: “La misericordia –como ha enseñado Benedicto XVI- es en realidad el núcleo central del mensaje evangélico, es el nombre mismo de Dios, el rostro con el que Él se ha revelado en la antigua Alianza y plenamente en Jesucristo, encarnación del Amor creador y redentor. Este amor de misericordia ilumina también el rostro de la Iglesia, y se manifiesta ya sea a través de los sacramentos, en particular el de la Reconciliación, ya sea con obras de caridad, comunitarias e individuales”⁶. Por todo esto, “es necesario aprender que la omnipotencia de Dios no es un poder arbitrario, pues Dios es el Bien, es la Verdad, y por eso lo puede todo [...] Dios es el custodio de nuestra libertad, del amor, de la verdad. Y este ojo que nos mira no es un ojo malévolo que nos vigila, sino la presencia de un amor que nunca nos abandona [...] La cumbre de la potencia de Dios es la misericordia y el perdón. El verdadero poder es el poder de gracia y de misericordia. En la misericordia, Dios demuestra el verdadero poder”⁷.

“La compasión –explica H. Nowen- consiste en tener el atrevimiento de reconocer nuestro recíproco destino, a fin de que podamos ir hacia delante,

⁶– BENEDICTO XVI, *Regina coeli* 30 de marzo 2008.

⁷– BENEDICTO XVI, *Homilía en las Vísperas celebradas en la Catedral de Aosta* 24.07.09

todos juntos, hacia la tierra que Dios nos indica. Compasión significa también 'compartir la alegría', lo que puede ser tan importante como compartir el dolor. Dar a los otros la posibilidad de ser completamente felices, dejar florecer en plenitud su alegría. Ahora bien, la compasión es algo más que una esclavitud compartida con el mismo miedo y el mismo suspiro de alivio, y es más que una alegría compartida. Y es que tu compasión nace de la oración, nace de tu encuentro con Dios, que es también el Dios de todos.

En el mismo momento en que te des cuenta de que el Dios que te ama sin condiciones ama a todos los otros seres humanos con el mismo amor, se abrirá ante ti un nuevo modo de vivir, para que llegues a ver con unos ojos nuevos a los que viven a tu lado en este mundo. Te darás cuenta de que tampoco ellos tienen motivos para sentir miedo, de que tampoco deben esconderse detrás de un seto, de que tampoco tienen necesidad de armas para ser humanos. Comprenderás que el jardín interior que ha estado desierto durante tanto tiempo, puede florecer también para ellos⁸.

Ahora nos explicamos muy bien por qué los santos no presumen de sus esfuerzos ni de sus cualidades, sino que todo lo atribuyen a la misericordia de Dios: "Mi único mérito es la misericordia del Señor, reconoce S. Bernardo. No puedo ser pobre en méritos si él es rico en misericordia. Y si la misericordia del Señor es grande, muchos serán mis méritos [...] Y si la misericordia del Señor dura por siempre, yo también cantaré eternamente las misericordias del Señor". Y añade con una atrevida metáfora que las llagas de Cristo son las ventanas por las cuales podemos de alguna manera asomarnos a la misericordia de Dios: "las heridas que su cuerpo [de Cristo] recibió nos dejan ver los secretos de su corazón, nos dejan ver el gran misterio de la piedad... ¿Qué dificultad hay en admitir que tus llagas nos dejan ver tus entrañas? No podría hallarse otro medio más claro que estas llagas para comprender que tú, Señor, eres bueno y clemente y rico en misericordia. Nadie tiene una misericordia más grande que el que da su vida por los sentenciados a muerte y a la condenación. Luego mi único mérito es la misericordia del Señor"⁹.

4. Cristo, imagen del Padre compasivo y misericordioso.

Jesucristo es "imagen de Dios invisible, primogénito de toda la creación" (Col 1,15; cf 2 Cor 4,4), "el resplandor de su gloria y la impronta de su ser" (Heb 1,3). "Haciéndose carne y habitando entre nosotros" (Jn 1,14), el unigénito del Padre es, desde su aparición en el mundo, el revelador del misterio del

⁸– H. J. M. NOWEN, *A mani aperte*, Brescia 1997, 47s

⁹– S. BERNARDO, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares* 61, 5, Madrid 1987, 771.

“Padre de las misericordias” (2Cor 1,3), es decir, Aquel que es fuente de la misericordia y que la derrama generosamente sobre nosotros.

El evangelista Lucas, “escriba de la mansedumbre de Cristo”, como le llama Dante¹⁰, nos presenta a Jesús que, al inaugurar su ministerio público en la sinagoga de Nazaret, hace suyas estas palabras de Is 61,1-2: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a llevar la buena nueva a los pobres, a anunciar la libertad a los presos, a dar la vista a los ciegos, a liberar a los oprimidos y a proclamar un año de gracia del Señor” (Lc 4,18-19). Cuando más tarde el Bautista envía a preguntar si El era el Mesías, responderá haciendo eco a las palabras del profeta: ‘Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia el evangelio a los pobres’ (Lc 7,22). En realidad, la vida pública de Jesús es todo un despliegue de amor y de misericordia frente a todas las formas de miseria humana. El revela el amor del Padre para con todos aquellos que física o moralmente se sienten destruidos y reclaman piedad y compasión, comprensión y perdón. Por ellos y para ellos, Jesús no sólo echa mano de su poder de realizar milagros, sino que se enfrenta incluso con la mentalidad estrecha y hostil del ambiente con tal de hacer el bien y sanar a todos (He 10,38). Médico de los cuerpos, pero sobre todo médico de las almas (Mc 2,17; Lc 5,21), muestra su actitud llena de indulgencia y de amor para con los pecadores, que encuentran en él un “amigo” (Lc 7,34), que no teme incluso sentarse a su mesa (Lc 5,27-32; 7,36-50; 15,1-2; 19,1-10), siendo éste un gesto provocativo en aquel contexto social.

En los evangelios vemos cómo Jesús se conmueve frecuentemente ante las necesidades de los hombres y ‘siente compasión’ por todos, sea cual sea su enfermedad o su necesidad (Mc 1,41; 5,19; 6,34; 8,2; Mt 9,36; 14,14; 15,32; 20,34; Lc 7,13). Por eso, todos los que recurren a él invocan su misericordia (Mc 9,22; 10,47-48; Mt 9,27; Lc 17,13; 18,38-39). Y le suplican: “¡Ten compasión de mí, Señor!” (Mt 15,22; 17,15; 20,30-31). En todo semejante a los hombres menos en el pecado, experimenta en su propia carne la dureza del sufrimiento humano (Heb 2,17-18), y acepta libremente morir en la cruz por la redención del mundo. Morir en la cruz ha sido el testimonio más patente de su amor misericordioso. Ahora, sentado a la derecha del Padre, permanece como “sumo sacerdote misericordioso y fiel” (Heb 2,17). A El podemos dirigirnos “a fin de obtener misericordia y hallar la gracia del auxilio oportuno” (Heb 4,16).

“Antes de que apareciese la humanidad de nuestro Salvador, -comenta S. Bernardo- su bondad se hallaba también oculta, aunque ésta ya existía, pues la misericordia del Señor es eterna. ¿Pero cómo, a pesar de ser tan inmensa,

¹⁰– DANTE, *De monarchia* 1,16.

iba a poder ser reconocida? Estaba prometida, pero no se la alcanzaba a ver; por lo que muchos no creían en ella. [...] Es como si Dios hubiera vaciado sobre la tierra un saco lleno de su misericordia; un saco que habría de desfondarse en la pasión, para que se derramara nuestro precio, oculto en él; un saco pequeño, pero lleno. Ya que *un niño se nos ha dado, pero en quien habita toda la plenitud de la divinidad*. Ya que, cuando llegó la plenitud del tiempo, hizo también su aparición la plenitud de la divinidad. Vino en carne mortal para que, al presentarse así ante quienes eran carnales, en la aparición de su humanidad, se reconociese su bondad. Porque, cuando se pone de manifiesto la humanidad de Dios, ya no puede mantenerse oculta su bondad. [...] ¿Hay algo que pueda declarar más inequívocamente la misericordia de Dios que el hecho que haber aceptado nuestra miseria? ¿Qué hay más rebosante de piedad que la Palabra de Dios convertida en tan poca cosa por nosotros? [...] Cuanto más pequeño se hizo en su humanidad, tanto más grande se reveló en su bondad; y cuanto más se dejó envilecer por mí, tanto más querido me es ahora”¹¹.

Dios se ha hecho hombre en Cristo Jesús, el Misericordioso, para que puedan acercarse a El los pequeños y los pecadores: “¡Gloria al Invisible que se ha revestido de visibilidad para que los pecadores pudieran acercarse a El! Nuestro Señor no impidió a la pecadora acercarse, como el fariseo esperaba que hiciera, porque todo el motivo por el que había descendido de aquella altura a la que el hombre no alcanza, es para que llegasen a El pequeños publicanos como Zaqueo, y toda la razón por la que la Naturaleza que no puede ser aprehendida se había revestido de un cuerpo, es para que pudiesen besar sus pies todos los labios, como la pecadora [...] Pero tuvo piedad de ella el Misericordioso, y su cuerpo puro santificó su impureza”¹².

Jesús no sólo revela la misericordia del Padre, sino que él mismo la encarna y por eso se atreve a perdonar los pecados de los hombres: “Tus pecados te son perdonados” (Mc 2,5). Por comportamientos como éste los fariseos y letrados de entonces le consideraron blasfemo: “¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?” (Mc 2,7), se preguntaban. En efecto, el comportamiento de Jesús hacia los pecadores y su pretensión de actuar en representación de Dios, le ganaron la condena a muerte. Murió como un maldito de Dios (Dt 21,23; Gal 3,13). “Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras”, enseña san Pablo (1 Cor 15,3; cf. 11,24). La gracia del perdón se obtiene a un alto precio: la sangre preciosa de Cristo (Cf. 1 Pe 1, 18s; 1 Cor 6,20).

¹¹ S. BERNARDO, *Sermón 1 en la Epifanía del Señor, 1-2*; PL. 133,141-143 en LH vol I, pp. 380-381.

¹² S. EFREN, *Sermo de Domino Nostro*, 48; citado en J. CARRON, *Bienaventurados los misericordiosos*: *Communio* 5 (1993) 406-407.

4.1. Las parábolas de la misericordia

Las parábolas más bellas que salieron de labios de Jesús son sin duda las de la misericordia de Dios. Jesús las contó para defenderse de las acusaciones de los fariseos y para justificar su conducta, llena de compasión y de misericordia con los publicanos y los pecadores (Lc 15,1-2). Las dos primeras, la de la oveja extraviada y la de la dracma perdida (15,3-10), se cierran con una alusión a la alegría que causa en el cielo la conversión, aunque sea de un solo pecador. Lo más sorprendente de la misericordia de Dios es que Él experimenta alegría mostrándose misericordioso. Jesús concluye la parábola de la oveja perdida diciendo: "Habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión" (Lc 15, 7). La mujer que encontró la dracma perdida grita a sus amigas: "Alegraos conmigo".

La tercera parábola es la más cautivadora. Llena de indicaciones de fina psicología paternal, muestra cómo un hijo pródigo y libertino es esperado pacientemente por su padre, que aguarda incansable su retorno. Cuando le divisa a lo lejos, lleno de compasión, corre a abrazarlo (Lc 15,11-32). Es la imagen más viva del amor ilimitado y sorprendente del Padre celestial, que Jesús nos revela de una forma incomparable. Como sólo él podía hacerlo. Los hombres que experimentan este amor han de ser testigos agradecidos: "Vete a tu casa con los tuyos –le encarga al endemoniado que ha curado- y cuéntales todo lo que el Señor, compadecido de ti, ha hecho contigo" (Mc 5,19). Así nos ofrece la clave para entender el significado más profundo de todos sus milagros. Es el Padre quien actúa en él (Jn 5,17) y el que en su persona manifiesta visiblemente su misericordia. Dios es como un Padre que no se guarda para sí la herencia, que espera siempre al hijo perdido, que ve a su hijo 'estando todavía lejos', se le "*conmueven las entrañas*", echa a correr, le abraza y le besa efusivamente como una madre. Un Padre que interrumpe la confesión del hijo para ahorrarle humillaciones y le devuelve la condición de hijo. Un Padre que acoge siempre a sus hijos perdidos y suplica a los hermanos que los acojan con el mismo cariño.

"No carece de significado que Lucas –comenta San Ambrosio, obispo de Milán- nos haya presentado tres parábolas seguidas: *La oveja perdida* se había descarriado y fue recobrada, *la dracma perdida* fue hallada; *el hijo pródigo* que daban por muerto lo recobraron con vida, para que, solicitados por este triple remedio, nosotros curásemos nuestras heridas. ¿Quién es este padre, este pastor, esta mujer? ¿No es Dios Padre, Cristo, la Iglesia? Cristo que ha cargado con tus pecados te lleva en su cuerpo; la Iglesia te busca; el Padre te acoge. Como un pastor, te conduce; como una madre, te busca; como un padre te viste de gala. Primero la misericordia, después la solicitud, luego la reconciliación. Cada detalle conviene a cada uno: el Redentor viene en ayuda,

la Iglesia asiste, el Padre reconcilia. La misericordia de la obra divina es la misma, pero la gracia varía según nuestros méritos. La oveja cansada es conducida por el pastor, la dracma perdida es hallada, el hijo vuelve donde su padre y vuelve plenamente arrepentido de su mala vida... Alegrémonos, pues, que esta oveja que había perecido en Adán sea recogida en Cristo. Los hombres de Cristo son los brazos de la cruz; aquí he clavado mis pecados, aquí, en el abrazo de este patíbulo he descansado”¹³.

Jesús contó en otra ocasión una parábola sorprendente y provocativa sobre *el dueño de una viña* que quería trabajo y pan para todos (Mt 20, 1-15). Contrató a diversos grupos de trabajadores. A unos a primera hora de la mañana, a otros hacia media mañana, y a otros a primera hora de la tarde, e incluso a los últimos, mediada ya la tarde, cuando sólo faltaba una hora para terminar el trabajo de la jornada. Sorprendentemente, a todos les pagó un denario: lo que se necesitaba para vivir durante un día. Cuando los primeros protestan, responde: ¿es que no tengo libertad para hacer lo que quiera con lo mío? ¿O tenéis que ver con malos ojos que sea bueno?”. El desconcierto tuvo que ser general. La misericordia de Dios está por encima de los méritos. Dios no actúa utilizando los criterios que nosotros manejamos.

En el recuerdo de sus seguidores quedó grabada otra parábola desconcertante sobre *un fariseo y un recaudador* que subieron al templo a orar. El fariseo reza de pie y seguro. Su conciencia no le acusa de nada. Cumple fielmente la Ley e incluso va más allá de sus exigencias. No es hipócrita. Dice la verdad. Por eso da gracias a Dios. El recaudador, en cambio, a penas de atreve a entrar en el lugar sagrado. No levanta sus ojos del suelo. Sabe que es un pecador y no está muy seguro de poder cambiar de vida. Por eso, no promete nada. Sólo le queda abandonarse a la misericordia de Dios: “Oh Dios, ten compasión de mí que soy un pecador”. Jesús concluye su parábola con esta afirmación sorprendente: “Yo os digo que este recaudador bajó a su casa justificado, y aquel fariseo no”. De pronto se rompen los esquemas. Lo decisivo no son los comportamientos humanos, sino la misericordia insondable de Dios. Dios es un misterio increíble de compasión que sólo actúa movido por su ternura hacia quienes confían en Él.

La *parábola del buen samaritano* representa tal vez la parábola más provocativa y la que mejor sugiere la revolución introducida por Jesús desde su experiencia de la compasión de Dios. Jesús habla de un hombre asaltado y abandonado medio muerto en la cuneta de un camino. Aparecen por allí en primer lugar dos viajeros: primero un sacerdote, luego un levita. Los dos vinculados al Templo, al culto a Dios. Podemos suponer que el herido los vería

¹³– S. AMBROSIO, *Tratado sobre el evangelio de San Lucas*.

lleno de esperanza porque pertenecían a su propio pueblo. Siendo representantes del Dios santo, sin duda tendrán compasión de él. Pero los dos ‘dieron un rodeo’ y pasaron de largo. Aparece en el horizonte un tercer viajero. No es sacerdote ni levita. Ni siquiera pertenece al pueblo elegido. Es un samaritano, miembro de un pueblo enemigo. Seguramente el herido sentiría miedo ante su presencia. Sin embargo, el samaritano ‘tuvo compasión’ y se acercó, se le hizo prójimo. Movido a compasión curó sus heridas, lo vendó, lo montó sobre su cabalgadura, lo llevó a una posada, cuidó de él y pagó todo lo que hizo falta. La sorpresa de los oyentes no podía ser mayor. Para Dios no cuentan las discriminaciones entre amigos y enemigos, no le detienen las barreras ideológicas o religiosas de los hombres. Jesús mira la vida con los ojos de las víctimas. Para él, la mejor metáfora de Dios es la compasión por los que sufren. Todo puede ser reordenado desde la compasión y desde la misericordia. La verdadera pregunta del cristiano no es ¿quién es mi prójimo?, sino ¿quién necesita que yo me acerque y me aproxime a él?

4.2. «Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia»

Jesús dice “Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia” y en el Padre Nuestro nos invita a orar a Dios Padre diciendo: “Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden”. Dice también: “Si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras ofensas” (Mt 6, 15). Estas frases podrían llevar a pensar que la misericordia de Dios hacia nosotros es un efecto de nuestra misericordia hacia los demás, y que es proporcional a ella. Nada de eso. Para poder ser nosotros misericordiosos hemos de acoger primeramente la misericordia de Dios. Se deduce de la correspondencia entre la bienaventuranza y su recompensa: “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia”, se entiende ante Dios, que perdonará sus pecados. La frase: “Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso”, se explica inmediatamente con “perdonad y seréis perdonados” (Lc 6, 36-37). Debemos, pues, tener misericordia *porque* hemos recibido misericordia, no solo *para* recibir misericordia. Pero hemos de ejercitar la misericordia, porque de lo contrario Dios nos retirará la suya, como el señor de la parábola se la retiró al siervo despiadado. La gracia va siempre por delante: “Como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros”, exhorta San Pablo a los Colosenses (Col 3, 13).

Nuestra misericordia, como la de Cristo, ha de ser humilde, pues la misericordia es amor, y, al ejercerla, no podemos herir los sentimientos de nadie. Para ser misericordiosos hemos de colocarnos a la altura del que sufre sus miserias. Porque es la compasión cristiana, y no una compasión meramente humana, la que nos impulsa a cargar con el dolor y el pecado ajenos. Porque ese pecado ha sido redimido por Cristo, ese dolor ha sido bendecido y es el

mismo Dios quien nos lo entrega para aliviar el peso del hermano. Solamente así sentiremos la alegría, en medio del dolor, que será nuestra más inmediata recompensa.

Si Dios perdona nuestros muchos pecados ¿cómo no perdonar nosotros las pequeñas ofensas del prójimo? Si Dios tiene misericordia de nuestra pobreza material y espiritual, ¿cómo no vamos a tener misericordia de aquellos compañeros de camino que reclaman un poco de comprensión y de amor? El apóstol Santiago afirma: “El juicio será sin misericordia para el que no ha tenido misericordia; pero la misericordia triunfa sobre el juicio” (2,13).

Un monje ortodoxo rezaba así: “Señor, lleno de misericordia, ¡qué grande es tu amor por mí, pecador! Tú me has dado poder conocerte, tú me das a saborear tu gracia. ‘¡Gustad y ved qué bueno es el Señor!’ (Sal 33,9) Tú me das a gustar tu bondad y tu misericordia, y día y noche, mi alma se siente irresistiblemente atraída por ti. El alma no puede olvidar a su creador porque el Espíritu divino le da las fuerzas de amar a aquel que ama; no puede saciarse, antes bien desea sin cesar ver a su Padre celestial. Dichosa el alma que ama la humildad y las lágrimas y que odia los pensamientos malos”¹⁴.

San Isaac de Siria (hacia el año 600) monje de Ninive (Iraq) comentando el mandato de Jesús: “Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso” (Lc 6,36), recomienda: “No intentes distinguir al hombre digno del indigno. Considera a todos los hombres iguales a la hora de servirlos y amarlos. Así los podrás llevar a todos hacia el bien. El Señor ¿no se sentaba a la mesa con los publicanos y mujeres de mala vida, sin apartar de su presencia a los indignos? Así, tú harás el bien y honrarás igual al infiel y al asesino; con más razón porque él también es hermano tuyo, ya que participa de la única naturaleza humana. He aquí, hijo mío, el mandamiento que te doy: “que la misericordia siempre prevalezca en tu balanza, hasta tal punto de sentir dentro de ti la misericordia que Dios siente por el mundo”¹⁵.

5. Una Iglesia llena de misericordia, sacramento de la compasión de Dios

La Iglesia del Dios ‘rico en misericordia’, ha de ser ella misma misericordiosa. No convertirá el pecado en algo irrelevante, como tampoco lo hizo Cristo, pero siguiendo sus huellas no se alejará jamás de los pecadores, sino que los atraerá hacia sí. No verá en ellos sólo lo que son, sino aquello que pueden llegar a ser, si son tocados por la misericordia divina en lo más profundo de su miseria. Jesús es firme y riguroso en los principios, pero sabe cuándo un principio debe ceder

¹⁴– SAN SILOÁN (1866-1938), Sophrony, Starets, p. 339.

¹⁵– S. ISAAC DE NÍNIVE, *Discurso ascético*, 81.

paso a otro superior como es el de la misericordia de Dios. También en la vida de la Iglesia, como en la de Jesucristo, deben resplandecer juntas la misericordia de las manos y la misericordia del corazón, o lo que es lo mismo, las 'entrañas de misericordia' han de traducirse en obras de misericordia. San Pablo nos exhorta: "Revestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, soportándoos unos a otros y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros" (Col 3, 12-13).

La Iglesia, mirando el corazón y las entrañas de Dios, contemplando cómo Jesús ama y acoge, ha de convertirse en una Iglesia samaritana, una Iglesia con rostro maternal. Por eso no evangelizará primariamente desde las normas, sino desde el amor que comunica la Buena Noticia y transmite esperanza. "Todo lo que dice y hace la Iglesia –recuerda Benedicto XVI– manifiesta la misericordia que Dios siente por el hombre. Cuando la Iglesia tiene que recordar una verdad descuidada, o un bien traicionado, lo hace siempre movida por el amor misericordioso, para que los hombres tengan vida y la tengan en abundancia (Cf. *Jn* 10, 10). De la misericordia divina, que pacifica los corazones, surge, además, la auténtica paz en el mundo, la paz entre los pueblos, culturas y religiones"¹⁶.

La Iglesia está llamada a ofrecer al mundo el amor gratuito y desinteresado que ella recibe del Padre misericordioso. Ella ha de ser la Iglesia de la misericordia. O la Iglesia samaritana, que ama más a los más necesitados de ser amados. Cultivando asiduamente la dimensión contemplativa, la unión con Dios, será más humana, es decir, más comprensiva, cercana y acogedora. En el trato asiduo con Dios potenciará la finura en la acogida, sin discriminaciones, reduplicando la atención a los que no tienen sitio en la mesa de nuestro mundo: los pobres y los excluidos. Sigue vigente el mandato de S. Pablo: "Acogeos mutuamente como Cristo nos acogió a nosotros para gloria de Dios" (Rom 15,7).

La misericordia verdadera impulsa a la práctica del perdón: "Los seres humanos –decía San Agustín– somos como vasos de arcilla, que solo con rozarse, se hacen daño". No se puede vivir en armonía, en la familia y en cualquier otro tipo de comunidad, sin la práctica del perdón y de la misericordia recíproca. Misericordia significa conmoverse en el propio corazón ante el sufrimiento del hermano. Es así como Dios explica su misericordia frente a las desviaciones del pueblo: «Mi corazón está en mí conmovido, y a la vez se estremecen mis entrañas» (Os 11,8). El perdón es para una comunidad lo que es el aceite para el motor. Si uno sale en coche sin una gota de aceite en el motor, en

¹⁶– BENEDICTO XVI, *Regina coeli*, 30 de marzo 2008.

pocos kilómetros todo se incendiará. Como el aceite, también el perdón resuelve las fricciones. Hay un salmo que canta el gozo de vivir juntos como hermanos reconciliados: “es como unguento fino en la cabeza”, que baja por la barba de Aarón, hasta la orla de sus vestiduras (cf. Sal 133).

Predicando los Ejercicios Espirituales al Papa y a la Curia Romana en el Año Jubilar 2000, el cardenal François Xavier Nguyễn Van Thuân, dijo en una meditación: “Sueño una Iglesia que sea una ‘Puerta Santa’, abierta, que abrace a todos, que esté llena de compasión y comprensión por todos los sufrimientos de la humanidad, tendida a consolarla”. Para la Iglesia es importante encontrar su justo lugar en la sociedad, el lugar auténtico para cumplir su misión evangelizadora. Es evidente que la Iglesia del Señor no puede vivir encerrada en sí misma, preocupada sólo por sus problemas y sus intereses. Ha de estar en medio del mundo, pero no de cualquier manera. Si es fiel a Jesús, la Iglesia ha de estar allí donde hay gente que sufre, allí donde están las víctimas, los empobrecidos, los maltratados por la vida o por la injusticia de los hombres..., los que no encuentran sitio ni en la sociedad ni en el corazón de las personas.

La misericordia de Dios debe configurar la Iglesia. Muchas cosas debe ser y hacer la Iglesia, pero, si no está transida de la misericordia de Dios, si no es, antes que nada, buena samaritana, todo lo demás será irrelevante. Por eso pedimos en la Eucaristía: “Danos entrañas de misericordia ante toda miseria humana, inspíranos el gesto y la palabra oportuna frente al hermano solo y desamparado, ayúdanos a mostrarnos disponibles ante quien se siente explotado y deprimido. Que tu Iglesia, Señor, sea un recinto de verdad, de amor y de paz, para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperando”¹⁷.

La comprensión de la Iglesia como sacramento de la misericordia de Dios pone de relieve en primer lugar su ‘des-centramiento’, ya que su valor no está en ella misma sino en Jesucristo, del cual ella es sólo “como un sacramento, signo o instrumento” (LG 1). Y en segundo lugar, indica el ‘por qué’ último de esta Iglesia cuya finalidad definitiva es “la unión íntima con Dios y la unidad de todo el género humano” (LG 1). La Iglesia no tiene su razón de ser en sí misma, sino en la llamada del Señor y en su misión y diaconía en el mundo, es decir, en el anuncio, la celebración y el testimonio vivo y comprometido del Evangelio de Jesucristo, sensible ante el sufrimiento humano. No precisamente como poder o dominio, sino como servicio para la fraternidad universal, enraizada para los creyentes en Jesucristo, testimonio concreto del amor de Dios convertido en misericordia, ya que “en el más humilde encontramos a Jesucristo mismo y en Jesús encontramos a Dios”¹⁸.

¹⁷– *Plegaria Eucarística V/b*.

¹⁸– BENEDICTO XVI, *DCE* 15.

II. EL SACERDOTE TESTIGO Y MINISTRO DE LA MISERICORDIA DE DIOS

1. *Fidelidad de Cristo, fidelidad del sacerdote*

Misericordioso y fiel definen a Cristo como Sumo Sacerdote, según el escrito a los Hebreos. Ambas cualidades se relacionan estrechamente entre sí: la misericordia manifiesta la unión con Dios que es “rico en misericordia” y ser digno de fe lo alcanza Cristo glorificado después de haber mostrado hasta el extremo su compasión con los hombres sufriendo la cruz. Siendo misericordioso y fiel, Cristo revela al Padre ‘rico en misericordia (*heset*) y en fidelidad (*emet*)’ (Ex. 34,6).

‘*Pistos*’ se puede traducir por ‘fiel’, en cuanto ‘digno de fe, merecedor de confianza, acreditado ante Dios’. Si en lo referente a los hombres el sacerdote tiene que ser ‘misericordioso’, en lo que mira a Dios ha de ser ‘digno de fe’. Dios ha de poder fiarse de él. Sin esto, la misericordia sería estéril pues para ser verdaderamente sacerdote es necesario estar acreditado ante Dios y en este sentido la situación de Cristo es inigualable (1,5-6; 8,13; 2,10.13) por su relación única con el Padre. Cristo es digno de fe y merecedor de confianza porque ‘es Hijo’ (3,6), el Hijo muy amado del Padre.

Todo sacerdote de la nueva Alianza ha de ser misericordioso y fiel. Las cualidades del amor pastoral son, como las del Buen Pastor, la *misericordia* y la *fidelidad*. Ambas son necesarias a la vez. La ternura proporciona entrañas para que cuando nos encontremos con la miseria, física o psíquica, cultural o social, moral o espiritual, el amor se torne misericordia. La fidelidad confiere solidez y estabilidad al comportamiento y a la propia vida. Sin ternura la relación es fría, sin fidelidad no resiste a los vaivenes del afecto. El presbítero ha de reflejar la misericordia del Padre por todos los poros de su ministerio: en la capacidad de acogida, en el interés –no precisamente la curiosidad- por la situación concreta de sus fieles, en la comprensión para con sus debilidades, en el aliento en las dificultades, en la paciencia para escucharlos y acompañarlos, en el respeto hacia su conciencia, en la búsqueda perseverante y delicada de los lejanos. Al fin de la vida, seremos misericordiosamente examinados sobre nuestra misericordia pastoral. Enseña Juan Pablo II: “En cuanto representa a Cristo Cabeza, Pastor y Esposo de la Iglesia, el sacerdote está no sólo en la Iglesia, sino también al frente de la Iglesia. Por tanto está llamado a revivir en su vida espiritual el amor de Cristo esposo con la Iglesia su esposa. Su vida debe estar iluminada y orientada también por este rasgo sponsal, que le pide ser testigo del amor de Cristo como Esposo y, por eso, ser capaz de amar a la gente con un corazón nuevo, grande y puro, con auténtica renuncia de sí mismo, con entrega total, continua y fiel, y a la vez con una especie de ‘celo’ divino (cf. 2 Cor 11,2), con una ternura que incluso asume matices del cariño

materno, capaz de hacerse cargo de los ‘dolores de parto’ hasta que ‘Cristo sea formado’ en los fieles’ (cf. Gal 4,19)”¹⁹.

S. Pablo nos recuerda la importancia de la misión de los presbíteros en lo que se refiere a consolar y confortar a los creyentes. La recomendación del Apóstol es hoy tan actual como entonces. Los creyentes eran ínfima minoría rodeada de un entorno judaico y pagano que intentaba minarles. De forma semejante, los creyentes de nuestras comunidades se encuentran cada vez más inmersos en una sociedad poderosa, cuyos valores son ajenos al Evangelio. Están expuestos a un contagio casi inconsciente de criterios y estilos de vida mundanos y a vivir con la sensación de ser los últimos creyentes de la historia. Consolar con la presencia cercana y la palabra del Evangelio, fortalecer su fe, sembrar en ellos un espíritu de comunión crítica con la sociedad que los envuelve es una necesidad de primer orden.

La fidelidad entendida como acreditación ante Dios nos obliga a crecer en nuestra condición de discípulos de Cristo para poder ser apóstoles. Sólo ‘estando con Cristo’ y permaneciendo en él, podemos luego ser enviados a proclamar la Buena Noticia. Sin amistad profunda con Jesucristo, sin intimidad con Él, no podremos confesarlo con hondura y verdadera pasión. Porque nuestro mundo necesita con más urgencia que nunca a Jesucristo ya que sólo El responde a las necesidades más profundas del ser humano. Hemos de anunciar a Cristo sin tasa, sin medida, sin reloj, de sol a sol. Nuestra condición de pastores nos obliga a acompañar a los hombres en sus caminos, sustentándolos en su marcha y alentándolos en la aproximación gozosa a la meta. Pero ese sustento y ese aliento no lo encontramos más que en la presencia amorosa del Padre en medio de la vida, perseverantemente buscada y constantemente descubierta. Nuestro ministerio reclama de nosotros un estilo de vida contemplativo capaz de descubrir cómo el Espíritu va introduciendo a la humanidad en el misterio de Cristo Jesús con el que se inaugura la creación nueva. En la vida de oración se superan los miedos y los celos que paralizan frecuentemente nuestra tarea evangelizadora.

Hemos de sembrar mucho para recoger lo que Dios quiera. Hemos de pedir la gracia y el gozo de la fidelidad en un tiempo de escasa fecundidad. Nos sentimos retratados en las palabras de Simón Pedro: “Hemos estado toda la noche faenando sin pescar nada; pero, fiado de tu palabra, echaré las redes”. También nosotros, en su nombre, seguimos trabajando a pie de obra, conscientes de que se nos pide ante todo, fidelidad, es decir un amor que, lejos de desgastarse con el paso del tiempo, madura y se fortalece.

¹⁹– JUAN PABLO II, PDV 22.

La fidelidad en el ministerio ha sido siempre una noble aspiración y una tarea espiritual delicada. Hoy resulta más delicada todavía. El individualismo y la "cultura del contrato" (Lévi-Strauss), que ven los compromisos como algo fácilmente rescindible, la han empobrecido. La movilidad y el afán de cambio la han afectado sensiblemente. Y, sin embargo, la convivencia humana se asienta sobre la fidelidad, la solidaridad y la libertad.

El compromiso para toda la vida es una de las dimensiones de la existencia presbiteral. Reclama una fidelidad que no es una obstinada perseverancia, sino que se fundamenta en saberse amado incondicionalmente por Alguien, por Dios. El lema 'nada a largo plazo' corroe la lealtad y el compromiso. Hemos de contrarrestar nuestra fragilidad con fuertes dosis de constancia. Y no olvidemos que la constancia es hermana de la paciencia que no se deprime ante las miserias propias y ajenas porque está enraizada en Dios que es "compasivo y clemente, paciente, misericordioso y fiel" (Ex 34,6)

Las infidelidades de algunos sacerdotes no pueden hacernos olvidar a ese gran número de sacerdotes que vive una fidelidad evangélica admirable caracterizada por ser agradecida, modesta y misericordiosa.

En la nueva alianza la fidelidad tiene un alma, que es el amor. Y viceversa, la prueba del amor auténtico es la fidelidad. Jesús insiste: «Permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor» (Jn 15,9s; cf. 14,15.21.23s). A esta fidelidad es a la que está reservada la recompensa de tener parte en el gozo del Señor (Mt 25, 21.23; Jn 15,11). Pero esta fidelidad exige una lucha contra el Maligno, que requiere vigilancia y oración (Mt 6,13; 26, 41 ; 1Pe 5, 8s). En los últimos tiempos será tremenda la prueba de esta fidelidad: los santos tendrán que ejercer en ella una constancia (Ap 13,10; 14,12), cuya gracia les viene de la sangre del Cordero (Ap 7,14; 12,11).

2. "Vosotros sois mis amigos"

El Año Sacerdotal es una invitación a "perseverar en nuestra vocación de amigos de Cristo, llamados personalmente, elegidos y enviados por Él". En la homilía de la Misa Crismal de 2006, nos decía el Papa: "Ya no os llamo siervos, sino amigos": en estas palabras se podría ver incluso la institución del sacerdocio.

El Señor nos hace sus amigos: nos encomienda todo; nos encomienda a sí mismo, de forma que podamos hablar con su "yo", "*in persona Christi capitis*". ¡Qué confianza! Verdaderamente se ha puesto en nuestras manos... Ya no os llamo siervos, sino amigos. Este es el significado profundo del ser sacer-

dote: llegar a ser amigo de Jesucristo. Por esta amistad debemos comprometernos cada día de nuevo". El trato con el Señor tiene un nombre, dice el Papa: la oración, "el monte de la oración". "Sólo así se desarrolla la amistad..."

Queridos sacerdotes: "sólo así podremos desempeñar nuestro ministerio; sólo así podremos llevar a Cristo y a su Evangelio a los hombres". "Amistad significa también comunión de pensamiento y de voluntad"²⁰. El poder de la amistad es unitivo... Nos acreditamos como sacerdotes en la amistad e intimidad con Jesús. Él nos comunica sus sentimientos de Buen Pastor. Esta realidad no se vive, no se disfruta de modo inconsciente o rutinario, sino con el esfuerzo necesario, con la esperanza en Él, con su gracia y con ilusión compartida.

Esta amistad es expresión de la fidelidad de Dios para con su pueblo y reclama nuestra fidelidad, que es una nota del amor verdadero. La fidelidad brota espontánea y fresca de la amistad sincera. En la fidelidad el primero es el otro. Nosotros somos sacerdotes por la amistad indecible de Jesús, una amistad que exige gratitud y reconocimiento de su señorío: escucharle, no ocultarlo, transparentarlo, darle siempre el protagonismo. Él ha de crecer y nosotros menguar. La fidelidad reclama, a la vez, perseverancia, porque la fidelidad es el amor que resiste el desgaste del tiempo.

Somos conscientes de que esta amistad, núcleo de nuestra vida y ministerio, «es tesoro en vasijas de barro» (2 Cor 4, 7); reconocemos nuestras fragilidades y pecados; nuestras manos son humanas y débiles. Sin embargo, confesamos con María, nuestra Señora, que en los pobres y débiles Dios sigue haciendo obras grandes"²¹.

3. El sacerdote testigo de la misericordia de Dios

El Señor nos envía a "ser sus testigos". Ya Pablo VI insistía en que el mundo de hoy atiende más a los testigos que a los maestros, y que, si atiende a los maestros, es porque son testigos. Nuestro mundo necesita hoy que los sacerdotes seamos ante todo "testigos", que hablemos de "lo que hemos visto y oído". "El mundo exige a los evangelizadores que le hablen de un Dios a quien ellos mismos conocen y tratan familiarmente, como si estuvieran viendo al Invisible"²².

²⁰– BENEDICTO XVI, *Homilía de la Misa Crismal de 2006*.

²¹– CEE, *Mensaje a los sacerdotes con motivo del Año sacerdotal 2009*.

²²– PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 76.

Nuestro mundo necesita sacerdotes que se presenten como auténticos testigos de la misericordia divina. El sacerdote experimenta la misericordia de Dios en múltiples ocasiones de su vida. Su vida y su ministerio se fundamentan en la relación personal e íntima con Cristo, que los ha hecho amigos suyos y partícipes de su sacerdocio. Le conocen de cerca, no de oídas. “Todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer”, les dice Jesús que les hace depositarios no sólo de su confianza, sino de sus confidencias. Más aún, les ha permitido ser testigos de su debilidad, su cansancio, su sed, su sueño, su dolor por la ingratitud o por el rechazo abierto, el miedo en su agonía...

No se es sacerdote por méritos propios. La gracia del sacerdocio es una prueba de la superabundante misericordia divina. Así lo demostraba Juan Pablo II en la Carta que dirigió a los sacerdotes en 2001. Transcribo un texto largo porque estimo que es una ‘perla’ digna de ser meditada tal como salió de la pluma de su autor:

“Misericordia es la absoluta gratuidad con la que Dios nos ha elegido: “No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros” (Jn 15, 16). Misericordia es la condescendencia con la que nos llama a actuar como representantes suyos, aun sabiendo que somos pecadores. Misericordia es el perdón que Él nunca rechaza, como no rehusó a Pedro después de haber renegado de Él. También vale para nosotros la afirmación de que “habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión” (Lc 15, 7).

Así pues, redescubramos nuestra vocación como ‘misterio de misericordia’. En el Evangelio comprobamos que precisamente ésta es la actitud espiritual con la cual Pedro recibe su especial ministerio. Su vida es emblemática para todos los que han recibido la misión apostólica en los diversos grados del sacramento del Orden.

Pensemos en la escena de la *pesca milagrosa*, tal como la describe el Evangelio de Lucas (5, 1-11). Jesús pide a Pedro un acto de confianza en su palabra, invitándole a remar mar adentro para pescar. Una petición humanamente desconcertante: ¿Cómo hacerle caso tras una noche sin dormir y agotadora, pasada echando las redes sin resultado alguno? Pero intentarlo de nuevo, basado ‘en la palabra de Jesús’, cambia todo. Se recogen tantos peces, que se rompen las redes. La Palabra revela su poder. Surge la sorpresa, pero también el susto y el temor, como cuando nos llega de repente un intenso haz de luz, que pone al descubierto los propios límites. Pedro exclama: “Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador” (Lc 5, 8). Pero, apenas ha terminado su confesión, la misericordia del Maestro se convierte para él en comienzo de una vida nueva: “No temas. Desde ahora serás pescador de hombres” (Lc 5,

10). El 'pecador' se convierte en ministro de misericordia. ¡De pescador de peces, a 'pescador de hombres'!

Misterio grande, queridos sacerdotes: *Cristo no ha tenido miedo de elegir a sus ministros de entre los pecadores*. ¿No es ésta nuestra experiencia? Será también Pedro quien tome una conciencia más viva de ello, en el conmovedor diálogo con Jesús después de la resurrección. ¿Antes de otorgarle el mandato pastoral, el Maestro le hace una pregunta embarazosa: "Simón de Juan, ¿me amas más que éstos?" (Jn 21, 15). Se lo pregunta a uno que pocos días antes ha renegado de él por tres veces. Se comprende bien el tono humilde de su respuesta: "Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero" (21, 17). Precisamente en base a este amor consciente de la propia fragilidad, un amor tan tímido como confiadamente confesado, Pedro recibe el ministerio: "Apacienta mis corderos", "apacienta mis ovejas" (vv. 15.16.17). Apoyado en este amor, corroborado por el fuego de Pentecostés, Pedro podrá cumplir el ministerio recibido.

¿Acaso la *vocación de Pablo* no surge también en el marco de una experiencia de misericordia? Nadie como él ha sentido la gratuidad de la elección de Cristo. Siempre tendrá en su corazón la rémora de su pasado de perseguidor encarnizado de la Iglesia: «Pues yo soy el último de los apóstoles: indigno del nombre de apóstol, por haber perseguido a la Iglesia de Dios» (1 Co 15, 9). Sin embargo, este recuerdo, en vez de refrenar su entusiasmo, le dará alas. Cuanto más ha sido objeto de la misericordia, tanto más se siente la necesidad de testimoniaria e irradiarla. La «voz» que lo detuvo en el camino de Damasco, lo lleva al corazón del Evangelio, y se lo hace descubrir como amor misericordioso del Padre que reconcilia consigo al mundo en Cristo. Sobre esta base Pablo comprenderá también el *servicio apostólico como ministerio de reconciliación*: "Y todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación. Porque en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nosotros la palabra de la reconciliación" (2 Co 5, 18-19).

Los testimonios de Pedro y Pablo, queridos sacerdotes, contienen indicaciones preciosas para nosotros. Nos invitan a *vivir con sentido de infinita gratitud el don del ministerio*: ¡nosotros no hemos merecido nada, todo es gracia! Al mismo tiempo, la experiencia de los dos Apóstoles nos lleva a abandonarnos a la misericordia de Dios, para entregarle con sincero arrepentimiento nuestras debilidades, y volver con su gracia a nuestro camino de santidad. [...]

Para ello, es importante que redescubramos el sacramento de la Reconciliación como *instrumento fundamental de nuestra santificación*. Acercarnos a

un hermano sacerdote, para pedirle esa absolución que tantas veces nosotros mismos damos a nuestros fieles, nos hace vivir la grande y consoladora verdad de ser, antes aun que ministros, miembros de un único pueblo, un pueblo de 'salvados' [...] Es hermoso poder confesar nuestros pecados, y sentir como un bálsamo la palabra que nos inunda de misericordia y nos vuelve a poner en camino. Sólo quien ha sentido la ternura del abrazo del Padre, como lo describe el Evangelio en la parábola del hijo pródigo —“se echó a su cuello y le besó efusivamente” (Lc 15, 20)— puede transmitir a los demás el mismo calor, cuando de destinatario del perdón pasa a ser su ministro”²³.

La cultura postmoderna, que se niega a admitir cualquier clase de certeza es un reto muy serio para la fe y pone en cuestión los compromisos fuertes, estables y definitivos. El hedonismo, el materialismo y el utilitarismo, por su parte, hacen difícil vivir en la atmósfera de tensión moral que exige el Evangelio, dificultan la adhesión a la doctrina moral de la Iglesia y son fuente de diferencias sociales e insolidaridad. Pero la cuestión principal a la que la Iglesia ha de hacer frente hoy entre nosotros no se encuentra en la sociedad, en el laicismo militante, en la orientación inmanentista de la cultura o en las iniciativas legislativas que prescinden de la ley natural, todo lo cual ciertamente obstaculiza nuestra misión y nos hace sufrir. El problema no es tanto externo, sino interno. Los sacerdotes no somos santos como debiéramos, celosos, ejemplares y apostólicos, místicos y testigos al mismo tiempo, con una fuerte experiencia de Dios, y, en consecuencia, hemos de acoger la misericordia de Dios, dispuesto siempre a 'salvarnos'²⁴.

4. El sacerdote, ministro de la misericordia de Dios

“Entre las diversas tareas del pastor: cuidar, guiar, alimentar, reunir, hoy destacamos la de buscar. Siguiendo las huellas de quien vino a buscar a la humanidad perdida²⁵, hemos de buscar al hombre apaleado en el camino que representa a la humanidad caída, ante la que, conmovido, Cristo se inclina, la cura y levanta... Buscar es hoy tarea del buen sacerdote. Nuestros rediles decrecen. Las palabras «tengo otras ovejas que no son de este redil; también a esas las tengo que conducir» (Jn 10, 16) siguen resonando en nuestro corazón. «Salid a buscar», decía el rey, para celebrar la boda de su Hijo (cf. Lc 14, 21). Todos los hombres son ovejas del rebaño que Dios ama. Por tanto, siguiendo las huellas de Jesucristo, el pastoreo del sacerdote no es sedentario, sino a

²³— JUAN PABLO II, *Carta a los sacerdotes, Jueves Santo 2001*.

²⁴— Cf. Mons. J. J. ASENJO PELEGRINA, *Carta Pastoral con motivo del Año Sacerdotal*, Sevilla 2009, 1.

²⁵— Cf. JUAN PABLO II, *Carta apostólica Tertio millennio adveniente*, 7.

campo abierto. Por eso nos sentimos tan orgullosos de los sacerdotes que anuncian el Evangelio en otros países.

Buscar es trabajo *misionero*. Se nos preparó a muchos, preferentemente, para cuidar una comunidad ya constituida. Hoy, en cambio, cuando en muchos de nosotros ha aumentado la edad, además de cuidar la comunidad existente, el Señor nos pide «conducir otras ovejas al redil». Es tiempo de ‘nueva evangelización’ y de primer anuncio en nuestro propio territorio. En esta tarea, la comunidad y el pastor, a la vez, han de ser hoy los misioneros. De aquí que el buen sacerdote sea consciente, y sepa bien, en qué medida ha de apoyar a los laicos y contar con ellos... Esta misión, en muchas ocasiones, es dolorosa para nosotros por las circunstancias en que la hemos de realizar, y esto nos une a la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo. Confiando en la palabra de Cristo, recordamos en los momentos de dolor que el Señor prometió la bienaventuranza a los perseguidos, a los que sufren, a los que lloran”²⁶.

La misericordia de Dios que recibe cada día, el sacerdote debe pasarla a sus hermanos con sus palabras y sus comportamientos. Lacordaire, el gran orador francés, describe así el quehacer del sacerdote en medio del pueblo cristiano: “Ser miembro de cada familia sin pertenecer a alguna de ellas; compartir cada sufrimiento; estar puesto aparte de todo secreto; curar cada herida; ir cada día desde los hombres a Dios para ofrecerle su devoción y sus oraciones y volver de Dios a los hombres para llevarles su perdón y su esperanza; tener un corazón de acero para la castidad y un corazón de carne para la caridad; enseñar y perdonar, consolar, bendecir y ser bendecido para siempre. Es tu vida, ¡oh sacerdote de Jesucristo!”.

Sin embargo, es sobre todo en el sacramento de la Penitencia donde el sacerdote traspasa la misericordia de Dios a los hombres. El cristiano sabe por experiencia propia lo que es el perdón de Dios y por eso no le derrumban sus faltas y sus pecados. No necesita reprimir su culpa y creerse inocente por encima de todo, ni necesita echar culpas a los demás intentando falsamente liberarse de ellas. El reconocimiento de la propia culpa siempre implica algo de vergüenza, pero, cuando se realiza ante el Padre rico en misericordia, resulta extraordinariamente reconfortante y liberador. Esta experiencia no deprime, sino que reconforta y alegra. El gozo desbordante del corazón de Dios se vuelca en el propio corazón del que es perdonado.

El progresivo alejamiento del sacramento de la penitencia es una de las más grandes pobreza de la Iglesia actual. Algunos de nuestros jóvenes carecen de toda experiencia de confesión sacramental. Y es que no se puede vivir

²⁶– CEE, *Mensaje a los sacerdotes con motivo del Año Sacerdotal*, Diciembre 2009.

intensamente el sacramento de la penitencia cuando se profesa una fe debilitada. Pues cuando nos enfriamos en el amor a Dios, pronto nos volvemos ciegos para reconocer nuestros pecados y pedir perdón.

Nosotros los sacerdotes hemos de procurar no malvender la gracia de Jesús como una indulgencia a módico precio (D. Bonhoeffer), ni dilapidar el don pascual del sacramento de la penitencia. Debería darnos que pensar el hecho de que el único párroco canonizado hasta ahora, el santo cura de Ars, renovó una comunidad descristianizada y abandonada principalmente a través de su ministerio en el confesionario. No existe otro camino para la renovación de la Iglesia que la conversión y el arrepentimiento. La recepción periódica del sacramento de la penitencia es camino para un nuevo gozo en la fe²⁷.

La dedicación heroica al sacramento de la penitencia y a la dirección espiritual es indudablemente un rasgo del carisma del Cura de Ars que le ha dado justa fama. Y no le resultó fácil ni exento de grandes dificultades. Afirma Benedicto XVI en la *Carta a los sacerdotes*: "Esta identificación personal con el Sacrificio de la Cruz lo llevaba [a S. Juan María Vianney] -con una sola moción interior- del altar al confesionario. Nuestros fieles tienen derecho a acceder a la confesión individual; nuestra obligación, por tanto, es facilitarles tal acceso.

Hemos de reconocer con humildad sincera que nosotros los sacerdotes en los últimos decenios no hemos estado convenientemente disponibles para poner al alcance de nuestros fieles este sacramento precioso, el sacramento de la paz, de la alegría y del reencuentro con Dios. El escaso aprecio de la confesión y de la dirección espiritual nos ha conducido a la atonía espiritual de nuestras parroquias y a la aguda crisis vocacional que padecemos (ASENJO 14). Los sacerdotes no deberíamos resignarnos nunca a ver vacíos los confesionarios ni limitarnos a constatar la indiferencia de los fieles hacia este sacramento. En Francia, en tiempos del Santo Cura de Ars, la confesión no era ni más fácil ni más frecuente que en nuestros días, pues el vendaval revolucionario había arrasado desde hacía tiempo la práctica religiosa. Pero él intentó por todos los medios, en la predicación y con consejos persuasivos, que sus parroquianos redescubriesen el significado y la belleza de la Penitencia sacramental, mostrándola como una íntima exigencia de la presencia eucarística. Supo iniciar así un 'círculo virtuoso'. Con su prolongado estar ante el sagrario en la Iglesia, consiguió que los fieles comenzasen a imitarlo, yendo a visitar a Jesús, seguros de que allí encontrarían también a su párroco, disponible para escucharlos y perdonarlos. Al final, una muchedumbre cada vez mayor de penitentes, provenientes de toda Francia, lo retenía en el confesionario hasta 16 horas al día. Se comentaba que Ars se había convertido en "el gran hospital de las almas".

²⁷– Cf. W. KASPER, *El sacerdote, servidor de la alegría*, Sígueme, Salamanca 2008, 115-117.

Su primer biógrafo afirma: “La gracia que conseguía [para que los pecadores se convirtiesen] era tan abundante que salía en su búsqueda sin dejarles un momento de tregua”²⁸. En este mismo sentido, el Santo Cura de Ars decía: “No es el pecador el que vuelve a Dios para pedirle perdón, sino Dios mismo quien va tras el pecador y lo hace volver a Él”²⁹. “Este buen Salvador está tan lleno de amor que nos busca por todas partes”³⁰.

El Cura de Ars no confesaba de una forma mecánica y rutinaria, sino que trataba de formar a los fieles en el deseo del arrepentimiento. Subrayaba la bondad del perdón de Dios. Y ayudaba a vivir el momento de la confesión como una suprema manifestación de la misericordia de Dios. No se comportaba con todos de la misma manera. Cuando un penitente se acercaba a su confesonario con una necesidad profunda y humilde del perdón de Dios, encontraba en él palabras de ánimo para sumergirse en el “torrente de la divina misericordia” que arrastra todo con su fuerza. Si el penitente se mostraba afligido por su debilidad e inconstancia, con miedo a futuras recaídas, el Cura de Ars le revelaba el secreto de Dios con una expresión de una belleza conmovedora: “El buen Dios lo sabe todo. Antes incluso de que se lo confeséis, sabe ya que pecaréis nuevamente y sin embargo os perdona. ¡Qué grande es el amor de nuestro Dios que le lleva incluso a olvidar voluntariamente el futuro, con tal de perdonarnos!”³¹. A quien, en cambio, se acusaba de manera fría y casi indolente, le mostraba, con sus propias lágrimas, la evidencia seria y dolorosa de lo “abominable” de su actitud. La disponibilidad total a los penitentes le llevó de algún modo a un verdadero ‘martirio’ pues además de sufrimiento físico por el calor o el frío en sus largas horas de confesonario (a menudo diez horas al día, y a veces quince o más), también sufría moralmente por los pecados de que se acusaban y mas aún por la falta de arrepentimiento: “Lloro por todo lo que vosotros no lloráis”. “Si el Señor no fuese tan bueno... pero lo es. Hay que ser un bárbaro para comportarse de esta manera ante un Padre tan bueno”³². Provocaba el arrepentimiento en el corazón de los tibios, obligándoles a ver con sus propios ojos el sufrimiento de Dios por los pecados como “encarnado” en el rostro del sacerdote que los confesaba. Si alguno manifestaba deseos y actitudes de una vida espiritual más profunda, le mostraba abiertamente las profundidades del amor, explicándole la inefable belleza de

28_ Cf. *Le curé d’Ars. Sa pensée - Son Coeur*. Présentés par l’Abbé Bernard Nodet, éd. Xavier Mappus, Foi Vivante 1966, p. 10. [En adelante: NODET]

29_ NODET, p. 128.

30_ NODET, p. 50.

31_ NODET, p. 130.

32_ NODET, p. 130

vivir unidos a Dios y estar en su presencia: "Todo bajo los ojos de Dios, todo con Dios, todo para agradar a Dios... ¡Qué maravilla!". Y les enseñaba a orar: "Dios mío, concédeme la gracia de amarte tanto cuanto yo sea capaz"³³.

Es verdad que no todo es negativo en nuestras comunidades en lo tocante al sacramento de la Penitencia. Se ha descubierto, más que en siglos anteriores, el aspecto comunitario de la penitencia, de la preparación al perdón y de la acción de gracias por el perdón recibido. Pero el perdón sacramental exige siempre un encuentro personal con Cristo crucificado y resucitado en la persona de sus ministros. Necesitamos con urgencia una pastoral del sacramento de la reconciliación, que ayude a los cristianos a redescubrir las exigencias de una verdadera relación con Dios, el sentido del pecado que nos cierra a Dios y a los hermanos, la necesidad de convertirnos y de recibir, en la Iglesia, el perdón como un don gratuito del Señor, y también las condiciones que ayuden a celebrar mejor el sacramento, superando prejuicios, falsos temores y rutinas.

Los sacerdotes hemos de concederle prioridad sobre otras tareas pastorales. No olvidemos que el ministerio de la misericordia es uno de los más hermosos y consoladores. Permite iluminar las conciencias, ofrecerlas el perdón de Dios y vivificarlas en nombre del Señor Jesús. Es la "insustituible manifestación y verificación del sacerdocio ministerial". "Todos los sacerdotes hemos de considerar como dirigidas personalmente a nosotros aquellas palabras que él ponía en boca de Jesús: "Encargaré a mis ministros que anuncien a los pecadores que estoy siempre dispuesto a recibirlos, que mi misericordia es infinita"³⁴. "Dios, Padre misericordioso, que reconcilió al mundo por la muerte y resurrección de su Hijo, y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados, te conceda, por el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz", manifiesta el sacerdote en la fórmula de absolución³⁵.

Pero no correremos distinta suerte de la que corrió el cura de Ars. Como él, podemos encontrar dificultades hasta en los mismos hermanos sacerdotes. El que fuera famoso cardenal Van Thuan refiere la siguiente anécdota que ilustra muy bien la categoría espiritual de Don Vianney: "Ya lo hemos visto: Juan María Vianney estaba dotado de los mínimos conocimientos que se requerían para ser sacerdote. Destinado a Ars, una humilde parroquia de trescientos fieles, su primera preocupación fue reconstruirla con materiales de su propia cosecha: oración, sufrimiento, ayuno, mortificación. Pronto acudió un gran número

³³– NODET, p. 77

³⁴– NODET, p. 131

³⁵– BENEDICTO XVI, *Carta a los sacerdotes*.

ro de fieles, tanto de su parroquia como de las vecinas, ávidos de oírlo predicar todos los días en el ángelus del mediodía, y sobre todo ávidos de confesarse.

Sus compañeros de sacerdocio, que conocían su ignorancia, no soportaban que un sacerdote tan mediocre atrajese a tantos fieles. Y celosos de él, fueron a quejarse al obispo: “Don Vianney, cuyos conocimientos son tan escasos, está hoy confesando a cristianos que llegan de todas partes, atraídos probablemente por una serie de rumores, exageraciones y por un espíritu supersticioso. Hasta ha resuelto los problemas personales de sus fieles con desprecio de los principios teológicos”.

El obispo no pudo por menos de inquietarse. Llamó a Don Vianney, le planteó por escrito una serie de casos difíciles y le pidió que propusiese, también por escrito, las soluciones apropiadas. El buen cura, obediente, examinó los problemas, y a los pocos días volvió trayendo las soluciones que se le habían pedido. El obispo las hizo examinar por sus teólogos, que se declararon sorprendidos por la exactitud y sabiduría de las respuestas.

Pero no por eso recobró el buen cura la paz, pues cada vez eran más los cristianos que venían de toda Francia. Y el párroco tuvo que empezar su jornada a medianoche para dar abasto a su labor. Se comprende así que sus hermanos de sacerdocio se siguieran quejando: “¡Perturba nuestra vida parroquial! ¿Qué sabe él para confesar y aconsejar a nuestra gente? ¿No los descarriará a todos? ¿Y quién va a pagar los platos rotos? Monseñor tendría que ordenarle que se conformase con ocuparse de los suyos”.

Y encargaron a un sacerdote para que reuniese todas estas quejas y se las expusiese al obispo. Pero el comisionado, prefiriendo sin duda un arreglo amistoso a la solución extrema, camino del obispado se detuvo en Ars. Y a pesar de lo delicado de la situación, el delegado se quedó contentísimo del resultado de su iniciativa, pues Juan María Vianney no sólo fue comprensivo, sino que fue del mismo parecer que los que se quejaban. Animado por ello el caritativo hermano, le pidió que leyera la petición. El humilde cura, con gran sencillez, se enteró de lo que decía y estampó su nombre en la lista de los firmantes.

El obispo resumió así sabiamente su impresión sobre aquel grave incidente: ¿Habéis visto alguna vez a un acusado dar la razón a sus acusadores? Dejad que Dios arregle esa anomalía. Si es obra suya, no podremos hacer nada. Si no, se vendrá abajo ella sola... No nos atormentemos más que él”. Y el obispo tuvo razón³⁶.

³⁶ F. J. NGUYEN VAN THUAN, *Peregrinos por el camino de la esperanza*, Monte Carmelo, Burgos 1999, 43-44

El sacerdote, ministro del sacramento de la Reconciliación, debe ser siempre en sus palabras y en sus comportamientos reflejo del amor misericordioso de Dios. Como el padre de la parábola del hijo pródigo, debe acoger al pecador arrepentido, ayudarle a levantarse de su postración, animarlo a enmendarse sin llegar a componendas con el mal, sino recorriendo siempre el camino hacia la perfección evangélica.

El principio de la misericordia está recogido en los principios para la aplicación del derecho canónico. A tenor de ellos, una resolución canónica no sólo debe ser formalmente justa, sino también equitativa, esto es, adecuada a la situación personal de cada uno; de ahí que la salvación de las almas deba ser el principio supremo en la aplicación del derecho³⁷. Por desgracia, este principio no siempre se ha tenido suficientemente en cuenta. De santo Tomás de Aquino procede la sentencia: "La justicia sin misericordia es crueldad; la misericordia sin justicia significa disolución del orden"³⁸

Con la Palabra y con los Sacramentos de Jesús, S. Juan María Vianney edificaba a su pueblo, aunque a veces se agitaba interiormente porque no se sentía a la altura que reclamaba el ministerio. Muchas veces pensó en abandonar las responsabilidades del ministerio parroquial para el que se sentía indigno. Sin embargo, con un sentido de la obediencia ejemplar, permaneció siempre en su puesto, porque lo consumía el celo apostólico por la salvación de las almas. Se entregaba totalmente a su propia vocación y misión con una ascesis severa: "La mayor desgracia para nosotros los párrocos -deploraba el Santo- es que el alma se endurezca". Con esto se refería al peligro de que el pastor se acostumbre al estado de pecado o indiferencia en que viven muchas de sus ovejas. Dominaba su cuerpo con vigiliias y ayunos para evitar que opusiera resistencia a su alma sacerdotal. Y se mortificaba voluntariamente en favor de las almas que le habían sido confiadas y para unirse a la expiación de tantos pecados oídos en confesión. A un hermano sacerdote, le explicaba: "Le diré cuál es mi receta: doy a los pecadores una penitencia pequeña y el resto lo hago yo por ellos". Más allá de las penitencias concretas que el Cura de Ars hacía, el núcleo de su enseñanza sigue siendo en cualquier caso válido para todos: las almas cuestan la sangre de Cristo y el sacerdote no puede dedicarse a su salvación sin participar personalmente en el "alto precio" de la redención"³⁹.

Con bellas y sencillas imágenes destacaba S. Juan María Vianney la inmensidad de la misericordia de Dios: un arroyo desbordado, una madre que lleva

37_ *Código de Derecho Canónico*, can. 1752.

38_ *Comentario a san Mateo*, 5, 7, 74. Citado en: W. KASPER, *El sacerdote, servidor de la alegría*, Sígueme, Salamanca 2008, 107-112.

39_ BENEDICTO XVI, *Carta a los sacerdotes*

a su hijo en brazos, una gran montaña... "La misericordia de Dios es como un arroyo desbordado. Arrastra los corazones cuando pasa". "Nuestro Señor está sobre la tierra como una madre que lleva su hijo en los brazos. Este niño es malo, da patadas a la madre, la muerde, le araña, pero la madre no hace caso; ella sabe que si desfallece, el niño cae, no puede caminar sólo. He aquí cómo actúa nuestro Señor; Él soporta todos nuestros maltratos, soporta todas nuestras arrogancias, nos perdona todas nuestras necedades, tiene piedad de nosotros a pesar de nosotros". "Nuestros errores son granos de arena al lado de la grande montaña de la misericordia de Dios".

Llega a decir que poner límite a la misericordia de Dios es una blasfemia: "Hay quienes dicen: 'hice demasiado mal, el Buen Dios no puede perdonarme'. Se trata de una gran blasfemia. Equivale a poner un límite a la misericordia de Dios, que no tiene: es infinita". "Hay quienes se dirigen al Eterno Padre con un corazón duro. ¡Oh, cómo se equivocan! El Eterno Padre, para desarmar su justicia, ha dado a su Hijo un corazón excesivamente bueno: no se da lo que no se tiene...". La infinita misericordia que llena el corazón de Dios no le permite esperar el regreso del hijo pecador, sino que le impulsa a buscarle para hacerle feliz: "No es el pecador que vuelve a Dios para pedirle perdón, es Dios que corre detrás del pecador y lo hace volver a Él. Demos entonces esta alegría a este Padre bueno: volvamos a Él... y seremos felices".

Para conocer profundamente la misericordia de Dios hay que caer en la cuenta de nuestra propia miseria. Es el obligado punto de partida. Pero el cura de Ars revela a una penitente: "¡Hija mía, no pidas a Dios el conocimiento completo de tu miseria, yo lo pedí una vez y lo he obtenido, si Dios no me hubiera sostenido, hubiera caído inmediatamente en la desesperación!". Y en otra ocasión más confió: "Me he espantado de tal manera en conocer mi miseria que he implorado inmediatamente la gracia de olvidarla. Dios me ha escuchado, me dejó bastante lucidez de mi miseria de hacerme comprender que yo no soy bueno para nada".

La misericordia de Cristo Pastor bueno pasa a los pastores según su corazón y por eso el Abad Monnin podrá decir del Cura de Ars: "es un horno de ternura y de misericordia. Ardía de la misericordia de Cristo".

Juan María Vianney estaba convencido de que el sacerdocio era un don grandísimo e inmerecido, fruto de la misericordia de Dios: "Pienso, dirá, que el Señor había querido escoger el más cabeza grande de todos los párrocos para cumplir el mayor bien posible. Si hubiera encontrado uno todavía peor, lo habría puesto en mi lugar, para demostrar su gran misericordia".

Todo lo dicho vale también y de un modo peculiar para los sacerdotes religiosos. “Las personas consagradas –recordaba hace poco el Papa actual– están llamadas de modo particular a ser testigos de esta misericordia del Señor, en la que el hombre encuentra su propia salvación. Estas mantienen viva la experiencia del perdón de Dios, porque tienen conciencia de ser personas salvadas, de ser grandes cuando se reconocen pequeñas, de sentirse renovadas y envueltas por la santidad de Dios cuando reconocen su propio pecado. Por esto, también para el hombre de hoy, la vida consagrada sigue siendo una escuela privilegiada de la “compunción del corazón”, del reconocimiento humilde de la propia miseria, pero al mismo tiempo, sigue siendo una escuela de la confianza en la misericordia de Dios, en su amor que nunca nos abandona”⁴⁰.

5. El sacerdote aprende la misericordia en la oración. “Sed misericordiosos como vuestro Padre celestial es misericordioso”

“Necesitamos sin duda momentos para recuperar nuestras energías, también físicas, y, sobre todo, para orar y meditar. Cultivemos la interioridad y encontraremos dentro de nosotros al Señor. Estar atentos a la presencia de Dios en la oración es una verdadera prioridad pastoral; no es algo añadido al trabajo pastoral; estar en presencia del Señor es una prioridad pastoral. En definitiva, lo más importante”⁴¹. El tiempo dedicado a la oración silenciosa no es tiempo perdido. Todo lo contrario: de él depende que nuestro trabajo pastoral de auténticos frutos o sea estéril. “En el ‘Común de pastores’ –recuerda el Papa Benedicto XVI– se lee que una de las características del buen pastor es que “*multum oravit pro fratribus*”. Es propio del pastor ser hombre de oración, estar ante el Señor orando por los demás, sustituyendo también a los demás, que tal vez no saben orar, no quieren orar o no encuentran tiempo para orar. Así se pone de relieve que este diálogo con Dios es una actividad pastoral (...) La santa misa, celebrada realmente en diálogo con Dios, y la liturgia de las Horas, son zonas de libertad, de vida interior, que la Iglesia nos da y que constituyen una riqueza para nosotros”⁴².

El cura de Ars nos ha precedido con el ejemplo. Para él la oración no era, sin más, repetir plegarias aprendidas de memoria. El nos brinda una preciosa definición de la oración: “La oración es... una dulce conversación entre la cria-

⁴⁰– BENEDICTO XVI, *Homilía en la Fiesta de la Presentación del Señor, Día de la Vida Consagrada*, 2. 02. 2010.

⁴¹– Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso a los presbíteros y diáconos de Roma*. Basílica de San Juan de Letrán, 13 de mayo de 2005

⁴²– BENEDICTO XVI, Encuentro con los sacerdotes de la diócesis de Albano. Sala de los Suizos, Palacio pontificio de Castelgandolfo, Jueves 31 de agosto de 2006.

tura y su Criador”⁴³. ¡Qué maravilla que Dios quiera conversar con nosotros como se conversa con los amigos! Más aún, no se contenta con depositar en nosotros su confianza sino que nos regala sus confidencias. Estos son, según el cura de Ars, los efectos saludables de la oración: “La oración abre los ojos del alma, le hace sentir la magnitud de su miseria, la necesidad de recurrir a Dios y de temer su propia debilidad”⁴⁴.

Comentando la frase de Jesús en el evangelio de San Juan: “Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre. Pedid y recibiréis, para que vuestra alegría sea completa.” (Jn 16,24), nos dice a nosotros hoy como decía a sus fieles en su día: “Mirad, hijos míos, el tesoro de un cristiano no está en este mundo sino en el cielo (Mt 6,20) Así pues, nuestro pensamiento tiene que encaminarse hacia donde está nuestro tesoro. La persona humana tiene una tarea muy bella, la de orar y la de amar. Vosotros oráis, vosotros amáis: he aquí la felicidad de la persona en este mundo.

La oración no es otra cosa que la unión con Dios. Cuando el corazón es puro y está unido a Dios, uno percibe en su interior un bálsamo, una dulzura que embriaga, una luz que deslumbra. En esta íntima unión Dios y el alma son como dos trozos de cirio fundidos en uno; ya no se pueden separar. ¡Qué hermosa es esta unión de Dios con su pequeña criatura! Es una felicidad que sobrepasa toda comprensión. Habíamos merecido no saber orar; pero Dios, en su bondad, nos permite hablarle. Nuestra oración es incienso que él recibe con infinita benevolencia.

Hijos míos, tenéis un corazón pequeño, pero la oración lo ensancha y lo capacita para amar a Dios. La oración es una preguetación del cielo, un derivado del paraíso. Nunca nos deja sin dulzura. Es como la miel que desciende al alma y lo suaviza todo. Las penas se deshacen en la oración bien hecha, como la nieve bajo el sol”⁴⁵.

La oración representa el comienzo de todos los bienes, y la falta de ella, es el principio de todos los males: “Todos los santos comenzaron su conversión por la oración y por ella perseveraron; y todos los condenados se perdieron por su negligencia en la oración. Digo, pues, que la oración nos es absolutamente necesaria para perseverar”⁴⁶. Y añade en otro momento: “Todos los

43_ *Sermón sobre la oración*

44_ *Sermón sobre la oración.*

45_ S. JUAN MARIA VIANNEY, *Catecismo sobre la oración*

46_ *Sermón sobre la perseverancia.*

males que nos agobian en la tierra vienen precisamente de que no oramos o lo hacemos mal”⁴⁷.

No se trata de orar por cumplir u orar de cualquier manera: “¡Cuántas veces venimos a la iglesia sin saber a qué venimos ni qué queremos pedir! Sin embargo, cuando se va a casa de cualquiera, se sabe muy bien por qué uno se dirige a ella. Los hay que parecen decirle a Dios: «Vengo a decirte dos palabras para cumplir contigo...”. Con frecuencia pienso que, cuando venimos a adorar a nuestro Señor, conseguiríamos todo lo que quisiéramos, con tal de pedirle con fe viva y un corazón puro”⁴⁸. Todo lo podemos si confiamos en la eficacia de la oración perseverante: “Con la oración todo lo podéis, sois dueños, por decirlo así, del querer de Dios”⁴⁹.

Algunas veces rezamos sin acabar de creernos que Dios nos puede conceder lo que le pedimos. Otras veces nos cansamos enseguida de pedir al Señor. La oración cristiana tiene dos ingredientes muy importantes: la confianza y la perseverancia. “Nuestras oraciones han de ser hechas con confianza, y con una esperanza firme de que Dios puede y quiere concedernos lo que le pedimos, mientras se lo supliquemos debidamente”⁵⁰. Y señala un momento en que nuestra oración ha de ser especialmente confiada: “Hemos de orar con frecuencia, pero debemos redoblar nuestras oraciones en las horas de prueba, en los momentos en que sentimos el ataque de la tentación”⁵¹. ¿Por qué nuestra oración ha de ser perseverante? Para que deseemos más intensamente lo que pedimos y para que lo valoremos más: “La tercera condición que debe reunir la oración para ser agradable a Dios, es la perseverancia. Vemos muchas veces que el Señor no nos concede enseguida lo que pedimos; esto lo hace para que lo deseemos con más ardor, o para que apreciemos mejor lo que vale. Tal retraso no es una negativa, sino una prueba que nos dispone a recibir más abundantemente lo que pedimos”⁵².

En la oración encontraremos consuelo para nuestras penas, alegría para soportarlas y la fuerza necesaria para vencer las tentaciones: “Por muchas que sean las penas que experimentemos, si oramos, tendremos la dicha de sopor-

47_ *Sermón sobre la oración*

48_ *Sermón sobre la oración*

49_ *Sermón sobre la perseverancia*

50_ *Sermón sobre la oración*

51_ *Sermón sobre la oración*

52_ *Sermón sobre la oración.*

tarlas enteramente resignados a la voluntad de Dios; y por violentas que sean las tentaciones, si recurrimos a la oración, las dominaremos⁵³.

Hay muchos cristianos que piensan que es muy difícil orar bien. Precisamente el cura de Ars insiste en todo lo contrario. No es difícil orar bien: basta abrir el corazón a Dios, alegrarse de su presencia, mirar al Señor y dejar que El nos mire. “No hay necesidad de hablar mucho para orar bien. Saber que el buen Dios está ahí, en el Sagrario; se le abre el corazón y nos alegramos de su presencia. Esta es la mejor oración”. En otra ocasión, se encontró con Luis Chaffangeon, humilde agricultor, a quien preguntó: “Querido amigo, ¿qué hace usted ahí en silencio delante del Sagrario? Señor Cura –le contestó-, yo miro al buen Dios y él me mira”. Dejar que se pose sobre nosotros la mirada de Dios llena de misericordia, de cariño, de fuerza para que sigamos recorriendo el camino de la vida. Y mirar nosotros al Señor para asombrarnos de su belleza, para admirar sus obras, para darle gracias por los beneficios que derrama sobre nosotros cada día.

6. La misericordia del sacerdote se alimenta en la Eucaristía

La conversión siempre renovada y la acogida gozosa del perdón de Dios conducen a la Eucaristía. Es lo que llamamos el ‘círculo virtuoso’: de la Reconciliación a la Eucaristía. El Cura de Ars comenzaba generalmente su actividad diaria con el sacramento del perdón, para poder gozar conduciendo a la Eucaristía a sus penitentes ya reconciliados. “La Eucaristía ocupaba ciertamente el centro de su vida espiritual y de su labor pastoral. Acostumbraba a decir: ‘Todas las buenas obras juntas no pueden compararse con el sacrificio de la Misa, pues son obras de hombres, mientras que la Santa Misa es obra de Dios’ [...] “La comunión y el santo sacrificio de la Misa son los dos actos más eficaces para conseguir la transformación de los corazones”.

De este modo, la Misa era para Juan María Vianney la fuente de alegría y de aliento en su vida sacerdotal. A pesar de la afluencia de penitentes, se preparaba con toda diligencia y en silencio durante más de un cuarto de hora. Celebraba con recogimiento, dejando entrever su actitud de adoración en los momentos de la consagración y de la comunión. Con gran realismo hacía notar: ‘La causa del relajamiento del sacerdote está en que no dedica suficiente atención a la Misa’ [...] Durante sus homilías solía señalar al Sagrario diciendo con lágrimas de emoción: “El está ahí” [...] Queridos hermanos sacerdotes, el ejemplo del Cura de Ars nos invita a un serio examen de conciencia. ¿Qué lugar ocupa la santa Misa en nuestra vida cotidiana? ¿Continúa siendo la Misa, como en el día de nuestra Ordenación ¡fue nuestro primer acto como sacerdo-

⁵³– *Sermón sobre la oración.*

tes! el principio de nuestra labor apostólica y de nuestra santificación personal? ¿Cómo es nuestra oración ante el Santísimo Sacramento y cómo la inculcamos a los fieles? ¿Cuál es nuestro empeño en hacer de vuestras iglesias la Casa de Dios para que la presencia divina atraiga a los hombres de hoy, que con tanta frecuencia sienten que el mundo está vacío de Dios?"⁵⁴.

La presencia de Cristo vivo en la Eucaristía y escondido en el Sagrario, era el centro de su vida. "¡Oh, hijos míos!, ¿qué hace nuestro Señor en el sacramento de su amor? Se ha tomado a pecho amarnos. Su corazón rezuma ternura y misericordia capaz de limpiar los pecados del mundo".

Se preocupó mucho de fomentar la comunión eucarística. "Venid a la comunión, venid a Jesús, venid a vivir de Él, para vivir por Él". Toda la vida de un cristiano debe ser una preparación para este gran momento. Y, una vez que ha comulgado, una acción de gracias prolongada. Cuando los fieles esgrimían el argumento de que no eran dignos de recibir al Señor en la Eucaristía contestaba: "Es verdad que no sois dignos, pero lo necesitáis". La Eucaristía reaviva el fuego del amor de Dios: "¡La comunión produce en el alma como un golpe de fuelle en un fuego que comienza a apagarse, pero donde todavía hay muchas brasas!". Por medio de la comunión eucarística abrimos de tal manera las puertas de nuestro corazón a Jesucristo que realmente podemos decir que llevamos el cielo con nosotros: "Cuando hemos comulgado, si alguien nos dijera: '¿Qué os lleváis a casa?', podríamos responder: "Me llevo el cielo."

Hombre de la Eucaristía, celebrada y adorada. "No hay nada más grande que la Eucaristía. ¡Oh mi hijos!, ¿qué hace Nuestro Señor en el Sacramento de su amor? Ha tomado su corazón bueno para amarnos, y extrae de este corazón una transpiración de ternura y de misericordia para ahogar los pecados del mundo".

Lo que quizás más le tocaba interiormente era constatar que su Dios estaba presente en el tabernáculo para nosotros: "¡Nos espera!" La conciencia de la presencia real de Dios en el Santísimo Sacramento fue quizás una de sus más grandes gracias y una de sus mayores alegrías. Ofrecer Dios a los hombres y los hombres a Dios, el sacrificio eucarístico se convirtió muy pronto para él en el corazón de su jornada y de su pastoral.

La educación de los fieles en lo que toca a la presencia eucarística y a la comunión era particularmente eficaz cuando lo veían celebrar el Santo Sacrificio de la Misa. "Estaba convencido de que todo el fervor en la vida de un

⁵⁴– JUAN PABLO II, *Carta a los sacerdotes, Jueves Santo 1986*.

sacerdote dependía de la Misa: ‘La causa de la relajación del sacerdote es que descuida la Misa. Dios mío, ¡qué pena el sacerdote que celebra como si estuviese haciendo algo ordinario!’. Siempre que celebraba, tenía la costumbre de ofrecer también la propia vida como sacrificio: “¡Cómo aprovecha a un sacerdote ofrecerse a Dios en sacrificio todas las mañanas!”⁵⁵.

En resumen: el cura de Ars comprendió muy bien la Eucaristía como una locura de amor de Dios para con nosotros: “¡Allí está quien nos ama tanto! ¿Por qué no amarlo?”. “¡Si uno lo piensa, se puede perder por la eternidad en este abismo de amor!”.

La misericordia aprendida en la oración asegura una relación al mismo tiempo fuerte y llena de ternura entre el sacerdote y los hombres, de quienes se hace verdaderamente hermano. Igualarse en todo a los hombres es uno de los motivos mayores de la pasión de Jesús para atarse a nosotros con todas las fibras de su humanidad, remodelada en el sufrir y amar redentores. En el sufrimiento, Cristo adquiere una capacidad inmensa de compadecer y salvar (Heb. 5,8-9; 9,28).

7. Servir a la misericordia de Dios le lleva al sacerdote a emprender obras sociales de todo tipo

El Cura de Ars fue un apóstol infatigable, lleno de iniciativas para poner remedio a los males que afligían a sus feligreses. No hace pastoral desde un despacho, sino que es un padre que vela por sus hijos. Para aliviar la carencia de escuelas y maestros, en invierno llamaba a un preceptor que daba clases a niños y niñas juntos. Al final logra, con la colaboración del alcalde, un maestro para los niños que se instale de modo permanente en el municipio. En cuanto a las niñas, escogió en su momento a dos jóvenes de la parroquia como futuras profesoras, Catalina Lassange y Benita Lardet, y las envió para que se prepararan debidamente a la casa de las religiosas de san José de Fareins. A la vez, adquirió una casa nueva con bienes personales y ayudas de los fieles. La escuela abrió el 11 de noviembre de 1824.

Cuando este proyecto va creciendo y se consolida, Juan María tiene una nueva inspiración: recoger a las huérfanas sin hogar, y a las niñas de familias indigentes, que eran utilizadas para mendigar o las ponían desde muy pequeñas a trabajar como criadas, y acogerlas en la misma escuela en un internado que llevaría el nombre de ‘Providencia’. Para ello tuvo que ampliar la casa que hacía de escuela. Pues bien, seguidamente compró un poco más de terreno, él mismo trazó los planos del nuevo edificio, y se convirtió en un obrero más de

⁵⁵– Cf. BENEDICTO XVI, *Carta a los sacerdotes*.

la construcción de aquella casa. A partir de 1827, sólo aquellas niñas más necesitadas fueron admitidas como pensionistas.

Hubo momentos en que pudieron acoger sesenta niñas o más. No se cobraba nada a nadie. No faltaron dificultades, incluso se llegó a situaciones críticas. El señor cura vendió en alguna ocasión lo poco que le quedaba de ajuar, también aplicó la parte de herencia familiar que su hermano Francisco le entregó, y continuamente imploró caridad para el mantenimiento de la institución. Nunca desfalleció su confianza en Dios y nunca faltó el sustento conveniente a las huérfanas y a las responsables, que formaban una gran familia.

“No se sabe cuánto ha hecho el santo Cura como obra social” dice uno de sus biógrafos. Acompañaba a las familias y trataba de protegerlas de todo lo que pudiera destruirlas (alcohol, violencia, egoísmo...). En el corazón de su pueblo, tuvo en cuenta al hombre en su dimensión humana, espiritual, social.

“Siempre digo que el sacerdote –comenta el cardenal Hummes- no es sólo importante por el aspecto religioso dentro de la Iglesia. Desempeña también una grandísima labor en la sociedad, porque promueve los grandes valores humanos, está muy cerca de los pobres con la solidaridad, la atención por los derechos humanos. Creo que debemos ayudarles [a los sacerdotes] para que vivan esta vocación con alegría, con mucha lucidez y también con corazón para que sean felices, dado que se puede ser feliz en el sacrificio y el cansancio. Ser feliz no está en contradicción con el sufrimiento. Jesús no era infeliz en la cruz. Sufría tremendamente, pero estaba feliz, porque sabía que lo hacía por amor y que esto tenía un sentido fundamental para la salvación del mundo. Era un gesto de fidelidad a su Padre”.

8. Nuevos testigos y servidores de la misericordia de Dios: oración y trabajo por las vocaciones

“Por tanto, el Año sacerdotal brinda una magnífica oportunidad para volver a encontrar el sentido profundo de la pastoral vocacional, así como sus opciones fundamentales de método: el testimonio, sencillo y creíble; la comunión, con itinerarios concertados y compartidos en la Iglesia particular; la cotidianidad, que educa a seguir al Señor en la vida de todos los días; la escucha, guiada por el Espíritu Santo, para orientar a los jóvenes en la búsqueda de Dios y de la verdadera felicidad; y, por último, la verdad, que es lo único que puede generar libertad interior”⁵⁶.

⁵⁶– BENEDICTO XVI, *Discurso a los participantes en el Congreso Europeo de Pastoral vocacional*, Roma 4 de julio 2009.

El Papa, como vemos, destaca el testimonio de los sacerdotes que es como un eje transversal de toda la pastoral vocacional: “En tiempos de orfandad de referencias, en tiempos de fragmentación interior, de dispersión, de superficialidad y consumismo, hacen falta unos referentes sacerdotales que transparenten a Cristo, que rezumen la alegría de su consagración, que sean capaces de generar ilusión, esperanza, entusiasmo, de presentar ideales de convicción. Que ejerzan un liderazgo creíble por su fidelidad al evangelio, y sobre todo por el testimonio de vida. Sacerdotes que conectan con los jóvenes, que son accesibles y apreciados no porque practiquen el colegueo estéril, o porque rebajen los niveles de exigencia. Sacerdotes que viven la unión con Cristo, que entregan sus vidas, inconformistas ante el mundo, audaces en el apostolado, que se expresan con valentía y libertad de espíritu, siempre al servicio de la verdad. Cuántas veces un monaguillo, un niño de la catequesis, o un joven de la parroquia o de un movimiento, han descubierto su vocación a partir del deseo de ‘querer ser como el sacerdote’”⁵⁷.

8.1. La mies es mucha...

“La mies es mucha”, dice el Señor. Y cuando dice “es mucha” no se refiere sólo al momento en que Él vivía. Sus palabras valen también para nuestro tiempo. En el corazón de los hombres crece una mies; es decir, esperan una luz, un camino, esperan a Dios. Una esperanza del amor que, más allá del instante presente, nos sostenga y acoja eternamente. La mies es mucha y necesita obreros en todas las generaciones. Y para todas las generaciones, aunque de modo diferente, valen siempre también las otras palabras: “Los obreros son pocos”.

8.2. Orar

“Rogad, pues, al Dueño de la mies que mande obreros”. Dios quiere servirse de los hombres, para que lleven la mies a los graneros. Dios necesita personas dispuestas a ayudar para que esta mies que ya está madurando en el corazón de los hombres pueda entrar realmente en los graneros de la eternidad y se transforme en perenne comunión divina de alegría y amor. Ahora bien, hemos de orar porque no podemos “producir” vocaciones; deben venir de Dios. Propagandas bien pensadas y estrategias adecuadas no son definitivas. La llamada, que parte del corazón de Dios, siempre debe encontrar la senda que lleva al corazón del hombre.

Es el Dueño de la mies quien ha de sacudir el corazón de los llamados encendiendo en ellos el entusiasmo y la alegría por el Evangelio. Ha de hacerles comprender que éste es el tesoro más valioso por el que merece la pena arriesgarlos todo.

⁵⁷– Mons. J. A. SÁIZ MENESES, *La alegría del sacerdocio*, Carta Pastoral. Adviento 2009, 28-29

Ante todo está la celebración diaria de la santa Misa. No la celebremos con rutina, como un deber exterior a nosotros. Si celebramos la Eucaristía con íntima participación en la fe y en la oración, entonces el *ars celebrandi* vendrá por sí mismo, pues consiste precisamente en celebrar partiendo del Señor y en comunión con él, y por tanto como es preciso también para los hombres. Entonces nosotros mismos recibimos como fruto un gran enriquecimiento y, a la vez, transmitimos a los hombres más de lo que tenemos, es decir, la presencia del Señor.

El otro espacio abierto que la Iglesia nos ofrece es la liturgia de las Horas. Tratemos de rezarla como auténtica oración, como oración en comunión con el Israel de la Antigua y de la Nueva Alianza, como oración en comunión con los orantes de todos los siglos, como oración en comunión con Jesucristo, como oración que brota de lo más profundo de nuestro ser, del contenido más profundo de estas pagarias.

Al orar así, involucramos en esta oración también a los demás hombres, que no tienen tiempo o fuerzas o capacidad para hacer esta oración. Nosotros mismos, como personas orantes, oramos en representación de los demás, realizando así un ministerio pastoral de primer grado. Esto no significa retirarse a realizar una actividad privada, se trata de una prioridad pastoral, una actividad pastoral, en la que nosotros mismos nos hacemos nuevamente sacerdotes, en la que somos colmados nuevamente de Cristo, mediante la cual incluimos a los demás en la comunión de la Iglesia orante y, al mismo tiempo, dejamos que brote la fuerza de la oración, la presencia de Jesucristo, en este mundo⁵⁸.

El Papa pidió a todos los fieles que rezaran por los sacerdotes y recordó que “la oración es la primera tarea, el verdadero camino de santificación de los sacerdotes, y el alma de la auténtica pastoral vocacional [...]. La escasez numérica de ordenaciones sacerdotales en algunos países no sólo no debe desanimar, sino que debe empujar a multiplicar los espacios de silencio y de escucha de la Palabra, a cuidar mejor la dirección espiritual y el sacramento de la confesión, porque la voz de Dios, que siempre sigue llamando y confirmando, pueda ser escuchada y prontamente seguida por muchos jóvenes”.

8.3. Trabajar por las vocaciones

Pero no sólo es cuestión de oración. Precisamente la oración bien hecha convierte las palabras en acción. Que de nuestro corazón brote la chispa de la alegría en Dios, de la alegría por el Evangelio, y suscite en otros corazones la

⁵⁸ Cf. BENEDICTO XVI, Encuentro con los sacerdotes y diáconos permanentes en el Viaje Apostólico a Alemania- *Catedral de Santa María y San Corbiniano, Freising, 14 de septiembre de 2006*

disponibilidad a dar su 'sí'. Es El quien ha de suscitar la disponibilidad, la constancia, la fidelidad perseverante. El esfuerzo por responder a la vocación, aunque sea costoso, es hermoso, es útil, porque lleva a lo esencial, es decir, a lograr que los hombres reciban lo que esperan: la luz de Dios y el amor de Dios.

Pretendemos dar un nuevo impulso a la pastoral vocacional en nuestra diócesis con motivo del Año Sacerdotal. Hemos reestructurado la Delegación diocesana tratando de involucrar a cada arciprestazgo, a sacerdotes, consagrados y fieles laicos. Los niños, adolescentes y jóvenes que pudieran acceder a nuestros Seminarios proceden de una cultura narcisista marcada por un erotismo que impregna el ambiente y de una sociedad secularizada donde faltan referencias de auténtica vida cristiana. Muestran una gran dispersión interior y se sienten cada vez más inseguros y faltos de vertebración en la configuración de la personalidad y en la vida. Por otra parte, en el seno de las familias cristianas, con un índice de natalidad muy exiguo y una fe muy debilitada, muy marcadas por el consumismo y el secularismo, es muy difícil que crezcan las semillas de la vocación. Es preciso desarrollar una pastoral familiar que potencie la cultura de la vida, que valore la vocación sacerdotal y que las familias sean conscientes de que sus hijos, si son llamados a la vida sacerdotal, encontrarán en ella el camino más corto para su felicidad.

Queremos comenzar lo que se ha venido en llamar 'Seminario en familia'. Toda acción en la Iglesia está encaminada en último término a ayudar a cada bautizado a descubrir y acoger el modo concreto por el que Dios le llama a vivir su condición cristiana. Esta es una tarea originaria, central y, por tanto, prioritaria de la Iglesia. La pastoral vocacional al ministerio ordenado tiene, por su parte, una relevancia de primer orden. Si todas las vocaciones son necesarias en la Iglesia, los sacerdotes son los servidores del resto de las vocaciones. Aunque hemos de estar atentos a los gérmenes de vocación sacerdotal ya desde pequeños, el Seminario en familia estará formado por aquellos muchachos, mayores de 12 años, que mostrando gérmenes de vocación sacerdotal, estén dispuestos a participar en un proceso de discernimiento y acompañamiento para acoger su posible vocación al sacerdocio. Estos muchachos no llevarán un régimen de internado, sino que vivirán normalmente en sus casas, con su familia, asistirán a las clases en el Colegio o Instituto respectivo y participarán en las actividades de sus parroquias. Ahora bien: junto al acompañamiento personal por sus padres, por el responsable del grupo y, sobre todo por sus sacerdotes, periódicamente tendrán actividades vocacionales y formativas conjuntas para ayudarles a responder a las preguntas que anidan en su corazón sobre una posible vocación sacerdotal.

Para esta nueva andadura contamos, en primer lugar, con los padres y las familias cristianas, También, por supuesto, con los sacerdotes, con los catequis-

tas y profesores de Religión así como con las comunidades eclesiales y grupos apostólicos. Todos juntos trabajando íntimamente unidos a los formadores del Seminario. Nuestra llamada es clara: se trata de ofrecer esta experiencia a muchachos, adolescentes y jóvenes. A los que puedan interesarse y se sientan capaces de participar en este proyecto.

Benedicto XVI recordó el ejemplo de san Juan María Vianney. Como el Cura de Ars, cada sacerdote “puede advertir mejor la necesidad de esa progresiva identificación con Cristo que le garantiza la fecundidad y la fidelidad de su testimonio evangélico”. Y es “de la certeza de su propia identidad”, de la que depende “el renovado entusiasmo por la misión” del sacerdote.

“El amor por el prójimo, la atención a la justicia y a los pobres, no son solamente temas de una moral social, sino más bien expresión de una concepción sacramental de la moralidad cristiana, porque, a través del ministerio de los presbíteros, se realiza el sacrificio espiritual de todos los fieles, en unión con el de Cristo, único Mediador”, ha enseñado Benedicto XVI en otra ocasión. “Frente a tantas incertidumbres y cansancios también en el ejercicio del ministerio sacerdotal, es urgente recuperar un juicio claro e inequívoco sobre el primado absoluto de la gracia divina, recordando lo que escribe santo Tomás de Aquino: El más pequeño don de la gracia supera el bien natural de todo el universo”⁵⁹.

9. Potenciar el celo pastoral

A nuestra Iglesia le falta empuje misionero, dinamismo evangelizador y fuerza mística. Nos conformamos con una vida espiritual de baja intensidad y una tendencia acentuada a la tibieza y a la mediocridad. La tibieza es la situación espiritual más peligrosa que puede acechar a un cristiano, y mucho más a un sacerdote. Porque el tibio no es consciente de su situación ni de los peligros que le amenazan y, por tanto, no siente la necesidad de convertirse. El tibio quiere compatibilizar la amistad con Dios con pequeñas condescendencias consigo mismo, que en realidad son grandes infidelidades. ¿No será la tibieza la fuente de tanta tristeza, desaliento y dejadez en la vida interior como se palpan en la vida de hoy? El Cura de Ars nos recuerda: “Las almas de los mediocres no tienen esa agilidad que hace ir directamente a Dios. Tienen algo de pesado, de tedioso que las fatiga: frecuentemente se trata de pecados veniales a los que están apegadas”.

Sacadámonos la tibieza que nos esteriliza y volvamos al amor primero (Cf. Ap 2,4-5) y al fervor de recién ordenados. Reavivemos, queridos hermanos

⁵⁹– BENEDICTO XVI, *Audiencia general*, 1 de julio de 2009.

sacerdotes, en este Año Sacerdotal el carisma que el Espíritu Santo nos regaló el día de nuestra ordenación y huyamos del estilo de vida funcionarial, que tanto tiene que ver con la actitud del mercenario, al que no le importan las ovejas (Jn 10,5.12-13).

La caridad pastoral, que es participación del amor pastoral de Jesús, es el secreto manantial de la ilusión sacerdotal y del celo por las almas cada día renovado. Es lo único que nos mantendrá frescos en esta coyuntura, en la que a ojos vista ha disminuido el aprecio social por nuestra tarea, acompañada en muchas ocasiones por la incompreensión o el desprecio, y por las condiciones adversas en que nos sitúa la secularización

La vivencia cabal del ministerio de salvación que el Señor nos ha confiado ha de impulsarnos a gastarnos y desgastarnos por nuestros fieles, sin medida, sin recortes y sin reloj, pues lo nuestro es servir, lo nuestro es el “*amoris officium*”, en palabras de San Agustín. Debe impulsarnos además a conocerles, a compartir sus luchas, sufrimientos y problemas, amando con cercanía afectiva, familiaridad, compasión y ternura a los niños, a los jóvenes, a los enfermos, a las familias y a los pobres. Como San Pablo y como el Cura de Ars, hemos de entregar a nuestros fieles nuestra propia persona (1Tes 2,8), con tal de que conozcan a Dios y a su enviado Jesucristo y disfruten de la gracia de la filiación.

10. En la escuela de María

La tierna devoción a la Virgen fue creciendo en Juan María Vianney con el paso del tiempo. A la edad de cuatro años, su madre le regaló una imagen de madera de la Santísima Virgen, que llevó siempre consigo. Poco antes de morir recordaba: “¡Oh!, cuánto amaba yo aquella imagen. No podía separarme de ella ni de día ni de noche, y no hubiera dormido tranquilo, si no la hubiera tenido a mi lado en la cama...”. El Cura de Ars profesó una tierna devoción a la Santísima Virgen, a la que llama “su más viejo amor”, “mejor que la mejor de las madres”, la luz de sus días oscuros, que “puede compararse a un hermoso sol en un día de niebla”. Él mismo nos confiesa lo que María ha significado en su vida: “He bebido tan a menudo de esta fuente, que ya no quedaría nada desde hace tiempo, si no fuera inagotable”.

Al poco tiempo de llegar a la parroquia de Ars la consagró a la Inmaculada. Poco después, mandó hacer un corazón dorado para colgarlo en la imagen de la Virgen. Dentro de ese corazón quiso que estuvieran, en una cinta blanca, los nombres de sus feligreses. Allí se conservan todavía hoy. “El Corazón de María es tan tierno hacia nosotros -decía San Juan María Vianney- que todas las madres del mundo no son más que un trozo de hielo a su lado”. Y añadía: “en el corazón de María no hay más que misericordia”. El Santo Cura de Ars

recordaba siempre a sus fieles que “Jesucristo, cuando nos dio todo lo que nos podía dar, quiso hacernos herederos de lo más precioso que tenía, es decir de su Santa Madre”.

He aquí unas expresiones que ponen de manifiesto su amor entrañable a la Madre de Dios y madre nuestra: “La Virgen María es esta bella criatura que nunca disgustó al buen Dios”. “El Padre ama mirar el corazón de la Santa Virgen María como la obra maestra de sus manos”. Con razón podemos llamar a María nuestra Madre porque “la Virgen María nos ha generado dos veces, en la encarnación y a los pies de la Cruz: es, pues, dos veces nuestra Madre”. Para el que siente verdadero amor a la Virgen, “el Ave María es una oración que no cansa nunca”. De la intercesión de María todo lo podemos esperar: “Todo lo que el Hijo pide al Padre se lo concede. Todo aquello que la Madre pide al Hijo le es igualmente concedido”. “Cuando nuestras manos han tocado aromas, perfuman todo lo que tocan. Hagamos pasar nuestras oraciones a través de las manos de la Santa Virgen, las perfumará”. “El medio más seguro para conocer la voluntad de Dios, es rezar a nuestra buena Madre”.

Ha enseñado Benedicto XVI: “Desde su primer ‘fiat’, María acogió, primero en la fe y después en su seno, el Cuerpo de Jesús y lo dio a luz. Día a día lo adoró extasiada, lo sirvió con amor responsable, cantando en su corazón el Magnificat. Durante los largos años de su vida oculta, mientras educaba a Jesús, o cuando en Caná de Galilea solicitaba el primer milagro, o por último cuando en el Calvario al pie de la cruz contemplaba a Jesús, lo “aprendía” en cada momento. En nuestro ministerio sacerdotal dejémonos guiar por María para ‘aprender’ a Jesús. Contemplémoslo, dejemos que él nos forme, para que seamos capaces de mostrarlo a todos los que se acerquen a nosotros. Cuando tomemos en nuestras manos el Cuerpo eucarístico de Jesús para alimentar con él al pueblo de Dios, y cuando asumamos la responsabilidad de la parte del Cuerpo místico que se nos encomienda, recordemos la actitud de asombro y de adoración que caracterizó la fe de María. Del mismo modo que ella en su amor responsable y materno a Jesús conservó el amor virginal lleno de asombro, así también nosotros, al arrodillarnos litúrgicamente en el momento de la consagración, conservemos en nuestro corazón la capacidad de asombrarnos y de adorar. Reconozcamos en el pueblo de Dios los signos de la presencia de Cristo. Estemos atentos para percibir los signos de santidad que Dios nos muestre entre los fieles. No temamos por los deberes y las incógnitas del futuro. No temamos que nos falten las palabras o que nos rechacen. El mundo y la Iglesia necesitan sacerdotes, santos sacerdotes”⁶⁰.

⁶⁰ Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso a los religiosos, religiosas y seminaristas representantes de los movimientos eclesiales en Polonia*, Czestochowa, 26 de mayo de 2006.

El beato Manuel González, por su parte, nos invita, a ir a Santa María Reina y Madre de los sacerdotes, para decirle:

“Madre Inmaculada: Que no nos cansemos. Madre nuestra, una petición: que no nos cansemos. Sí, aunque el desaliento por el poco fruto o por la ingratitud nos asalte, aunque la flaqueza nos ablande, aunque el furor del enemigo nos persiga, y nos calumnie, aunque nos falte dinero y auxilios humanos, aunque vivieran abajo nuestras obras y tuviéramos que volver a empezar de nuevo, Madre querida, que no nos cansemos.

Firmes, decididos, alentados, sonrientes siempre, con los ojos de la cara fijos en el prójimo y en sus necesidades para socorrerles, y con los ojos del alma fijos en el Corazón de Jesús que está en el Sagrario, ocupemos nuestro puesto, el que a cada uno nos ha señalado el Señor.

Nada de volver la cara atrás. Nada de cruzarse de brazos. Nada de decir estériles lamentos. Mientras nos quede una gota de sangre que derramar, unas monedas que repartir, un poco de energía que gastar, una palabra que decir, un aliento de nuestro corazón, un poco de fuerza en nuestras manos o en nuestros pies, que puedan servir para dar gloria a Dios y a Ti, y para hacer un poco de bien a nuestros hermanos, Madre querida, que no nos cansemos. Morir antes que cansarnos”.

Queridos hermanos, que estas reflexiones reaviven nuestro gozo de ser sacerdotes, nuestro deseo de serlo todavía más consciente y generosamente. El testimonio del Cura de Ars contiene aún muchas otras riquezas por profundizar. Escuchemos a Cristo que, como a los Apóstoles, nos dice: “Nadie tiene amor mayor que éste de dar la vida por sus amigos... Ya no os llamo siervos... os llamo amigos”. Ante El, que manifiesta el Amor en toda su plenitud, sacerdotes y obispos, renovaremos este Año jubilar sacerdotal de una manera muy especial nuestras promesas sacerdotales.

Oremos los unos por los otros, cada cual por su hermano, y todos por todos. Roguemos al Sacerdote Eterno que la memoria del Cura de Ars nos ayude a reavivar nuestro celo en su servicio. Supliquemos al Espíritu Santo que otorgue a su Iglesia muchos sacerdotes del temple y la santidad del Cura de Ars. Nuestra época tiene gran necesidad de ellos. Usando las mismas palabras que usaba S. Juan María Vianney digamos al Señor:

*“Te amo, mi Dios, y mi solo deseo
es amarte hasta el último respiro de mi vida.
Te amo, oh Dios infinitamente amable,
y prefiero morir amándote*

*antes que vivir un solo instante sin amarte.
Te amo, Señor, y la única gracia que te pido
es aquella de amarte eternamente.
Dios mío, si mi lengua
no pudiera decir que te amo en cada instante,
quiero que mi corazón te lo repita
tantas veces cuantas respiro.
Te amo, oh mi Dios Salvador,
porque has sido crucificado por mi,
y me tienes acá crucificado por Ti.
Dios mío, dame la gracia de morir amándote
y sabiendo que te amo” Amen.*

Confiemos nuestro sacerdocio a la Virgen María, Madre de los sacerdotes, a quien Juan María Vianney recurría sin cesar con tierno afecto y total confianza. Que la Virgen, Madre de misericordia, suscite en nosotros sentimientos de filial abandono en Dios, que es misericordia infinita. Digamos con San Agustín en un conocido pasaje de sus *Confesiones*: “¡Ten piedad de mí, Señor! Mira que no te escondo mis heridas: tú eres el médico, yo el enfermo; tú eres misericordioso, yo mísero... Toda mi esperanza está puesta en tu gran misericordia”⁶¹. Demos gracias a Jesucristo, el Señor, que en los santos Pastores como el Cura de Ars nos ha revelado su misericordia y su amor para que por ellos continúe llegando a nosotros su acción misericordiosa.

+Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Mondoñedo-Ferrol

Año Jubilar Sacerdotal, Cuaresma 2010.

1.2. CARTA PASTORAL: O SACERDOTE, TESTEMUÑA E MINISTRO DA MISERICORDIA DE DEUS

INTRODUCCIÓN

“Como elixidos de Deus, santos e amados, vestídevos da misericordia entrañable, bondade, humildade, dozura, comprensión. Soportádevos mutuamente e perdoádevos, cando algún teña queixas contra outro. O Señor tenvos perdoado, facede vós o mesmo. E por enriba de todo isto, o amor, que é o cinguidor da unidade consumada” (Col 3, 12-14)

⁶¹– S. AGUSTÍN, *Confesiones* X, 28.39; 29.40.

Estamos vivindo o Ano Xubilar Sacerdotal convocado polo Papa Benedicto XVI para conmemorar o 150 aniversario da morte do Cura de Ars. É unha boa oportunidade para recordar, é dicir, pasar polo corazón e a oración, a tantos sacerdotes entregados amorosamente a Xesucristo no ministerio que deixaron profunda pegada entre nós. Sen dúbida que todos amamos aos nosos sacerdotes e desexamos velos felices, santos, cheos de alegría no seu cotián quefacer apostólico. Esperamos que, ao longo deste Ano Sacerdotal, o Señor conceda ao Bispo e aos sacerdotes da nosa querida diocese superar a fatiga e o desalento, renovando a frescura da súa entrega sacerdotal e a súa paixón por anunciar a Xesucristo. A intercesión do santo Cura de Ars témola asegurada.

Pero, como recorda o Papa actual, vivimos nun mundo canso da súa propia cultura, un mundo no que xa non se sente a necesidade de Deus, e no que o home pretende construírse a si mesmo. Nun clima dun racionalismo que considera o modelo das ciencias como único modelo de coñecemento e, en consecuencia, todo o demais é subxectivo. Nun mundo onde resulta difícil crer. E, se é difícil crer, moito máis difícil é entregar a vida ao Señor para poñerse ao seu servizo¹, ¿como é posible ser sacerdote? ¿E como é posible exercer o ministerio neste novo tempo, non para condenar ao mundo senón para salvalo? Sería imposible de non contar coa axuda do Espírito Santo e vivir fortemente a alegría misioneira de levar á xente de hoxe a Xesucristo. E por outra parte, ¿como pode servir de referente aos sacerdotes de hoxe o santo Cura de Ars moi afastado xa para nós no tempo?

Xoán Paulo II respondía a esta pregunta en 1986: O Cura de Ars -dicía- debeu afrontar no século pasado dificultades que non eran menos grandes que as nosas. Pola súa vida e pola súa actividade foi para a sociedade do seu tempo, un grande reto evanxélico que deu froitos de conversión sorprendentes. Non dubidamos de que el segue ofrecéndonos aínda hoxe ese grande reto evanxélico².

Benedicto XVI, pola súa banda, explicou así a actualidade do santo Cura de Ars: “Lonxe de reducir a figura de san Xoán María Vianney a un exemplo, aínda que admirable, da espiritualidade devocional do século XIX, é máis ben necesario captar a forza profética que marca a súa personalidade humana e sacerdotal de altísima actualidade”. E na Carta que dirixiu aos sacerdotes con motivo do Ano Sacerdotal escribe: “O Cura de Ars conseguiu no seu tempo cambiar o corazón e a vida de moitas persoas, porque *foi capaz de facerlles sentir o amor misericordioso do Señor*. Urxe tamén no noso tempo un anuncio e un testemuño similar da verdade do Amor: *Deus caritas est* (1 Xn 4, 8)”.

¹– BENEDICTO XVI, *Discurso aos sacerdotes da diocese de Aosta. Igrexa parroquial de Introd*, 25 de xullo de 2005.

²– Cf. JUAN PABLO II, *Carta aos sacerdotes*, Xoves Santo 1986.

Creo que un camiño válido para presentar a figura do Cura de Ars no noso tempo é facer fincapé nesa faceta característica súa e de todo sacerdote: sentir no propio corazón e facer sentir aos homes e mulleres do noso tempo o amor de Deus convertido en misericordia. Atinadamente afirmou o bispo da Eucaristía, Beato D. Manuel González: “Se a vida e acción de todo cura (e cando cito este nome refírome ao que o é *opere et veritate*) son sempre un poder na debilidade, de riqueza na pobreza, de influencia transformadora e vencedora, en definitiva, na humildade e no silencio, a vida e a acción dun cura santo, como o Cura de Ars, é misterio sobre misterio”³.

Na Mensaxe que os Bispos de España diriximos recentemente aos sacerdotes expresámonos así: “O corazón do sacerdote que fixa a mirada en Xesús está cheo de amor, amor que ten un nome extraordinario: *misericordia*. San Lucas pon a nosa perfección en ser «misericordiosos», como o Pai o é. E comentaba o Papa Xoán Paulo II que «fóra da misericordia de Deus, non existe outra fonte de esperanza para a humanidade». Se isto é así, o futuro do mundo pasa pola misericordia de Deus, da que nós somos ministros, especialmente no sacramento da Reconciliación. Nós debemos recibir frecuentemente neste sacramento o perdón e a misericordia de Deus que nos renovan. Regatear esforzos no exercicio da misericordia, tanto na vida de cada día coma na dispoñibilidade para ofrecer a outros o sacramento da Reconciliación é restarlle futuro ao mundo. O sacerdote, como Cristo, é icona do Pai misericordioso”⁴.

Por todo isto presentarei algúns trazos da espiritualidade sacerdotal centrándome na figura do sacerdote como testemuña e ministro da misericordia de Deus. Antes proporei unhas reflexións de carácter introdutorio, aínda que absolutamente indispensables, sobre a Igrexa como sacramento da misericordia de Deus.

I. A IGREXA, SACRAMENTO DA MISERICORDIA DE DEUS

1. Como se formula o home de hoxe a misericordia

“A mentalidade contemporánea, parece opoñerse ao Deus da misericordia e tende, ademais, a poñer á beira da vida e arrancar do corazón humano a idea mesma da misericordia. A palabra e o concepto de misericordia parecen producir certo desacougo no home, quen, grazas aos adiantos tan enormes da ciencia e da técnica, se fixo dono e dominou a terra moito máis que no

³– Prólogo á obra de F. TROCHU, *El cura de Ars. El atractivo de unha alma pura*. Ed. Palabra, 13ª ed., Madrid 2005.

⁴– CEE, *Mensaxe aos sacerdotes con motivo do Ano Sacerdotal*, Decembro 2009.

pasado. Tal dominio sobre a terra, quizais entendido unilateral e superficialmente, parece non deixar espazo á misericordia”⁵.

No noso mundo a misericordia non goza de boa reputación. Para moitos é un sentimento pasaxeiro que ante as miserias alleas se abranda e se entristece sentíndose impotente para remedialas, ou unha actitude envilecedora, sospeitosa, encubridora da inxustiza. É a virtude dos débiles e xera pasividade. As persoas vigorosas e capaces de valerse por si mesmas non necesitan nin recibir nin outorgar misericordia. A ‘cultura da forza’, que caracteriza o noso tempo, é contraria á misericordia. Sostén que ofende a dignidade da persoa asistida e induce no benfeitor unha falsa conciencia de persoa honorable. Por outra banda, a ‘cultura do desexo sen límites’ exclúe a misericordia porque non permite pensar nos demais e, en todo caso, non deixa sentir as necesidades alleas.

Estas caricaturas da misericordia conteñen, non obstante, algúns elementos de verdade e denuncian que algunhas veces exercemos a misericordia de forma paternalista, practicamos unha asistencia sen promoción, e ferimos aos necesitados.

Para as miserias humanas hai un remedio que é a misericordia. Ante os fallos e as debilidades, mesmo ante a maldade humana, hai quen reacciona con violencia ou mira para outro lado. Pero tamén se pode ‘dar o corazón aos miserables’, que iso significa etimoloxicamente a palabra misericordia. A misericordia, lonxe de ser debilidade, é a fortaleza do que ama. Así a presenta Xesucristo no Sermón da Montaña. Só El se atreveu a chamar felices e benaventurados aos homes de corazón misericordioso. Só El prometeu misericordia a quen a teña cos seus irmáns.

Aínda que nos resistamos a admitilo, *temos que recoñecer que a misericordia rexe a vida dos homes*. Sen ela non podemos vivir. Estamos feitos de tal modo, que se non recibimos gratis continuamente, frústrase o noso destino. Non podemos satisfacer a nosa ansia de felicidade con ningunha iniciativa nosa por interesante e nobre que sexa. Só podemos vivir medianamente felices, se somos acollidos e sostidos no camiño da vida, se hai Alguén que nos levanta unha e outra vez porque nos ama. Non nos abundan as cousas que temos ao alcance da nosa man, necesitamos o que só se recibe gratuitamente, o que chega a nós como un don imprevisible por parte de Deus, o que nos sobrevén antes de toda acción nosa. O amor e esa forma de amar, que é perdoar, son froitos granados da misericordia.

⁵– XOAN PAULO II, *Dives in misericordia* 2 [en diante: DM].

2. *¿En que consiste a verdadeira misericordia?*

A misericordia non é un sentimento superficial nin unha comoción romántica pasaxeira. Tampouco é sentimentalismo baleiro nin paternalismo estéril. Evoca un xeito de actuar non só instintivo e pasional, senón uns comportamentos pacientes e constantes.

Sentir misericordia é deixarnos afectar de verdade pola dor dos demais: descubrir esa dor, non pasar de largo ante el, solidarizarnos de forma eficaz co que sofre. Miralo cos ollos de Deus a quen “conmove a aflicción do seu pobo”. Descabalgarnos, pois, da nosa intransixencia e da nosa frialdade ao tratar aos nosos semellantes.

Practicar a misericordia significa exercer as obras de misericordia, que teñen como destinatario principal ao pobre. O sentido da esmola, urxido de xeito reiterado e constante na tradición da Igrexa, inscríbese neste capítulo: “Ninguén poderá ser grato a Deus se non ten o afecto da esmola, ensina San Pedro Damiano. Quero dicir: que se non ten que dar, teña desexos de dar. E se non lle sobran bens, non lle falten as riquezas dun espírito xeneroso”.

É verdade que un problema tan grave como, por exemplo, a pobreza no mundo non se resolve só con misericordia, pero tampouco se resolve sen ela. A misericordia ten que estar como motivo na mesma paixón pola xustiza para que non dexenere nunha ideoloxía ou nunha reivindicación paranoide.

Para entender mellor todo isto, podemos diferenciar os seguintes pasos á hora de exercitar a misericordia. En primeiro lugar, por dicilo así, dáse unha interiorización do sufrimento alleo, deixo que penetre nas miñas entrañas, no meu corazón, no meu ser enteiro, fágoo meu dalgún xeito, dóeme a min. Nun segundo momento, ese sufrimento interiorizado, que me chegou ata dentro, provoca en min unha reacción, convértese en punto de partida dun comportamento activo e comprometido. Por último, esa reacción vaise concretando en actuacións e compromisos diversos orientados a erradicar ese sufrimento ou, polo menos, alivalo.

Ser compasivo e misericordioso é sempre o primeiro e o último nun seguidor de Xesús. Nada hai máis importante. Teremos que facer moitas cousas ao longo da vida, pero a compaixón debe estar no trasfondo de todo. Nada pode xustificar a indiferenza ante o sufrimento alleo. A compaixón ten que configurar todo o que constitúe a nosa vida: o noso xeito de mirar ás persoas e de ver o mundo, o noso xeito de relacionarnos e de estar na sociedade, o noso xeito de entender e de vivir a fe cristiá.

Misericordia é unha actitude de apertura incondicional cara ao irmán mesmo cara ao inimigo intentando estiñar as súas feridas coa nosa comprensión e indulxencia. É a presenza da súa dor no noso propio corazón, e a da súa pobreza física ou espiritual na nosa propia carne.

3. Deus manifestouse rico en misericordia

O pobo de Israel experimentou que o Deus que saía ao seu encontro era un Deus capaz de escoitar conmovido os berros do seu pobo: “Vin a aflicción do meu pobo en Exipto; escoitei o seu clamor “... (Ex 3,7). A razón que move a Deus a escoitar ese clamor non é outra que a misericordia: “Clamará a min e eu oireino, porque son compasivo” (Ex 22,26). Xa dende o comezo da historia, Yahvé revélase como “Deus clemente e misericordioso, lento á ira e rico en piedade” (Ex 34,6). A historia da salvación ponse en marcha por obra e graza da misericordia divina. “A sabedoría que vén de arriba -e que é o mesmo Deus- ante todo é pura e ademais, é amante da paz, comprensiva, dócil, chea de misericordia e boas obras, constante, sincera” (Sb 3,17)

A misericordia, a *hesed* divina, a pesar da infidelidade do pobo, é o trazo máis sobresaínte do Deus da primeira Alianza e enche a Biblia de principio a fin. Un salmo repíteo en forma de ladaíña, explicando con ela todos os eventos da historia de Israel: “Porque eterna é a súa misericordia” (Sal 136).

A misericordia, en definitiva, é o modo de ser de Deus, o seu xeito de ver a vida e de mirar ás persoas, o que move e dirixe toda actuación súa. Deus sente cara ás súas criaturas o que unha nai sente cara ao fillo que leva nas súas entrañas. Deus ámanos entrañablemente.

A confianza absoluta e constante de Israel neste amor misericordioso e tenro de Yahvé soa como unha profesión de fe naquela fórmula contida en Ex 34,6-7: “O Señor, Deus clemente e misericordioso, tardo para a ira e cheo de lealdade e fidelidade, que conserva a súa fidelidade a mil xeracións e perdoa a iniquidade, a infidelidade e o pecado”. Esta fórmula recóllese, total ou parcialmente, nalgúns outros lugares do Antigo Testamento (Núm 14,18; Sal 86,15; 103,8.13; 145,8; Neh 2,13; XI 2,13; Xon 4,2). Así chega ata o Novo Testamento onde aparece a fórmula compendiada “rico en misericordia” (Ef 2,4). A miúdo os orantes, necesitados de perdón, de axuda e de protección, diríxense a Deus invocando a súa piedade (Sal 4,2; 6,3; 9,14; 25,16; 51,3) e chamándoo Pai (Is 63,16; cf Sal 103,13). Pero é en Is 49,15 onde atopamos a imaxe máis bela e significativa do amor de Deus plenamente fiel. Cando Xerusalén se doe de verse abandonada, o mesmo Yahvé responde: “¿Pode acaso unha muller esquecer o neno que cría, non ter compaixón do fillo das súas entrañas? Pois aínda que elas (as entrañas) o esquecesen, eu non me esquecería de ti”. Con esta atrevida imaxe o profeta

quere expresar que o amor de Yahvé transcende calquera modelo humano, xa que non falla xamais.

En resumo: “A misericordia -como ensinou Benedicto XVI- é en realidade o núcleo central da mensaxe evanxélica, é o nome mesmo de Deus, o rostro co que Él se revelou na antiga Alianza e plenamente en Xesucristo, encarnación do Amor creador e redentor. Este amor de misericordia ilumina tamén o rostro da Igrexa, e maniféstase xa sexa a través dos sacramentos, en particular o da Reconciliación, xa sexa con obras de caridade, comunitarias e individuais”⁶. Por todo isto, “é necesario aprender que a omnipotencia de Deus non é un poder arbitrario, pois Deus é o Ben, é a Verdad, e por iso pódeo todo [...] Deus é o custodio da nosa liberdade, do amor, da verdade. E este ollo que nos mira non é un ollo malévolo que nos vixía, senón a presenza dun amor que nunca nos abandona [...] O cumio da potencia de Deus é a misericordia e o perdón. O verdadeiro poder é o poder de graza e de misericordia. Na misericordia, Deus demostra o verdadeiro poder”⁷.

“A compaixón -explica H. Nowen- consiste en ter o atrevemento de recoñecer o noso recíproco destino, co fin de que poidamos ir cara a diante, todos xuntos, cara á terra que Deus nos indica. Compasión significa tamén ‘compartir a alegría’, o que pode ser tan importante como compartir a dor. Dar aos outros a posibilidade de ser completamente felices, deixar florecer en plenitude a súa alegría. Agora ben, a compaixón é algo máis que unha escravitude compartida co mesmo medo e o mesmo suspiro de alivio, e é máis que unha alegría compartida. E é que a túa compaixón nace da oración, nace do teu encontro con Deus, que é tamén o Deus de todos.

No mesmo momento en que te decates de que o Deus que te ama sen condicións ama a todos os outros seres humanos co mesmo amor, abrírase ante ti un novo xeito de vivir, para que chegues a ver cuns ollos novos aos que viven ao teu lado neste mundo. Decataraste de que tampouco eles teñen motivos para sentir medo, de que tampouco deben esconderse detrás dunha sebe, de que tampouco teñen necesidade de armas para ser humanos. Comprenderás que o xardín interior que estivo ermo durante tanto tempo, pode florecer tamén para eles”⁸.

Agora explicámonos moi ben por que os santos non presumen dos seus esforzos nin das súas calidades, senón que todo o atribúen á misericordia de Deus: “O meu único mérito é a misericordia do Señor, recoñece S. Bernardo.

⁶– BENEDICTO XVI, *Regina coeli* 30 de marzo 2008.

⁷– BENEDICTO XVI, *Homilía nas Vésperas celebradas na Catedral de Aosta 24.07.09*

⁸– H. J. M. NOWEN, *A mani aperte*, Brescia 1997, 47 s

Non podo ser pobre en méritos se el é rico en misericordia. E se a misericordia do Señor é grande, moitos serán os meus méritos [...] E se a misericordia do Señor dura por sempre, eu tamén cantarei eternamente as misericordias do Señor". E engade cunha atrevida metáfora que as chagas de Cristo son as ventás polas cales podemos dalgún xeito asomarnos á misericordia de Deus: "as feridas que o seu corpo [de Cristo] recibiu déixannos ver os segredos do seu corazón, déixannos ver o grande misterio da piedade... ¿Que dificultade hai en admitir que as túas chagas déixannos ver as túas entrañas? Non podería acharse outro medio máis claro que estas chagas para comprender que ti, Señor, es bo e clemente e rico en misericordia. Ninguén ten unha misericordia máis grande que o que dá a súa vida polos sentenciados á morte e á condenación. Logo o meu único mérito é a misericordia do Señor"⁹.

4. Cristo, imaxe do Pai compasivo e misericordioso.

Xesucristo é "imaxe de Deus invisible, primoxénito de toda a creación" (Col 1,15; cf 2 Cor 4,4), "o resplandor da súa gloria e a pegada do seu ser" (Heb 1,3). "Facéndose carne e habitando entre nós" (Xn 1,14), o unixénito do Pai é, dende a súa aparición no mundo, o revelador do misterio do "Pai das misericordias" (2Cor 1,3), é dicir, Aquel que é fonte da misericordia e que a derrama xenerosamente sobre nós.

O evanxelista Lucas, "escriba da mansedume de Cristo", como o chama Dante¹⁰, preséntanos a Xesús que, ao inaugurar o seu ministerio público na sinagoga de Nazaret, fai súas estas palabras de Is 61,1-2: "O Espírito do Señor está sobre min, porque me ha unxiu. Envioume a levar a boa nova aos pobres, a anunciar a liberdade aos presos, a dar vista aos cegos, a liberar aos oprimidos e a proclamar un ano de graza do Señor" (Lc 4,18-19). Cando máis tarde o Bautista envía a preguntar se El era o Mesías, responderá facendo eco ás palabras do profeta: "Ide e contade a Xoán o que vistes e oístes: os cegos ven, os coxos andan, os leprosos quedan limpos, os xordos oen, os mortos resucitan, anúnciase o evanxeo aos pobres" (Lc 7,22). En realidade, a vida pública de Xesús é todo un despregamento de amor e de misericordia fronte a todas as formas de miseria humana. E revela o amor do Pai para con todos aqueles que física ou moralmente se senten destruídos e reclaman piedade e compaixón, comprensión e perdón. Por eles e para eles, Xesús non só bota man do seu poder de realizar milagres, senón que se enfronta mesmo coa mentalidade estreita e hostil do ambiente con tal de facer o ben e sandar a todos (Fei 10,38). Médico dos corpos, pero sobre todo médico das almas (Mc 2,17; Lc 5,21), mostra a súa actitude chea de indulxencia e de favor para cos pecadores, que atopan nel un "amigo" (Lc 7,34), que non teme mesmo sentar

⁹– S. BERNARDO, *Sermóns sobre Cantar dos Cantares 61, 5*, Madrid 1987, 771.

¹⁰– Danche, *De monarchia* 1,16.

á súa mesa (Lc 5,27-32; 7,36-50; 15,1-2; 19,1-10), sendo este un xesto provocativo naquel contexto social.

Nos evanxeos vemos como Xesús se conmove frecuentemente ante as necesidades dos homes e 'sente compaixón' por todos, sexa cal sexa a súa enfermidade ou a súa necesidade (Mc 1,41; 5,19; 6,34; 8,2; Mt 9,36; 14,14; 15,32; 20,34; Lc 7,13). Por iso, todos os que recorren a el invocan a súa misericordia (Mc 9,22; 10,47-48; Mt 9,27; Lc 17,13; 18,38-39). E suplicanlle: "¡Ten compaixón de min, Señor!" (Mt 15,22; 17,15; 20,30-31). En todo semellante aos homes menos no pecado, experimenta na súa propia carne a dureza do sufrimento humano (Heb 2,17-18), e acepta libremente morrer na cruz pola redención do mundo. Morrer na cruz foi o testemuño máis patente do seu amor misericordioso. Agora, sentado á dereita do Pai, permanece como "sumo sacerdote misericordioso e fiel" (Heb 2,17). A El podemos dirixirnos "co fin de obter misericordia e achar a graza do auxilio oportuno" (Heb 4,16).

"Antes de que aparecese a humanidade do noso Salvador, a súa bondade achábase tamén oculta, aínda que esta xa existía, pois a misericordia do Señor é eterna. ¿Pero como, a pesar de ser tan inmensa, ía poder ser recoñecida? Estaba prometida, pero non se alcanzaba a vela; polo que moitos non crían nela. [...] É coma se Deus baleirase sobre a terra un saco cheo da súa misericordia; un saco que se desfondaría na paixón, para que se derramase o noso prezo, oculto nel; un saco pequeno, pero cheo. Xa que *un neno se nos deu, pero en quen habita toda a plenitude da divinidad*. Xa que, cando chegou a plenitude do tempo, fixo tamén a súa aparición a plenitude da divinidad. Veu en carne mortal para que, ao presentarse así ante os que eran carnaís, na aparición da súa humanidade, se recoñecese a súa bondade. Porque, cando se pon de manifesto a humanidade de Deus, xa non pode manterse oculta a súa bondade. [...] ¿Hai algo que poida declarar máis inequivocamente a misericordia de Deus que o feito que aceptar a nosa miseria? ¿Que hai máis ateigado de piedade que a Palabra de Deus convertida en tan pouca cousa por nós? [...] Cuanto máis pequeno se fixo na súa humanidade, tanto máis grande se revelou na súa bondade; e canto máis se deixou envilecer por min, tanto máis querido me é agora"¹¹.

Deus fíxose home en Cristo Xesús, o Misericordioso, para que poidan achegarse a El os pequenos e os pecadores: "¡Gloria ao Invisible que se revestiu de visibilidade para que os pecadores puidesen achegarse a El! O noso Señor non impediu á pecadora achegarse, como o fariseo esperaba que fixese, porque todo o motivo polo que descendera daquela altura á que o home non

¹¹– S. BERNARDO, *Sermón 1 na Epifanía do Señor, 1-2; PL. 133,141-143 en LH vol I, pp. 380-381.*

alcanza, é para que chegasen a El pequenos publicanos como Zaqueo, e toda a razón pola que a Natureza, que non poder ser aprehendida, revestírase dun corpo, é para que puidesen bicar os seus pés todos os labios, como a pecadora [...] Pero tivo piedade dela o Misericordioso, e o seu corpo puro santificou a súa impureza”¹².

Xesús non só revela a misericordia do Pai, senón que el mesmo se atreveu a perdoar os pecados dos homes: “Os teus pecados sonche perdoados” (Mc 2,5). Por comportamentos como este os fariseos e letrados de entón considerárono blasfemo: “¿Quen pode perdoar pecados senón só Deus?” (Mc 2,7), preguntábanse. En efecto, o comportamento de Xesús cara aos pecadores e a súa pretensión de actuar en representación de Deus, gañáronlle a condena a morte. Morreu como un maldito de Deus (Dt 21,23; Gal 3,13). “Cristo morreu polos nosos pecados segundo as Escrituras”, ensina san Paulo (1 Cor 15,3; cf. 11,24). A graza do perdón obtense a un alto prezo: o sangue precioso de Cristo (Cf. 1 Pe 1, 18 s; 1 Cor 6,20).

4.1. As parábolas da misericordia

As parábolas máis belas que saíron de labios de Xesús son sen dúbida as da misericordia de Deus. Xesús contounas para defenderse das acusacións dos fariseos e para xustificar a súa conduta, chea de compaixón e de misericordia cos publicanos e os pecadores (Lc 15,1-2). As dúas primeiras, a da ovella extraviada e a da dracma perdida (15,3-10), péchanse cunha alusión á alegría que causa no ceo a conversión, aínda que sexa dun só pecador. O máis sorprendente da misericordia de Deus é que Él experimenta alegría mostrándose misericordioso. Xesús conclúe a parábola da ovella perdida dicindo: “Haberá máis alegría no ceo por un só pecador que se converta que por noventa e nove xustos que non teñan necesidade de conversión” (Lc 15, 7). A muller que atopou a dracma perdida berra ás súas amigas: “Alegrádevos comigo”.

A terceira parábola é a máis cativadora. Chea de indicacións de fina psicoloxía paternal, mostra como un fillo pródigo e libertino é esperado pacientemente polo seu pai, que agarda incansable o seu retorno. Cando o divisa ao lonxe, cheo de compaixón, corre a abrazalo (Lc 15,11-32). É a imaxe máis viva do amor ilimitado e sorprendente do Pai celestial, que Xesús nos revela dunha forma incomparable. Como só el podía facelo. Os homes que experimentan este amor han de ser testemuñas agradecidas: “Vaite á túa casa cos teus -encárgalle ao endemoniado que curou- e cóntalles todo o que o Señor, compadecido de ti, fixo contigo” (Mc 5,19). Así ofrécenos a clave para entender o significado máis profundo de todos os seus milagres. É o Pai quen

¹² S. EFREN, *Sermo de Domino Nostro*, 48: citado en J. CARRON, *Bienaventurados los misericordiosos*: *Communio* 5 (1993) 406-407.

actúa nel (Xn 5,17) e o que na súa persoa manifesta visiblemente a súa misericordia. Deus é como un pai que non garda para si a herdanza, que espera sempre ao fillo perdido, que “estando aínda lonxe” ve ao seu fillo, e “*conmóvenselle as entrañas*”, bota a correr, dálle unha aperta e bícao efusivamente como unha nai. Un pai que interrompe a confesión do fillo para aforrarlle humillacións e devólvelle a condición de fillo. Un pai que acolle sempre os seus fillos perdidos e suplica aos irmáns que os acollan co mesmo cariño. Xesús fala dun banquete abundante, fala de música e de baile, de fillos perdidos que espertan a compaixón do pai, de irmáns invitados a acollerse.

“Non carece de significado que Lucas -comenta Santo Ambrosio Ambrosio, bispo de Milán- nos preséntase tres parábolas seguidas: *A ovella perdida* descarreirárase e foi recobrada, *a dracma perdida* foi achada; *o fillo pródigo* que daban por morto recobrárono con vida, para que, solicitados por este triplo remedio, nós curásemos as nosas feridas. ¿Quen é este pai, este pastor, esta muller? ¿Non é Deus Pai, Cristo, a Igrexa? Cristo que cargou cos teus pecados lévate no seu corpo; a Igrexa búscate; o Pai acóllete. Como un pastor, condúctete; como unha nai, búscate; como un pai vístete de gala. Primeiro a misericordia, despois a solicitude, logo a reconciliación. Cada detalle convén a cada un: o Redentor vén en axuda, a Igrexa asiste, o Pai reconcilia. A misericordia da obra divina é a mesma, pero a graza varía segundo os nosos méritos. A ovella cansa é conducida polo pastor, a dracma perdida é achada, o fillo volve onda seu pai e volve plenamente arrependido da súa mala vida... Alegrémonos, pois, que esta ovella que perecera en Adán sexa recollida en Cristo. Os ombros de Cristo son os brazos da cruz; aquí cravei os meus pecados, aquí, no abrazo deste cadafalso descansei”¹³.

Xesús contou noutra ocasión unha parábola sorprendente e provocativa sobre *o dono dunha viña* que quería traballo e pan para todos (Mt 20, 1-15). Contratou diversos grupos de traballadores. A uns á primeira hora da mañá, a outros cara a media mañá, e a outros á primeira hora da tarde, e mesmo aos últimos, mediada xa a tarde, cando só faltaba unha hora para rematar o traballo da xornada. Sorprendentemente, a todos lles pagou un denario: o que se necesitaba para vivir durante un día. Cando os primeiros protestan, responde: ¿é que non teño liberdade para facer o que queira co meu? ¿Ou tedes que ver con malos ollos que sexa bo? “. O desconcerto tivo que ser xeral. A misericordia de Deus está por enriba dos méritos. Deus non actúa utilizando os criterios que nós manexamos.

No recordo dos seus seguidores quedou gravada outra parábola desconcertante sobre *un fariseo e un recadador* que subiron ao templo a orar.

¹³– S. AMBROSIO, *Tratado sobre o evanxeo de San Lucas*.

O fariseo reza de pé e seguro. A súa conciencia non o acusa de nada. Cumpre fielmente a Lei e supérea. Non é hipócrita. Di a verdade. Por iso dá grazas a Deus. O recadador retírase a un recanto. Non se atreve nin a elevar os seus ollos do chan. Sabe que é un pecador, pero dubida de que poida cambiar a súa vida. Ese é o seu problema. Por iso, non promete nada. Non pode deixar o seu traballo nin devolver o que roubou. Só lle queda abandonarse á misericordia de Deus: “Oh Deus, ten compaixón de min que son un pecador”. Deus non pode aprobar a súa conduta. Pero inesperadamente, Xesús conclúe a súa parábola con esta afirmación sorprendente: “Eu dígovos que este recadador baixou á súa casa xustificado, e aquel fariseo non”. De pronto rompen os esquemas. O decisivo non son os comportamentos humanos, senón a misericordia insondable de Deus. Deus é un misterio incrible de compaixón que só actúa movido pola súa tenrura cara aos que confían nel.

A *parábola do bo samaritano* representa quizais a parábola máis provocativa e a que mellor suxire a revolución introducida por Xesús dende a súa experiencia da compaixón de Deus. Xesús fala dun home asaltado e abandonado medio morto na cuneta dun camiño. Aparecen por alí en primeiro lugar dous viaxeiros: primeiro un sacerdote, logo un levita. Os dous vinculados ao Templo, ao culto a Deus. O ferido veos cheo de esperanza: pertencen ao seu propio pobo, representan ao Deus santo, sen dúbida terán compaixón del. Pero os dous “deron un rodeo” e pasaron de largo. Aparece no horizonte un terceiro viaxeiro. Non é sacerdote nin levita. Nin sequera pertence ao pobo elixido. É un samaritano, membro dun pobo inimigo. Seguramente o ferido sentiría medo ante a súa presenza. Non obstante, o samaritano “tivo compaixón” e achegouse, aproximouse a el, fíxoselle próximo. Movido a compaixón curou as súas feridas, vendouno, montouno sobre a súa cabalgadura, levouno a unha pousada, coidou del e pagou todo o que fixo falta. A sorpresa dos oíntes non podía ser maior. Para Deus non contan as discriminacións entre amigos e inimigos, non lle deteñen as barreiras ideolóxicas ou relixiosas dos homes. Xesús mira a vida cos ollos das vítimas. Para el, a mellor metáfora de Deus é a compaixón polos que sofren. Hai que desterrar prexuízos e inimizades seculares para reordenalo todo dende a compaixón e dende a misericordia. A verdadeira pregunta do cristián non é ¿quen é o meu próximo?, senón ¿quen necesita que eu me achegue e me aproxime a el?

4.2. «Benaventurados os misericordiosos porque eles alcanzarán misericordia»

Xesús di «Benaventurados os misericordiosos porque eles alcanzarán misericordia» e no Noso Pai invítanos a orar a Deus Pai dicindo: “Perdoa as nosas ofensas, como tamén nós perdoamos aos que nos ofenden”. Di tamén: “Se non perdoades aos homes, tampouco o voso Pai perdoará as vosas ofensas”

(Mt 6, 15). Estas frases poderían levar a pensar que a misericordia de Deus cara a nós é un efecto da nosa misericordia cara aos demais, e que é proporcional a ela. Nada diso. O primeiro é acoller a misericordia de Deus para poder ser nós misericordiosos. Dedúcese da correspondencia entre a benaventuranza e a súa recompensa: “Benaventurados os misericordiosos, porque eles alcanzarán misericordia”, enténdese ante Deus, que perdoará os seus pecados. A frase: “Sede misericordiosos, como o voso Padre é misericordioso,” explícase inmediatamente con “perdoade e seredes perdoados” (Lc 6, 36-37). Debemos, pois, ter misericordia *porque* recibimos misericordia, non só *para* recibir misericordia. Pero temos que exercitar a misericordia, porque pola contra Deus retiraranos a súa, como o señor da parábola Ila retirou ao servo desapiadado. A graza vai sempre por diante: “Como o Señor vos perdoou, perdoádevos tamén vós”, escribe San Paulo aos Colosenses (Col 3, 13).

A nosa misericordia, como a de Cristo, ha de ser humilde, pois a misericordia é amor, e, ao exercela, non podemos ferir os sentimentos de ninguén. Para ser misericordiosos debemos colocarnos á altura do que sofre as súas miserias. Porque é a compaixón cristiá, e non unha compaixón meramente humana, a que nos impulsa a cargar coa dor e o pecado alleos. Porque ese pecado foi redimido por Cristo, esa dor foi bendicida e é o mesmo Deus quen nolo entrega para aliviar o peso do irmán. Soamente así sentiremos a alegría, no medio da dor, que será a nosa máis inmediata recompensa.

Se Deus perdoa os nosos moitos pecados ¿como non perdoar nós as pequenas ofensas dos demais? Se Deus ten misericordia da nosa pobreza material e espiritual, ¿como non imos ter misericordia de aqueles compañeiros de camiño que reclaman un pouco de comprensión e de amor? O apóstolo Santiago afirma: “O xuízo será sen misericordia para o que non tivo misericordia; pero a misericordia triunfa sobre o xuízo” (2,13).

Un monxe ortodoxo rezaba así: “Señor, cheo de misericordia, ¡que grande é o teu amor por min, pecador! Ti déchesme poder coñecer-te, ti dásme a saborear a túa graza. ‘Gustade e vede qué bo é o Señor!’ (Sal 33,9) Tú dásme a gustar a túa bondade e a túa misericordia, e día e noite, a miña alma sente irresistiblemente atraída por ti. A alma non pode esquecer ao seu creador porque o Espírito divino dálle as forzas de amar a aquel que ama; non pode saciarse, antes ben desexa sen cesar ver ao seu Pai celestial. Ditosa a alma que ama a humildade e as bágoas e que odia os pensamentos malos”¹⁴.

San Isaac de Siria (cara o ano 600) monxe de Ninive (Iraq) comentando o mandato de Jesús: “Sede misericordiosos como o voso Pai é misericordioso” (Lc 6,36), recomenda: “Non intentes distinguir o home digno do indigno.

¹⁴– San Siloán (1866-1938), Sophrony, Starets, pag 339.

Considera a todos os homes iguais á hora de servilos e amalos. Así poderalos levar a todos cara ao ben. O Señor ¿non sentaba á mesa cos publicanos e mulleres de mala vida, sen apartar da súa presenza os indignos? Así, ti farás o ben e honrarás igual ao infiel e ao asasino; con máis razón porque el tamén é irmán teu, xa que participa da única natureza humana. Velaquí, meu fillo, o mandamento que che dou: “que a misericordia sempre prevaleza na túa balanza, ata tal punto de sentir dentro de ti a misericordia que Deus sente polo mundo”¹⁵.

5. Unha Igrexa chea de misericordia, sacramento da compaixón de Deus

A Igrexa do Deus ‘rico en misericordia’, ten que ser ela mesma misericordiosa. Non converterá o pecado en algo irrelevante, como tampouco o fixo Cristo, pero seguindo as súas pegadas non se afastará xamais dos pecadores, senón que os atraerá cara a si. Non verá neles só o que son, senón aquilo que poden chegar a ser, se son tocados pola misericordia divina no máis profundo da súa miseria. Xesús é firme e rigoroso nos principios, pero sabe cando un principio debe ceder paso a outro superior como é o da misericordia de Deus. Tamén na vida da Igrexa, como na de Xesús, deben resplandecer xuntas a misericordia das mans e a misericordia do corazón, as ‘entrañas de misericordia’ han de traducirse en obras de misericordia. San Paulo exhórtanos: “Revestídevos, pois, como elixidos de Deus, santos e amados, de entrañas de misericordia, de bondade, humildade, mansedume, paciencia, soportándovos uns a outros e perdoándovos mutuamente, se algún ten queixa contra outro. Como o Señor vos perdoou, perdoádevos tamén vós” (Col 3, 12-13).

A Igrexa, mirando o corazón e as entrañas de Deus, contemplando como Xesús ama e acolle, ha de converterse nunha Igrexa samaritana, unha Igrexa con rostro maternal. Por iso non evanxelizará primariamente dende as normas, senón dende o amor que comunica a Boa Nova e transmite esperanza. “Todo o que di e fai a Igrexa -recorda Benedicto XVI- manifesta a misericordia que Deus sente polo home. Cando a Igrexa ten que recordar unha verdade descoidada, ou un ben traizoado, faino sempre movida polo amor misericordioso, para que os homes teñan vida e a teñan en abundancia (Cf. Xn 10, 10). Da misericordia divina, que pacifica os corazóns, xorde, ademais, a auténtica paz no mundo, a paz entre os pobos, culturas e relixións”¹⁶.

A Igrexa está chamada a ofrecer ao mundo o amor gratuíto e desinteresado que ela recibe do Pai misericordioso. Ela ha de ser a Igrexa da misericordia. Ou a Igrexa samaritana, que ama máis os máis necesitados de ser

¹⁵– S. ISAAC DE NÍNIVE, *Discurso ascético*, 81.

¹⁶– BENEDICTO XVI, *Regina coeli*, 30 de marzo 2008.

amados. Cultivando asiduamente a dimensión contemplativa, a unión con Deus, será máis humana, é dicir, máis comprensiva, próxima e acolledora. Cultivando a dimensión contemplativa potencia a finura na acollida, sen discriminacións, reduplicando a atención aos que non teñen sitio na mesa do noso mundo: os pobres e os excluídos. Segue vixente o mandato de S. Paulo: “Acollédevos mutuamente como Cristo nos acolleu a nós para gloria de Deus” (Rom 15,7).

A misericordia verdadeira impulsa á práctica do perdón: “Os seres humanos -diciá Santo Agustiño- somos como vasos de barro, que solo con rozarse, fanse dano”. Non se pode vivir en harmonía, na familia e en calquera outro tipo de comunidade, sen a práctica do perdón e da misericordia recíproca. Misericordia é unha palabra composta por *misereor* e *cor*; significa conmoverse no propio corazón ante o sufrimento do irmán. É así como Deus explica a súa misericordia fronte ás desviacións do pobo: «O meu corazón está en min conmovido, e á vez estremécense as miñas entrañas» (Os 11,8). O perdón é para unha comunidade o que é o aceite para o motor. Se un sae en coche sen unha gota de aceite no motor, en poucos quilómetros todo se incendiará. Como o aceite, tamén o perdón resolve as fricións. Hai un salmo que canta o gozo de vivir xuntos como irmáns reconciliados: “é como unguento fino na cabeza”, que baixa pola barba de Aarón, ata a orla das súas vestiduras (cf. Sal 133).

Predicando os Exercicios Espirituais ao Papa e á Curia Romana no Ano Xubilar 2000, o cardeal François Xavier Nguyễn Van Thuân, dixo nunha meditación: “Soño unha Igrexa que sexa unha Porta Santa, aberta, que abrace a todos, que estea chea de compaixón e comprensión por todos os sufrimentos da humanidade, tendida a consolala”. Para a Igrexa é importante atopar o seu xusto lugar na sociedade, o lugar auténtico para cumprir a súa misión evanxelizadora. É evidente que a Igrexa de Xesús non pode vivir encerrada en si mesma, preocupada só polos seus problemas e os seus intereses. Ha de estar no medio do mundo, pero non de calquera xeito. Se é fiel a Xesús, a Igrexa ha de estar alí onde hai xente que sofre, alí onde están as vítimas, os empobrecidos, os maltratados pola vida ou pola inxustiza dos homes, as mulleres golpeadas e atemorizadas, os estranxeiros sen papeis, os que non atopan sitio nin na sociedade nin no corazón das persoas.

A misericordia de Deus debe configurar a Igrexa. Moitas cousas debe ser e facer a Igrexa; pero, se non está transida da misericordia de Deus, se non é, antes que nada, boa samaritana, todas as demais cousas serán irrelevantes. Por iso pedimos na Eucaristía: “Dános entrañas de misericordia ante toda miseria humana, inspíranos o xesto e a palabra oportuna fronte ao irmán só e desamparado, axúdanos a mostrarnos dispoñibles ante quen se sente

explotado e deprimido. Que a túa Igrexa, Señor, sexa un recinto de verdade, de amor e de paz, para que todos atopen nela un motivo para seguir esperando”¹⁷.

A comprensión da Igrexa como sacramento da misericordia de Deus pon de relevo en primeiro lugar o seu ‘des-centramento’, xa que o seu valor non está nela mesma senón en Xesucristo, do cal ela é só “como un sacramento, signo ou instrumento” (LG 1). E en segundo lugar, indica o ‘por que’ último desta Igrexa, a finalidade definitiva da cal é “a unión íntima con Deus e a unidade de todo o xénero humano” (LG 1). A Igrexa non ten a súa razón de ser en si mesma, senón na chamada do Señor e na súa misión e diaconía no mundo, é dicir, no anuncio, a celebración e o testemuño vivo e comprometido do Evanxeo do Reino de Deus, sensible ante o sufrimento e solidaria nun mundo globalizado. Non precisamente como poder ou dominio, senón como servizo para a fraternidade universal, enraizada para os crentes en Xesucristo, testemuño concreto do amor de Deus convertido en misericordia, xa que “no máis humilde atopamos a Xesucristo mesmo e en Xesús atopamos a Deus”¹⁸.

II. O SACERDOTE TESTEMUÑA E MINISTRO DA MISERICORDIA DE DEUS

1. Fidelidade de Cristo, fidelidade do sacerdote.

Misericordioso e fiel definen os dous aspectos esenciais da mediación de Cristo como Sumo Sacerdote e relaciónanse estreitamente entre si: a misericordia manifesta a unión con Deus que é “rico en misericordia” e ser digno de fe e merecedor de confianza alcánza a Cristo glorificado despois de mostrar ata o extremo a súa compaixón cos homes sufrindo a cruz. Sendo misericordioso e fiel, Cristo revela ao Pai ‘rico en misericordia (*heset*) e en fidelidade (*emet*)’ (ex. 34,6).

‘*Pistos*’ pódese traducir por ‘fiel’, en canto ‘digno de fe, merecedor de confianza, acreditado ante Deus’. Se no referente aos homes o sacerdote ten que ser ‘misericordioso’, no que mira a Deus ha de ser ‘digno de fe”. Deus ha de poder fiarse del. Sen isto, a misericordia sería estéril pois para ser verdadeiramente sacerdote é necesario estar acreditado ante Deus e neste sentido a situación de Cristo é inigualable (1,5-6; 8,13; 2,10.13) pola súa relación única co Pai. Cristo é digno de fe e merecedor de confianza porque ‘é Fillo’ (3,6), o Fillo moi amado do Pai.

Todo sacerdote da nova Alianza ha de ser misericordioso e fiel. As calidades do amor pastoral son, como as do Bo Pastor, a *misericordia* e a *fidelidade*.

¹⁷– *Pregaria Eucarstica V*/b.

¹⁸– BENEDICTO XVI, *DCE* 15.

Ambas as dúas son necesarias á vez. A tenrura proporciona entrañas para que cando nos atopemos coa miseria, física ou psíquica, cultural ou social, moral ou espiritual, o amor se torne misericordia. A fidelidade confire solidez e estabilidade ao comportamento e á propia vida. Sen tenrura a relación é fría, sen fidelidade non resiste aos vaivéns do afecto. O presbítero ha de reflectir a misericordia do Pai por todos os poros do seu ministerio: na capacidade de acollida, no interese -non precisamente a curiosidade- pola situación concreta dos seus fieis, na comprensión para coas súas debilidades, no alento nas dificultades, na paciencia para escoitalos e acompañalos, no respecto cara á súa conciencia, na busca perseverante e delicada dos afastados. Á fin da vida, seremos misericordiosamente examinado sobre a nosa misericordia pastoral. Ensina Xoán Paulo II: “En canto representa a Cristo Cabeza, Pastor e Esposo da Igrexa, o sacerdote está non só na Igrexa, senón tamén á fronte da Igrexa. Polo tanto está chamado a revivir na súa vida espiritual o amor de Cristo esposo coa Igrexa o seu esposo. A súa vida debe estar iluminada e orientada tamén por este trazo esposal, que lle pide ser testemuña do amor de Cristo como Esposo e, por iso, ser capaz de amar á xente cun corazón novo, grande e puro, con auténtica renuncia de si mesmo, con entrega total, continua e fiel, e á vez cunha especie de ‘celo’ divino (cf. 2 Cor 11,2), cunha tenrura que mesmo asume matices do cariño materno, capaz de facerse cargo das dores de parto ata que Cristo sexa formado nos fieis’ (cf. Gal 4,19)”¹⁹.

S. Paulo recórdanos a importancia da misión dos presbíteros no que se refire a consolar e confortar continuamente aos crentes. Esta recomendación do Apóstolo é hoxe tan actual coma daquela. Ao igual que os crentes eran ínfima minoría rodeada dun ámbito xudaico e pagán que intentaba minalos, os crentes das nosas comunidades atópanse cada vez máis inmersos nunha sociedade poderosa, os valores da cal son alleos ao Evanxeo, para a que a fe viva é cada vez máis estraña. Poden padecer un contaxio case inconsciente de criterios e estilos de vida mundanos e vivir coa sensación de ser os últimos crentes da historia. Consolar coa presenza próxima e a palabra do Evanxeo, fortalecer a súa fe, sementar neles un espírito de comuñón crítica coa sociedade que os envolve é unha necesidade de primeira orde.

A fidelidade entendida como acreditación ante Deus obríganos a medrar na nosa condición de discípulos de Cristo para poder ser apóstolos. Só ‘estando con Cristo’ e permanecendo nel, podemos ser logo enviados a proclamar a Boa Nova. Sen amizade profunda con Xesucristo, sen intimidade con El, non poderemos logo confesalo con fondura e verdadeira paixón. Porque o noso mundo necesita con máis urxencia que nunca a Xesucristo xa que só El responde aos interrogantes máis profundos do ser humano. Temos que

¹⁹_ JUAN PABLO II, PDV 22.

anunciar a Cristo sen taxa, sen medida, sen reloxo, de sol a sol. A nosa condición de pastores obríganos a acompañar aos homes nos seus camiños, sustentándoos na súa marcha e alentándoos na aproximación gozosa á meta. Pero ese sustento e ese alento non o atopamos máis que na presenza amorosa do Pai no medio da vida, perseverantemente buscada e constantemente descuberta. O noso ministerio reclama de nós un estilo de vida contemplativo capaz de descubrir como o Espírito vai introducindo a humanidade no misterio de Cristo Xesús co que se inaugura a creación nova. Na contemplación supéranse os medos e os recelos que paralizan frecuentemente a nosa tarefa evanxelizadora.

Temos que sementar moito para recoller o que Deus queira. Temos que pedir a graza e o gozo da fidelidade nun tempo de escasa fecundidade. Sentímonos retratados nas palabras de Simón Pedro: “Estivemos toda a noite a faenar sen pescar nada; pero, fiado da túa palabra, botarei as redes”. Tamén nós, no seu nome, seguimos traballando a pé de obra, conscientes de que se nos pide ante todo, fidelidade, é dicir un amor que, lonxe de desgastarse co paso do tempo, madura e fortalécese.

A fidelidade no ministerio foi sempre unha nobre aspiración e unha tarefa espiritual delicada. Hoxe resulta máis delicada aínda. O individualismo e a “cultura do contrato” (Lévi-Strauss), que ven os compromisos como algo doadamente rescindible, empobrecérona. A mobilidade e o afán de cambio afectárona sensiblemente. E, non obstante, a convivencia humana aséntase sobre a fidelidade, a solidariedade e a liberdade.

O compromiso para toda a vida é unha das dimensións da existencia presbiteral. Reclama unha fidelidade que, lonxe de ser unha obstinada perseveranza, se fundamenta en saberse amado incondicionalmente por Alguén. O lema ‘nada a longo prazo’ corroe a lealdade e o compromiso. “Nada máis precario, nin máis ameazado que a fidelidade. Desaparece no momento en que deixamos de gardala”, di L. Lavelle²⁰. Temos que contrarrestar a nosa fragilidade con fortes doses de constancia. E non esquezamos que a constancia é irmá da paciencia que non se deprime ante as miserias propias e alleas porque está enraizada en Deus que é “compasivo e clemente, paciente, misericordioso e fiel” (ex 34,6)

Nalgúns sacerdotes -como nos casados, etc- dáse unha fidelidade intermitente, inestable, na que se alternan arranques de fidelidade e fases de infidelidade. Outros viven unha fidelidade mediocre ou morna, máis ben mecánica, que se caracteriza polo cumprimento externo pero sen motivación

²⁰– L. LAVELLE, *Traité des valeurs*, I, Paris 1955, p. 399.

e alento interior. E non faltan, desgraciadamente, algúns que viven instalados nunha dobre vida: un tabique separa completamente o personaxe que garda celosamente unha aparencia de honorabilidade e a persoa que vive un naufragio espiritual. Pero todas estas situacións non poden facernos esquecer ese grande número de sacerdotes que vive unha fidelidade evanxélica admirable caracterizada por ser agradecida, modesta e misericordiosa

Na nova alianza a fidelidade ten unha alma, que é o amor. E viceversa, a proba do amor auténtico é a fidelidade. Xesús insiste: «Permanecedes no meu amor. Se gardades os meus mandamentos, permaneceredes no meu amor, como eu gardei os mandamentos do meu Pai e permanezo no seu amor» (Xn 15,9s; cf. 14,15.21.23s). A esta fidelidade é á que está reservada a recompensa de ter parte no gozo do Señor (Mt 25, 21.23; Xn 15,11). Pero esta fidelidade esixe unha loita contra o Maligno, que require vixilancia e oración (Mt 6,13; 26, 41 ; 1Pe 5, 8 s). Nos últimos tempos será tremenda a proba desta fidelidade: os santos terán que exercer nela unha constancia (Ap 13,10; 14,12), a graza da cal vénlles do sangue do Año (Ap 7,14; 12,11).

2. "Vós sodes os meus amigos"

O Ano Sacerdotal é un convite a "perseverar na nosa vocación de amigos de Cristo, chamados persoalmente, elixidos e enviados por Él". Na homilía da Misa Crismal de 2006, dicíanos o Papa: "Xa non vos chamo servos, senón amigos": nestas palabras poderíase ver mesmo a institución do sacerdocio.

O Señor fainos os seus amigos: encoméndanos todo; encoméndanos a si mesmo, de forma que poidamos falar co seu "eu", "*in persona Christi capitis*". ¡Que confianza! Verdadeiramente púxose nas nosas mans... Xa non vos chamo servos, senón amigos. Este é o significado profundo de ser sacerdote: chegar a ser amigo de Xesucristo. Por esta amizade debemos comprometer nos cada día de novo". O trato co Señor ten un nome, di o Papa: a oración, "o monte da oración". "Só así se desenvolve a amizade "...

Queridos sacerdotes: "só así poderemos desempeñar o noso ministerio; só así poderemos levar a Cristo e ao seu Evanxeo os homes". "Amizade significa tamén comunión de pensamento e de vontade"²¹. O poder da amizade é unitivo... Acreditámonos como sacerdotes na amizade e intimidade con Xesús. El comunícanos os seus sentimentos de Bo Pastor. Esta realidade non se vive, non se goza de modo inconsciente ou rutineiro, senón co esforzo necesario, coa esperanza nel, coa súa graza e con ilusión compartida.

²¹– BENEDICTO XVI, *Homilía de Ila Misa Crismal de 2006*.

Esta amizade é expresión da fidelidade de Deus para co seu pobo e reclama a nosa fidelidade, que é unha nota do amor verdadeiro. A fidelidade xermola espontánea e fresca da amizade sincera. Na fidelidade o primeiro é o outro. Nós somos sacerdotes pola amizade indicible de Xesús, unha amizade que esixe gratitude e recoñecemento do seu señorío: escoitalo, non ocultalo, transparentalo, darlle sempre o protagonismo. El ha de medrar e nós minguar. A fidelidade reclama, á vez, perseveranza, porque a fidelidade é o amor que resiste o desgaste do tempo.

Somos conscientes de que esta amizade, núcleo da nosa vida e ministerio, «é tesouro en vasillas de barro» (2 Cor 4, 7); recoñecemos as nosas fragilidades e pecados; as nosas mans son humanas e débiles. Non obstante, confesamos con María, a nosa Señora, que nos pobres e débiles Deus segue facendo obras grandes²²

3. O sacerdote testemuña da misericordia de Deus

O Señor envíanos a “ser as súas testemuñas”. Xa Paulo VI insistía en que o mundo de hoxe atende máis as testemuñas que aos mestres, e que, se atende aos mestres, é porque son testemuñas. O noso mundo necesita hoxe que os sacerdotes sexamos ante todo “testemuñas”, que falemos “do que temos visto e oído”. “O mundo esixe aos evanxelizadores que lle falen dun Deus a quen eles mesmos coñecen e tratan familiarmente, coma se estivesen a ver ao invisible²³.”

O noso mundo necesita sacerdotes que se presenten como auténticas testemuñas da misericordia divina. O sacerdote experimenta a misericordia de Deus en múltiples ocasións da súa vida. A súa vida e o seu ministerio fundaméntanse na relación persoal e íntima con Cristo, que os fixo amigos seus e partícipes do seu sacerdocio. Coñéceno de preto, non de oídas. “Todo o que oín ao meu Padre déivolo a coñecer”, dilles Xesús que os fixo depositarios non só da súa confianza, senón das súas confidencias. Máis aínda, permitiulles ser testemuñas da súa debilidade, o seu cansazo, a súa sede, o seu sono, a súa dor pola ingratidade ou polo rexeitamento aberto, o medo na súa agonía...

Non se é sacerdote por méritos propios. A graza do sacerdocio é unha proba da superabundante misericordia divina. Así o demostraba Xoán Paulo II na Carta que dirixiu aos sacerdotes en 2001. Transcribo un texto longo porque estimo que é unha ‘pérola’ digna de ser meditada tal como saíu da pluma do seu autor:

²²– CEE, *Mensaxe aos sacerdotes con motivo do Ano sacerdotal 2009*.

²³– PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 76.

“Misericordia é a absoluta gratuidade coa que Deus nos elixiu: “Non me elixistes vós a min, senón que eu vos elixín a vós” (Xn 15, 16). Misericordia é a condescendencia coa que nos chama a actuar como representantes seus, aínda sabendo que somos pecadores. Misericordia é o perdón que ÉL nunca rexeita, como non rexeitou a Pedro despois de renegar del. Tamén vale para nós a afirmación de que “habera máis alegría no ceo por un só pecador que se converta que por noventa e nove xustos que non teñan necesidade de conversión” (Lc 15, 7).

Así pois, redescubramos a nosa vocación como ‘misterio de misericordia’. No Evanxeo comprobamos que precisamente esta é a actitude espiritual coa cal Pedro recibe o seu especial ministerio. A súa vida é emblemática para todos os que recibiron a misión apostólica nos diversos graos do sacramento da Orde.

Pensemos na escena da *pesca milagrosa*, tal como a describe o Evanxeo de Lucas (5, 1-11). Xesús pide a Pedro un acto de confianza na súa palabra, invitándoo a remar mar dentro para pescar. Unha petición humanamente desconcertante: ¿Como facerlle caso tras unha noite sen durmir e esgotadora, pasada botando as redes sen resultado ningún? Pero intentalo de novo, baseado ‘na palabra de Xesús’, cambia todo. Recóllense tantos peixes, que rompen as redes. A Palabra revela o seu poder. Xorde a sorpresa, pero tamén o susto e o temor, como cando nos chega de súpeto un intenso feixe de luz, que pon ao descuberto os propios límites. Pedro exclama: “Afástate de min, Señor, que son un home pecador” (Lc 5, 8). Pero, a penas rematou a súa confesión, a misericordia do Mestre convértese para el en comezo dunha vida nova: “Non temas. Dende agora serás pescador de homes” (Lc 5, 10). O ‘pecador’ convértese en ministro de misericordia. ¡De pescador de peixes, a ‘pescador de homes!’.

Misterio grande, queridos sacerdotes: *Cristo non tivo medo de elixir aos seus ministros de entre os pecadores*. ¿Non é esta nosa experiencia? Será tamén Pedro quen tome unha conciencia máis viva diso, no conmovedor diálogo con Xesús despois da resurrección. ¿Antes de outorgarlle o mandato pastoral, o Mestre faille unha pregunta embarazosa: “Simón de Xoán, ¿ámasme máis que estes?” (Xn 21, 15). Pregúntallo a un que poucos días antes renegou del por tres veces. Compréndese ben o ton humilde da súa resposta: “Señor, ti sábelo todo; ti sabes que te quero” (21, 17). Precisamente baseándose neste amor consciente da propia fragilidade, un amor tan tímido como confiadamente confesado, Pedro recibe o ministerio: “Apacenta os meus anos”, “apacenta as miñas ovellas” (vv. 15.16.17). Apoiado neste amor, corroborado polo lume de Pentecoste, Pedro poderá cumprir o ministerio recibido.

¿Acaso a *vocación de Paulo* non xorde tamén no marco dunha experiencia de misericordia? Ninguén como el sentiu a gratuidade da elección de Cristo. Sempre terá no seu corazón a rémora do seu pasado de perseguidor encarnizado da Igrexa: «Pois eu son o último dos apóstolos: indigno do nome de apóstolo, por perseguir á Igrexa de Deus» (1 Co 15, 9). Non obstante, este recordo, en vez de refrear o seu entusiasmo, daralle ás. Canto máis foi obxecto da misericordia, tanto máis se sente a necesidade de testemuñala e irradiala. A «voz» que o detivo no camiño de Damasco, lévao ao corazón do Evanxeo, e faillo descubrir como amor misericordioso do Pai que reconcilia consigo ao mundo en Cristo. Sobre esta base Paulo comprenderá tamén o *servizo apostólico como ministerio de reconciliación*: “E todo provén de Deus, que nos reconciliou consigo por Cristo e nos confiou o ministerio da reconciliación. Porque en Cristo estaba Deus reconciliando ao mundo consigo, non tomando en conta as transgresións dos homes, senón poñendo en nós a palabra da reconciliación” (2 Co 5, 18-19).

Os testemuños de Pedro e Paulo, queridos sacerdotes, conteñen indicacións preciosas para nós. Invítannos a *vivir con sentido de infinita gratitude o don do ministerio*: ¡nós non merecemos nada, todo é graza! Ao mesmo tempo, a experiencia dos dous Apóstolos lévanos a abandonarnos á misericordia de Deus, para entregarlle con sincero arrepentimento as nosas debilidades, e volver coa súa graza ao noso camiño de santidad. [...]

Para iso, é importante que redescubramos o sacramento de la Reconciliación como *instrumento fundamental da nosa santificación*. Achegarnos a un irmán sacerdote, para pedirle esa absolución que tantas veces nós mesmos damos aos nosos fieis, fainos vivir a grande e consoladora verdade de ser, antes aínda que ministros, membros dun único pobo, un pobo de ‘salvados’ [...] É fermoso poder confesar os nosos pecados, e sentir como un bálsamo a palabra que nos inunda de misericordia e nos volve a poñer en camiño. Só quen sentiu a tenrura do abrazo do Pai, como o describe o Evanxeo na parábola do fillo pródigo -“botouse ao seu colo e bicouno efusivamente” (Lc 15, 20)- pode transmitir aos demais a mesma calor, cando de destinatario do perdón pasa a ser o seu ministro”²⁴.

A posmodernidade, que se nega a admitir calquera clase de certeza é un reto moi serio para a fe e pon en cuestión os compromisos fortes, estables e definitivos. O hedonismo, o materialismo e o utilitarismo, pola súa banda, fan difícil vivir na atmosfera de tensión moral que esixe o Evanxeo, dificultan a adhesión á doutrina moral da Igrexa e son fonte de diferenzas sociais e insolidariedade. Pero a cuestión principal á que a Igrexa ha de facer fronte

²⁴– JUAN PABLO II, *Carta aos sacerdotes, Xoves Santo 2001*.

hoxe entre nós non se atopa na sociedade, no laicismo militante, na orientación imanentista da cultura ou nas iniciativas lexislativas que prescindin da lei natural, todo o cal certamente obstaculiza a nosa misión e fainos sufrir. O problema non é tanto externo, senón interno. Os sacerdotes non somos santos como deberíamos, celosos, exemplares e apostólicos, místicos e testemuñas ó mesmo tempo, cunha forte experiencia de Deus, e, en consecuencia, debemos de acoller a misericordia de Deus, disposto sempre a 'salvarnos'²⁵.

4. O sacerdote, ministro da misericordia de Deus

Entre as diversas tarefas do pastor: coidar, guiar, alimentar, reunir, hoxe destacamos a de buscar. Seguindo as pegadas de quen veu buscar á humanidade perdida²⁶, temos que buscar ao home mallado no camiño que representa á humanidade caída, ante a que, conmovido, Cristo se inclina, cúraa e levántaa... Buscar é hoxe tarefa do bo sacerdote. Os nosos currais decrecen. As palabras «teño outras ovellas que non son deste curral; tamén a esas teñoas que conducir» (Xn 10, 16) seguen resoando no noso corazón. «Saíde buscar», dicía o rei, para celebrar a voda do seu Fillo (cf. Lc 14, 21). Todos os homes son ovellas do rabaño que Deus ama. Polo tanto, seguindo as pegadas de Xesucristo, o pastoreo do sacerdote non é sedentario, senón a campo aberto. Por iso sentímonos tan orgullosos dos sacerdotes que anuncian o Evanxeo noutros países.

Buscar é traballo *misioneiro*. Preparóusenos a moitos, preferentemente, para coidar unha comunidade xa constituída. Hoxe, en cambio, cando en moitos de nós aumentou a idade, ademais de coidar a comunidade existente, o Señor pídenos «conducir outras ovellas ao curral». É tempo de "nova evanxelización" e de primeiro anuncio no noso propio territorio. Nesta tarefa, a comunidade e o pastor, á vez, han de ser hoxe os misioneiros. De aquí que o bo sacerdote sexa consciente, e saiba ben, en que medida ha de apoiar aos laicos e contar con eles,... Esta misión, en moitas ocasións, é dolorosa para nós polas circunstancias en que a temos que realizar, e isto únenos á Cruz de Noso Señor Xesucristo. Confiando na palabra de Cristo, recordamos nos momentos de dor que o Señor prometeu a benaventuranza aos perseguidos, aos que sofren, aos que choran"²⁷.

A misericordia de Deus que recibe cada día, o sacerdote debe pasala aos seus irmáns coas súas palabras e os seus comportamentos. Lacordaire, o

²⁵– Cf. Mons. J. J. ASENJO PELEGRINA, *Carta Pastoral con motivo do Ano Sacerdotal*, Sevilla 2009, 1.

²⁶– Cf. JUAN PABLO II, Carta apostólica *Tertio millennio adveniente*, 7.

²⁷– CEE, *Mensaxe aos sacerdotes con motivo do Ano Sacerdotal*, Decembro 2009.

grande orador francés, describe así o quefacer do sacerdote no medio do pobo cristián: “Ser membro de cada familia sen pertencer a algunha delas; compartir cada sufrimento; estar posto á parte de todo secreto; curar cada ferida; ir cada día dende os homes a Deus para ofrecerlle a súa devoción e as súas oracións e volver de Deus os homes para levarlles o seu perdón e a súa esperanza; ter un corazón de aceiro para a castidade e un corazón de carne para a caridade; ensinar e perdoar, consolar, bendicir e ser bendicido para sempre. É a túa vida, ¡oh sacerdote de Xesucristo!”.

Non obstante, é sobre todo no sacramento da Penitencia onde o sacerdote traspasa a misericordia de Deus aos homes. O cristián sabe por experiencia propia o que é o perdón de Deus e por iso non o derruban as súas faltas e os seus pecados. Non necesita reprimir a súa culpa e crese inocente por riba de todo, nin necesita botar culpas aos demais intentando falsamente liberarse delas. O recoñecemento da propia culpa sempre implica algo de vergoña, pero, cando se realiza ante o Paí rico en misericordia, resulta extraordinariamente reconfortante e liberador. Esta experiencia non deprime, senón que reconforta e alegra. O gozo desbordante do corazón de Deus envórcase no propio corazón do que é perdoado.

O progresivo afastamento do sacramento da penitencia é unha das máis grandes pobreza da Igrexa na actualidade. Algúns de nosos xoves carecen de toda experiencia de confesión sacramental. E é que non se pode vivir intensamente o sacramento da penitencia cando se profesa unha fe debilitada. Pois cando nos arrefriamos no amor a Deus, pronto nos volvemos cegos para recoñecer os nosos pecados e pedir perdón.

Nós, os sacerdotes temos que procurar non malvender a graza de Xesús como unha indulxencia a módico prezo (D. Bonhoeffer), nin dilapidar o don pascual do sacramento da penitencia. Debería darnos que pensar o feito de que o único párroco canonizado ata agora, o santo cura de Ars, renovou unha comunidade descristianizada e abandonada principalmente a través do seu ministerio no confesonario. Non existe outro camiño para a renovación da Igrexa que a conversión e o arrepentimento. A recepción periódica do sacramento da penitencia é camiño para un novo gozo na fe²⁸.

A dedicación heroica ao sacramento da penitencia e á dirección espiritual é indubidablemente un trazo do carisma principal do Cura de Ars que lle deu xusta fama. E non lle resultou doado nin exento de grandes dificultades. Afirmo Benedicto XVI na *Carta aos sacerdotes*: “Esta identificación persoal co Sacrificio da Cruz levábao [a S. Xoán María Vianney] -cunha soa moción

²⁸ Cf. W. KASPER, *El sacerdote, servidor de la alegría*, Sígueme, Salamanca 2008, 115-117.

interior- do altar ao confesonario. Os nosos fieis teñen dereito a acceder á confesión individual; a nosa obriga, polo tanto, é facilitarlles tal acceso.

Temos que recoñecer con humildade sincera que nós os sacerdotes nos últimos decenios non estivemos convenientemente dispoñibles para poñer ao alcance de nosos fieis este sacramento precioso, o sacramento da paz, da alegría e do reencontro con Deus. O escaso aprecio da confesión e da dirección espiritual conduciunos á atonía espiritual das nosas parroquias e á aguda crise vocacional que padecemos (ASENJO 14). Os sacerdotes non deberíamos resignarnos nunca a ver baleiros os confesonarios nin nos limitar a constatar a indiferenza dos fieis cara a este sacramento. En Francia, en tempos do Santo Cura de Ars, a confesión non era nin máis doada nin máis frecuente que nos nosos días, pois o vendaval revolucionario arrasara dende había tempo a práctica relixiosa. Pero el intentou por tódolos medios, na predicación e con consellos persuasivos, que os seus parroquianos redescubrisen o significado e a beleza da Penitencia sacramental, mostrándoa como unha íntima esixencia da presenza eucarística. Soubo iniciar así un 'círculo virtuoso'. Co seu prolongado estar ante o sagrario na Igrexa, conseguiu que os fieis comezasen a imitalo, indo visitar a Xesús, seguros de que alí atoparían tamén ao seu párroco, dispoñible para escoitalos e perdoalos. Ao final, unha multitude cada vez maior de penitentes, provenientes de toda Francia, retíñao no confesonario ata 16 horas ao día. Comentábase que Ars se convertera no "grande hospital das almas". O seu primeiro biógrafo afirma: "A graza que conseguía [para que os pecadores se convertesen] era tan abundante que saía na súa busca sen deixarlles un momento de tregua"²⁹. Neste mesmo sentido, o Santo Cura de Ars dicía: "Non é o pecador o que volve a Deus para pedirlle perdón, senón Deus mesmo quen vai tras o pecador e faino volver a Él"³⁰. "Este bo Salvador está tan cheo de amor que nos busca por tódalas partes"³¹.

O Cura de Ars non confesaba dunha forma mecánica e rutineira, senón que trataba de formar aos fieis no desexo do arrepentimento. Subliñaba a bondade do perdón de Deus. E axudaba a vivir o momento da confesión como unha suprema manifestación da misericordia de Deus. Non se comportaba con todos do mesmo xeito. Cando un penitente se achegaba ao seu confesonario cunha necesidade profunda e humilde do perdón de Deus, atopaba nel palabras de ánimo para somerxerse no "torrente da divina misericordia" que arrastra todo coa súa forza. Se o penitente se mostraba aflixido pola súa

²⁹_ Cf. *Le curei d' Ars. Sa pensée - Son Coeur*. Présentés par l'Abbé Bernard Nodet, éd. Xavier Mappus, Foi Vivante 1966, p. 10. [En diante: NODET

³⁰_ NODET, p. 128.

³¹_ NODET, p. 50.

debilidade e inconstancia, con medo a futuras recaídas, o Cura de Ars reveláballe o segredo de Deus cunha expresión dunha beleza conmovedora: “O bo Deus sábeo todo. Antes mesmo de que llo confesedes, sabe xa que pecaredes novamente e non obstante perdóavos. ¡Que grande é o amor do noso Deus que o leva mesmo a esquecer voluntariamente o futuro, con tal de perdoarnos!”³². A quen, en cambio, se acusaba de xeito frío e case indolente, mostráballe, coas súas propias bágoas, a evidencia seria e dolorosa do “abominable” da súa actitude. A dispoñibilidade total aos penitentes levouno dalgún xeito a un verdadeiro ‘martirio’ pois ademais de sufrimento físico pola calor ou o frío nas súas longas horas de confesonario (a miúdo dez horas ao día, e ás veces quince ou máis), tamén sufría moralmente polos pecados de que se acusaban e mais aínda pola falta de arrepentimento: “Choro por todo o que vós non chorades”. “Se o Señor non fose tan bo... pero éo. Hai que ser un bárbaro para comportarse deste xeito ante un Pai tan bo”³³. Provocaba o arrepentimento no corazón dos mornos, obrigándoos a ver cos seus propios ollos o sufrimento de Deus polos pecados como “encarnado” no rostro do sacerdote que os confesaba. Se algún manifestaba desexos e actitudes dunha vida espiritual máis profunda, mostráballe abertamente as profundidades do amor, explicándolle a inefable beleza de vivir unidos a Deus e estar na súa presenza: “Todo baixo os ollos de Deus, todo con Deus, todo para agradar a Deus... ¡Que marabilla!”. E ensinábaos a orar: “Meu Deus, concédeme a graza de amarte tanto canto eu sexa capaz”³⁴.

É verdade que non todo é negativo nas nosas comunidades no tocante ao sacramento da Penitencia. Descubriuse, máis que en séculos anteriores, o aspecto comunitario da penitencia, da preparación ao perdón e da acción de grazas polo perdón recibido. Pero o perdón sacramental esixe sempre un encontro persoal con Cristo crucificado e resucitado na persoa dos seus ministros. Necesitamos con urxencia unha pastoral do sacramento da reconciliación, que axude aos cristiáns a redescubrir as esixencias dunha verdadeira relación con Deus, o sentido do pecado que nos pecha a Deus e aos irmáns, a necesidade de converternos e de recibir, na Igrexa, o don gratuíto do Señor, e tamén as condicións que axuden a celebrar mellor o sacramento, superando prexuízos, falsos temores e rutinas.

Os sacerdotes temos que concederlle prioridade sobre outras tarefas pastorais. Non esquezamos que o ministerio da misericordia é un dos máis fermosos e consoladores. Permite iluminar as consciencias, ofrecerlles o perdón de Deus e vivificalas en nome do Señor Xesús. É a “insubstituíble

32_ NODET, p. 130.

33_ NODET, p. 130

34_ NODET, p. 77

manifestación e verificación do sacerdocio ministerial". "Todos os sacerdotes han de considerar como dirixidas persoalmente a nós aquelas palabras que el poñía en boca de Xesús: "Encargarei aos meus ministros que anuncien aos pecadores que estou sempre disposto a recibilos, que a miña misericordia é infinita"³⁵. O perdón recibímolos de "Deus, Pai misericordioso, que reconciliou ao mundo pola morte e resurrección do seu Fillo, e derramou o Espírito Santo para a remisión dos pecados, che conceda, polo ministerio da Igrexa, o perdón e a paz", manifesta o sacerdote na fórmula de absolución³⁶.

Pero non correremos distinta sorte da que correu o cura de Ars. Como el, podemos atopar dificultades ata nos mesmos irmáns sacerdotes. O que fora famoso cardeal Van Thuan refire a seguinte anécdota que ilustra moi ben a categoría espiritual de Don Vianney: "Xa o vimos: Xoán María Vianney estaba dotado dos mínimos coñecementos que se requirían para ser sacerdote. Destinado a Ars, unha humilde parroquia de trescentos fieis, a súa primeira preocupación foi reconstruíla con materiais da súa propia colleita: oración, sufrimento, xaxún, mortificación. Axiña acudiu un grande número de fieis, tanto da súa parroquia coma das veciñas, ávidos de oílo predicar todos os días no ángelus do mediodía, e sobre todo ávidos de confesarse.

Os seus compañeiros de sacerdocio, que coñecían a súa ignorancia, estrañábanse de que un sacerdote tan mediocre atraese tantos fieis. E celosos del, foron queixarse ao bispo: "Don Vianney, os coñecementos do cal son tan escasos, está hoxe a confesar a cristiáns que chegan de tódalas partes, atraídos probablemente por unha serie de rumores, esaxeracións e por un espírito supersticioso. Ata resolveu os problemas persoais dos seus fieis con desprezo dos principios teolóxicos".

O bispo non puido por menos de inquietarse. Chamou a Don Vianney, formuloulle por escrito unha serie de casos difíciles e pediulle que propuxese, tamén por escrito, as solucións apropiadas. O bo cura, obediente, examinou os problemas, e aos poucos días volveu traendo as solucións que se lle pediran. O bispo fíxoas examinar polos seus teólogos, que se declararon sorprendidos pola exactitude e sabedoría das respostas.

Pero non por iso recobrou o bo cura a paz, pois cada vez eran máis os cristiáns que viñan de toda Francia. E o párroco tivo que empezar a súa xornada a media noite para dar abasto ao seu labor. Compréndese así que os seus irmáns de sacerdocio se seguisen queixando: "¡Perturba a nosa vida parroquial! ¿Que sabe el para confesar e aconsellar á nosa xente? ¿Non os

³⁵– NODET, p. 131

³⁶– BENEDICTO XVI, *Carta aos sacerdotes*.

descarreirará a todos? ¿E quen vai pagar os pratos rotos? Monseñor tería que ordenarlle que se conformase con ocuparse dos seus”.

E encargaron un sacerdote para que reunise todas estas queixas e llas expuxese ao bispo. Pero o comisionado, preferindo sen dúbida un arranxo amigable á solución extrema, camiño do bispado detívose en Ars. E a pesar do delicado da situación, o delegado quedou contentísimo do resultado da súa iniciativa, pois Xoán María Vianney non só foi comprensivo, senón que foi do mesmo parecer que os que se queixaban. Animado por iso o caritativo irmán, pediulle que lese a petición. O humilde cura, con gran sinxeleza, decatouse do que decía e estampou o seu nome na lista dos asinantes.

O bispo resumiu así sabiamente a súa impresión sobre aquel grave incidente: ¿Vistes algunha vez a un acusado dar a razón aos seus acusadores? Deixade que Deus arranxe esa anomalía. Se é obra súa, non poderemos facer nada. Se non, virase abaixo ela soa... Non nos atormentemos máis ca el”. E o bispo tivo razón”³⁷.

O sacerdote, ministro do sacramento da Reconciliación, debe ser sempre nas súas palabras e nos seus comportamentos reflexo do amor misericordioso de Deus. Como o pai da parábola do fillo pródigo, debe acoller ao pecador arrepenido, axudalo a levantarse da súa prostración, animalo a emendarse sen chegar a componendas co mal, senón percorrendo sempre o camiño cara á perfección evanxélica.

O principio da misericordia está recollido nos principios para a aplicación do dereito canónico. A teor deles, unha resolución canónica non só debe ser formalmente xusta, senón tamén equitativa, isto é, axeitada á situación persoal de cada un; de aí que a salvación das almas deba ser o principio supremo na aplicación do dereito³⁸. Por desgracia, este principio non sempre se tivo suficientemente en conta. De santo Tomás de Aquino procede a sentenza: “A xustiza sen misericordia é crueldade; a misericordia sen xustiza significa disolución da orde”³⁹

Coa Palabra e cos Sacramentos do seu Xesús, S. Xoán María Vianney edificaba ao seu pobo, aínda que ás veces se axitaba interiormente porque non se sentía á altura que reclamaba o ministerio. Moitas veces pensou en

³⁷– F. J. NGUYEN VAN THUAN, *Peregrinos por el camino de la esperanza*, Monte Carmelo, Burgos 1999, 43-44

³⁸– *Código de Dereito Canónico*, can. 1752.

³⁹– *Comentario a san Mateo*, 5, 7, 74. Citado en: W. KASPER, *El sacerdote, servidor de la alegría*, Sígueme, Salamanca 2008, 107-112.

abandonar as responsabilidades do ministerio parroquial para o que se sentía indigno. Non obstante, cun sentido da obediencia exemplar, permaneceu sempre no seu posto, porque o consumía o celo apostólico pola salvación das almas. Entregábase totalmente á súa propia vocación e misión cunha ascesis severa: "A maior desgracia para nós os párrocos -deploraba o Santo- é que a alma se endureza". Con isto referíase ao perigo de que o pastor se afaga ao estado de pecado ou indiferenza en que viven moitas das súas ovellas. Dominaba o seu corpo con vixilias e xaxúns para evitar que opuxese resistencia á súa alma sacerdotal. E mortificábase voluntariamente en favor das almas que lle foran confiadas e para unirse á expiación de tantos pecados oídos en confesión. A un irmán sacerdote, explicáballe: "Direille cal é a miña receita: dou aos pecadores unha penitencia pequena e o resto fágoo eu por eles". Máis alá das penitencias concretas que o Cura de Ars facía, o núcleo do seu ensino segue sendo en calquera caso válido para todos: as almas custan o sangue de Cristo e o sacerdote non pode dedicarse á súa salvación sen participar persoalmente no alto prezo da redención"⁴⁰.

Con belas e sinxelas imaxes destacaba S. Xoán María Vianney a inmensidade da misericordia de Deus: un regueiro desbordado, unha nai que leva ao seu fillo nos brazos, unha gran montaña, ... "A misericordia de Deus é como un regueiro desbordado. Arrastra os corazóns cando pasa". "O Noso Señor está sobre a terra como unha nai que leva o seu fillo nos brazos. Este neno é malo, dá patadas á nai, róea, rabúña, pero a nai non fai caso; ela sabe que se desfalece, o neno cae, non pode camiñar só. Velaquí como actúa o noso Señor; El soporta todos os nosos maltratos, soporta todas as nosas arrogancias, perdóanos todas as nosas necidades, ten piedade de nós a pesar de nós". "Os nosos erros son grans de area ao lado da grande montaña da misericordia de Deus".

Chega a dicir que poñer límite á misericordia de Deus é unha blasfemia: "Hainos que din: 'fixen demasiado mal, o Bo Deus non pode perdoarme'. Trátase dunha gran blasfemia. Equivale a poñer un límite á misericordia de Deus, que non ten: é infinita". "Hainos que se dirixen ao Eterno Pai cun corazón duro. ¡Oh, como se equivocan! O Eterno Pai, para desarmar a súa xustiza, deu ao seu Fillo un corazón excesivamente bo: non se dá o que non se ten "... ". A infinita misericordia que enche o corazón de Deus non lle permite esperar o regreso do fillo pecador, senón que lle impulsa a buscalo para facelo feliz: "Non é o pecador que volve a Deus para pedirlle perdón, é Deus que corre detrás do pecador e faino volver a Él. Deamos entón esta alegría a este Pai bo: volvamos a Él... e seremos felices".

⁴⁰_ BENEDICTO XVI, *Carta aos sacerdotes*

Para coñecer profundamente a misericordia de Deus hai que caer na conta da nosa propia miseria. Pero o cura de Ars revela a unha penitente: “¡Miña filla, non pidas a Deus o coñecemento completo da túa miseria, eu pedino unha vez e obtívono, se Deus non me sostivese, caería inmediatamente no desespero!”. “Pedín a Deus coñecer a miseria, confioulle a unha colaboradora pastoral. Coñecina e estiven así superado que preguei de diminuír a pena que probaba. Parecíame non poder soportala”. E noutra ocasión máis confiou: “Espanteime de tal xeito en coñecer a miña miseria que imploréi inmediatamente a graza de esquecerla. Deus escoitoume, deixoume bastante lucidez da miña miseria de facerme comprender que eu non son bo para nada”.

A misericordia de Cristo Pastor bo pasa aos pastores segundo o seu corazón e por iso o Abade Monnin poderá dicir do Cura de Ars: “é un forno de tenrura e de misericordia. Ardía da misericordia de Cristo”.

Xoán María Vianney estaba convencido de que o sacerdocio era un don grandísimo e inmerecido, froito da misericordia de Deus: “Penso, dirá, que o Señor quixo escoller o máis cabeza grande de todos os párrocos para cumprir o maior ben posible. Se atopase un aínda peor, poríao no meu lugar, para demostrar a súa gran misericordia”.

5. O sacerdote aprende a misericordia na oración. “Sede misericordiosos como o voso Padre celestial é misericordioso”

“Necesitamos sen dúbida momentos para recuperar as nosas enerxías, tamén físicas, e, sobre todo, para orar e meditar. Cultivemos a interioridade e atoparemos dentro de nós ao Señor. Estar atentos á presenza de Deus na oración é unha verdadeira prioridade pastoral; non é algo engadido ao traballo pastoral; estar en presenza do Señor é unha prioridade pastoral. En definitiva, o máis importante⁴¹. O tempo dedicado á oración silenciosa non é tempo perdido. Todo o contrario: del depende que o noso traballo pastoral dea auténticos froitos. “No ‘Común de pastores’ -recorda o Papa Benedicto XVI- lese que unha das características do bo pastor é que *“multum oravit pro fratribus”*. É propio do pastor ser home de oración, estar ante o Señor a orar polos demais, substituíndo tamén aos demais, que quizais non saben orar, non queren orar ou non atopan tempo para orar. Así se pon de relevo que este diálogo con Deus é unha actividade pastoral (...) A santa misa, celebrada realmente en diálogo con Deus, e a liturxia das Horas, son zonas de liberdade, de vida interior, que a Igrexa nos dá e que constitúen unha riqueza para nós”⁴².

⁴¹ Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso aos presbíteros e diáconos de Roma*. Basílica de San Xoán de Letrán, 13 de maio de 2005

⁴² BENEDICTO XVI, *Encontro cos sacerdotes da diocese de Albanés*. Pazo pontificio de Castelgandolfo, Xoves 31 de agosto de 2006.

O cura de Ars precedeunos co exemplo. Para el a oración non é, sen máis, repetir pregarías aprendidas de memoria. Bríndanos unha preciosa definición da oración: "A oración é... unha doce conversación entre a criatura e o seu Criador"⁴³. ¡Que marabilla que Deus queira conversar connosco como se conversa cos amigos! Non se contenta con depositar en nós a súa confianza senón que nos regala as súas confidencias. Estes son, segundo o cura de Ars, os efectos saudables da oración: "A oración abre os ollos da alma, faina sentir a magnitude da súa miseria, a necesidade de recorrer a Deus e de temer a súa propia debilidade"⁴⁴.

Comentando a frase de Xesús no evanxeo de San Xoán: "Ata agora non pedistes nada no meu nome. Pedide e recibiredes, para que a vosa alegría sexa completa ". (Xn 16,24), dínos a nós hoxe como dicía aos seus fieis no seu día:

"Mirade, meus fillos, o tesouro dun cristián non está neste mundo senón no ceo (Mt 6,20) Así pois, o noso pensamento ten que encamiñarse cara a onde está o noso tesouro. A persoa humana ten unha tarefa moi bela, a de orar e a de amar. Vós orades, vós amades: velaquí a felicidade da persoa neste mundo.

A oración non é outra cousa que a unión con Deus. Cando o corazón é puro e está unido a Deus, un percibe no seu interior un bálsamo, unha dozura que emborracha, unha luz que cega. Nesta íntima unión Deus e a alma son como dous anacos de cirio fundidos nun; xa non se poden separar. ¡Que fermosa é esta unión de Deus coa súa pequena criatura! É unha felicidade que supera toda comprensión. Tiñamos merecido non saber orar; pero Deus, na súa bondade, permítenos falarlle. A nosa oración é incenso que el recibe con infinita benevolencia.

Meus fillos, tedes un corazón pequeno, pero a oración ensánchao e capacítao para amar a Deus. A oración é unha pregustación do ceo, un derivado do paraíso. Nunca nos deixa sen dozura. É como o mel que descende á alma e suavízao todo. As penas désfanse na oración ben feita, como a neve baixo o sol"⁴⁵.

A oración representa o comezo de todos os bens, e a falta dela, o principio de todos os males: "Todos os santos comezaron a súa conversión pola oración e por ela perseveraron; e todos os condenados perdéronse pola súa negligencia na oración. Digo, pois, que a oración énos absolutamente

⁴³– *Sermón sobre a oración*

⁴⁴– *Sermón sobre a oración*.

⁴⁵– S. JUAN MARIA VIANNEY, *Catecismo sobre a oración*

necesaria para perseverar”⁴⁶. “Todos os males que nos sufocan na terra veñen precisamente de que non oramos ou o facemos mal”⁴⁷.

Non se trata de orar por cumprir ou orar de calquera xeito: “¡Cantas veces vimos á igrexa sen saber a que vimos nin que queremos pedir! Non obstante, cando se vai á casa de calquera, sábese moi ben por que un se dirixe a ela. Hainos que parecen dicirlle a Deus: «Veño dicirche dúas palabras para cumprir contigo...». Con frecuencia penso que, cando vimos a adorar ao noso Señor, conseguiríamos todo o que quixésemos, con tal de pedilo con fe viva e un corazón puro”⁴⁸. Todo o podemos se confiamos na eficacia da oración perseverante: “Coa oración todo o podedes, sodes donos, por dicilo así, do querer de Deus”⁴⁹.

Algunhas veces rezamos sen acabar de crer que Deus nos pode conceder o que lle pedimos. Outras veces cansámonos axiña de pedir ao Señor. A oración cristiá ten dous ingredientes moi importantes: a confianza e a perseveranza. “As nosas oracións han de ser feitas con confianza, e cunha esperanza firme de que Deus pode e quere concedernos o que lle pedimos, mentres llo supliquemos debidamente”⁵⁰. E sinala un momento en que a nosa oración ha de ser especialmente confiada: “Temos que orar con frecuencia, pero debemos redobrar as nosas oracións nas horas de proba, nos momentos en que sentimos ao ataque da tentación”⁵¹. ¿Por que a nosa oración ha de ser perseverante? Para que desexemos máis intensamente o que pedimos e para que o valoremos máis: “A terceira condición que debe reunir a oración para ser agradable a Deus, é a perseveranza. Vemos moitas veces que o Señor non nos concede enseguida o que pedimos; isto faíno para que o desexemos con máis ardor, ou para que apreciemos mellor o que vale. Tal atraso non é unha negativa, senón unha proba que nos dispón a recibir máis abundantemente o que pedimos”⁵².

Na oración atoparemos consolo para as nosas penas, alegría para soportalas e a forza necesaria para vencer as tentacións: “Por moitas que sexan as penas que experimentemos, se oramos, teremos a dita de soportalas

⁴⁶– *Sermón sobre a perseveranza.*

⁴⁷– *Sermón sobre a oración*

⁴⁸– *Sermón sobre a oración*

⁴⁹– *Sermón sobre a perseveranza*

⁵⁰– *Sermón sobre a oración*

⁵¹– *Sermón sobre a oración*

⁵²– *Sermón sobre a oración.*

enteiramente resignados á vontade de Deus; e por violentas que sexan as tentacións, se recorreremos á oración, dominarémolas⁵³.

Hai moitos cristiáns que pensan que é moi difícil orar ben. Precisamente o cura de Ars insiste en todo o contrario. Non é difícil rezar ben: abonda abrir o corazón a Deus, alegrarse da súa presenza, mirar ao Señor e deixar que El nos mire. “Non hai necesidade de falar moito para orar ben. Saber que o bo Deus está aí, no Sagrario; ábrele o corazón e alegrámonos da súa presenza. Esta é a mellor oración”. Noutra ocasión, atopouse con Luis Chaffangeon, humilde agricultor, a quen preguntou: “Querido amigo, ¿que fai vostede aí en silencio diante do Sagrario? Señor Cura -contestoulle-, eu miro ao bo Deus e el mírame”. Deixar que se pouse sobre nós a mirada de Deus chea de misericordia, de cariño, de forza para que sigamos percorrendo o camiño da vida. E mirar nós ao Señor para asombrarnos da súa beleza, para admirar as súas obras, para darlle grazas polos beneficios que derrama sobre nós cada día.

6. A misericordia do sacerdote aliméntase na Eucaristía

A conversión sempre renovada e a acollida gozosa do perdón de Deus conducen á Eucaristía. É o que chamamos o ‘círculo virtuoso’: da Reconciliación á Eucaristía. O Cura de Ars comezaba xeralmente a súa actividade diaria co sacramento do perdón, para poder gozar conducindo á Eucaristía aos seus penitentes xa reconciliados. “A Eucaristía ocupaba certamente o centro da súa vida espiritual e do seu labor pastoral. Adoitaba dicir: ‘Todas as boas obras xuntas non poden compararse co sacrificio da Misa, pois son obras de homes, mentres que a Santa Misa é obra de Deus’ [...] “A comunión e o santo sacrificio da Misa son os dous actos máis eficaces para conseguir a transformación dos corazóns”.

Deste modo, a Misa era para Xoán María Vianney a fonte de alegría e de alento na súa vida de sacerdote. A pesar da afluencia de penitentes, preparábase con toda dilixencia e en silencio durante máis dun cuarto de hora. Celebraba con recollemento, deixando entrever a súa actitude de adoración nos momentos da consagración e da comunión. Con gran realismo facía notar: “A causa do relaxamento do sacerdote está en que non dedica suficiente atención á Misa” [...] Durante as súas homilías adoitaba sinalar ao Sagrario dicindo con bágoas de emoción: “El esta aí” [...] queridos irmáns sacerdotes, o exemplo do Cura de Ars invítanos a un serio exame de conciencia. ¿Que lugar ocupa a santa Misa na nosa vida cotiá? ¿Continúa sendo a Misa, como no día da nosa Ordenación ¡foi o noso primeiro acto como sacerdotes! o principio do noso labor apostólico e da nosa santificación persoal? ¿Como é a nosa oración ante o Santísimo Sacramento e como a

⁵³– *Sermón sobre a oración.*

inculcamos aos fieis? ¿Cal é noso empeño en facer das nosas igrexas a Casa de Deus para que a presenza divina atraia aos homes de hoxe, que con tanta frecuencia senten que o mundo está baleiro de Deus ”?54.

A presenza de Cristo vivo na Eucaristía e escondido no Sagrario, era o centro da súa vida. “¡Oh, meus fillos!, ¿que fai o noso Señor no sacramento do seu amor? Tomouse a peito amarnos. O seu corazón zumega tenrura e misericordia capaz de limpar os pecados do mundo”.

Preocupouse moito de fomentar a comunión. “Vide á comunión, vide a Xesús, vide a vivir de Él, para vivir por Él”. Toda a vida dun cristián debe ser unha preparación para este gran momento. E logo unha acción de grazas prolongada. Cando os fieis esgrimían o argumento de que non eran dignos de recibir o Señor na Eucaristía contestaba: “É verdade que non sodes dignos, pero necesitádelo”. A Eucaristía reaviva o lume do amor de Deus: “¡A comunión produce na alma como un golpe de fol nun lume que comeza a apagarse, pero onde aínda hai moitas brasas!”. Por medio da comunión eucarística abrimos de tal xeito as portas do noso corazón a Xesucristo que realmente podemos dicir que levamos o ceo connosco: “Cando comulgamos, se alguén nos dixese: “¿Que levades á casa?”, poderíamos responder: “Levo o ceo”.

Home da Eucaristía, celebrada e adorada. “Non hai nada máis grande que a Eucaristía. ¡Oh meus fillos!, ¿que fai Noso Señor no Sacramento do seu amor? Tomou o seu corazón bo para amarnos, e extrae deste corazón unha transpiración de tenrura e de misericordia para afogar os pecados do mundo”.

O que quizais máis o tocaba interiormente era constatar que o seu Deus estaba presente no tabernáculo para nós: “¡Espéranos!” A conciencia da presenza real de Deus no Santísimo Sacramento foi quizais unha das súas máis grandes grazas e unha das súas maiores alegrías. Ofrecer Deus aos homes e os homes a Deus, o sacrificio eucarístico converteuse moi axiña para el no corazón da súa xornada e da súa pastoral.

A educación dos fieis na presenza eucarística e na comunión era particularmente eficaz cando o vían celebrar o Santo Sacrificio da Misa. “Estaba convencido de que todo o fervor na vida dun sacerdote dependía de Misa: ‘A causa da relaxación do sacerdote é que descoida la Misa. Meu Deus, ¡que pena o sacerdote que celebra coma se estivese a facer algo ordinario!’”. Sempre que celebraba, tiña o costume de ofrecer tamén a propia vida como sacrificio: “¡Como aproveita un sacerdote ofrecerse a Deus en sacrificio todas as mañás!”55.

54_ JUAN PABLO II, *Carta aos sacerdotes, Xoves Santo 1986*.

55_ Cf. BENEDICTO XVI, *Carta aos sacerdotes*.

En resumo: o cura de Ars comprendeu moi ben a Eucaristía como unha loucura de amor de Deus para con nós: “¡Alí está quen nos ama tanto! ¿Por que non o amar?”. “¡Se un o pensa, pódese perder pola eternidade neste abismo de amor!”.

A misericordia aprendida na oración asegura unha relación ao mesmo tempo forte e enche de tenrura entre o sacerdote e os homes, dos que se fai verdadeiramente irmán. Igualarse en todo aos homes é un dos motivos maiores da paixón de Xesús para atarse a nós con todas as fibras da súa humanidade, remodelada en sufrir e amar redentores. No sufrimento, Cristo adquire unha capacidade inmensa de compadecer e salvar (Heb. 5,8-9; 9,28).

7. Servir á misericordia de Deus léva ao sacerdote a emprender obras sociais de todo tipo

O Cura de Ars foi un apóstolo infatigable, cheo de iniciativas para poñer remedio aos males que aflixían aos seus fregueses. Non fai pastoral dende un despacho, senón que é un pai que vai a polos seus fillos. Para aliviar a carencia de escolas e mestres, en inverno chamaba un preceptor que daba clases a nenos e nenas xuntos. Ao final logra, coa colaboración do alcalde, un mestre para os nenos que se instale de modo permanente no municipio. En canto ás nenas, escolleu no seu momento dúas mozas da parroquia como futuras profesoras, Catalina Lassange e Benita Lardet, e enviounas para que se preparasen debidamente á casa das relixiosas de san Xosé de Fareins. Á vez, adquiriu unha casa nova con bens persoais e axudas dos fieis. A escola abriu o 11 de novembro de 1824.

Cando este proxecto vai crescendo e se consolida, Xoán María ten unha nova inspiración: recoller as orfas sen fogar, e as nenas de familias indixentes, que eran utilizadas para mendigar ou as poñían dende moi pequenas a traballar como criadas, e acollelas na mesma escola nun internado que levaría o nome de «Providencia». Para iso tivo que ampliar a casa que facía de escola. Pois ben, seguidamente comprou un pouco máis de terreo, el mesmo trazou os planos do novo edificio, e converteuse nun obreiro máis da construción daquela casa. A partir de 1827, só aquelas nenas máis necesitadas foron admitidas como pensionistas.

Houbo momentos en que puideron acoller sesenta nenas ou máis. Non se cobraba nada a ninguén. Non faltaron dificultades, mesmo se chegou a situacións críticas. O señor cura vendeu nalgunha ocasión o pouco que lle quedaba de enxoval, tamén aplicou a parte de herdanza familiar que o seu irmán Francisco lle entregou, e continuamente implorou caridade para o mantemento da institución. Nunca desfaleceu a súa confianza en Deus e nunca faltou o sustento conveniente ás orfas e ás responsables, que formaban unha gran familia.

“Non se sabe canto fixo o santo Cura como obra social” di un dos seus biógrafos. Acompañaba ás familias e trataba de protexelas de todo o que puidese destruílas (alcohol, violencia, egoísmo...). No corazón do seu pobo, tivo en conta ao home na súa dimensión humana, espiritual, social.

“Sempre digo que o sacerdote -comenta o cardeal Hummes- non é só importante polo aspecto relixioso dentro da Igrexa. Desempeña tamén un grandísimo labor na sociedade, porque promove os grandes valores humanos, está moi preto dos pobres coa solidariedade, coa atención polos dereitos humanos. Creo que debemos axudarlles [aos sacerdotes] para que vivan esta vocación con alegría, con moita lucidez e tamén con corazón para que sexan felices, dado que se pode ser feliz no sacrificio e o cansazo. Ser feliz non está en contradición co sufrimento. Xesús non era infeliz na cruz. Sufría tremendamente, pero estaba feliz, porque sabía que o facía por amor e que isto tiña un sentido fundamental para a salvación do mundo. Era un xesto de fidelidade ao seu Pai”.

8. Novas testemuñas e servidores da misericordia de Deus: oración e traballo polas vocacións

“Polo tanto, o Ano sacerdotal brinda unha magnífica oportunidade para volver a atopar o sentido profundo da pastoral vocacional, así como as súas opcións fundamentais de método: o testemuño, sinxelo e crible; a comunión, con itinerarios concertados e compartidos na Igrexa particular; a cotidianidade, que educa a seguir ao Señor na vida de todos os días; a escoita, guiada polo Espírito Santo, para orientar aos mozos na busca de Deus e da verdadeira felicidade; e, por último, a verdade, que é o único que pode xerar liberdade interior”⁵⁶.

O Papa, como vemos, destaca o testemuño dos sacerdotes que é como un eixe transversal de toda a pastoral vocacional: “En tempos de orfandade de referencias, en tempos de fragmentación interior, de dispersión, de superficialidade e consumismo, fan falta uns referentes sacerdotais que transparenten a Cristo, que zumeguen a alegría da súa consagración, que sexan capaces de xerar ilusión, esperanza, entusiasmo, de presentar ideais de convición. Que exerzan un liderado crible pola súa fidelidade ao evanxeo, e sobre todo polo testemuño de vida. Sacerdotes que conectan cos mozos, que son accesibles e apreciados non porque practiquen o colegueo estéril, ou porque rebaixen os niveis de esixencia. Sacerdotes que viven a unión con Cristo, que entregan as súas vidas, inconformistas ante o mundo, audaces no apostolado, que se expresan con valentía e liberdade de espírito, sempre ao

⁵⁶– BENEDICTO XVI, *Discurso aos participantes no Congreso Europeo de Pastoral vocacional, Roma 4 de xullo 2009.*

servizo da verdade. Cantas veces un acólito, un neno da catequese, ou un xove da parroquia ou dun movemento, descubriron a súa vocación a partir do desexo de “querer ser como o sacerdote”⁵⁷.

8.1. A mies é moita...

“A mies é moita”, di o Señor. E cando di “é moita” non se refire só ao momento en que El vivía. As súas palabras valen tamén para o noso tempo. No corazón dos homes crece unha mies; é dicir, esperan unha luz, un camiño, esperan a Deus. Unha esperanza do amor que, máis alá do instante presente, nos sosteña e acolla eternamente. A mies é moita e necesita obreiros en todas as xeracións. E para todas as xeracións, aínda que de modo diferente, valen sempre tamén as outras palabras: “Os obreiros son poucos”.

8.2. Orar

“Pregade, pois, ao Dono da mies que mande obreiros”. Deus quere servirse dos homes, para que leven a mies aos celeiros. Deus necesita persoas dispostas a axudar para que esta mies que xa está a madurar no corazón dos homes poida entrar realmente nos celeiros da eternidade e se transforme en perenne comunión divina de alegría e amor. Agora ben, temos que orar porque non podemos “producir” vocacións; deben vir de Deus. Propagandas ben pensadas e estratexias axeitadas non son definitivas. A chamada, que parte do corazón de Deus, sempre debe atopar a senda que leva ao corazón do home.

É o Dono da mies quen ha de sacudir o corazón dos chamados acendendo neles o entusiasmo e a alegría polo Evanxeo. Ha de facerlles comprender que este é o tesouro máis valioso polo que paga a pena arriscalo todo.

Ante todo está a celebración diaria da santa Misa. Non a celebremos con rutina, como un deber exterior a nós. Se celebramos a Eucaristía con íntima participación na fe e na oración, entón o *ars celebrandi* virá por si mesmo, pois consiste precisamente en celebrar partindo do Señor e en comunión con el, e por tanto como é preciso tamén para os homes. Entón nós mesmos recibimos como froito un grande enriquecemento e, á vez, transmitimos aos homes máis do que temos, é dicir, a presenza do Señor.

O outro espazo aberto que a Igrexa nos ofrece é a liturxia das Horas. Tratemos de rezala como auténtica oración, como oración en comunión co Israel da Antiga e da Nova Alianza, como oración en comunión cos orantes de todos os séculos, como oración en comunión con Xesucristo, como oración que xermola do máis profundo do noso ser, do contido máis profundo destas prearias.

⁵⁷– J. A. SÁIZ MENESES, *La alegría del sacerdocio*, Carta Pastoral. Advento 2009, 28-29

Ao orar así, involucramos nesta oración tamén aos demais homes, que non teñen tempo ou forzas ou capacidade para facer esta oración. Nós mesmos, como persoas orantes, oramos en representación dos demais, realizando así un ministerio pastoral de primeiro grao. Isto non significa retirarse a realizar unha actividade privada, trátase dunha prioridade pastoral, unha actividade pastoral, na que nós mesmos nos facemos novamente sacerdotes, na que somos enchidos novamente de Cristo, mediante a que incluímos os demais na comunión da Igrexa orante e, ao mesmo tempo, deixamos que xermole a forza da oración, a presenza de Xesucristo, neste mundo.⁵⁸

O Papa pediu a todos os fieis que recen polos sacerdotes, e recordou que “a oración é a primeira tarefa, o verdadeiro camiño de santificación dos sacerdotes, e a alma da auténtica pastoral vocacional. A escaseza numérica de ordenacións sacerdotais nalgúns países non só non debe desanimar, senón que debe empurrar a multiplicar os espazos de silencio e de escoita da Palabra, a coidar mellor a dirección espiritual e o sacramento da confesión, “porque a voz de Deus, que sempre segue chamando e confirmando, poida ser escoitada e prontamente seguida por moitos mozos”.

8.3. Traballar polas vocacións

Pero non só é cuestión de oración. Precisamente a oración ben feita converte as palabras en acción. Que do noso corazón xermole a faísca da alegría en Deus, da alegría polo Evanxeo, e suscite noutros corazóns a dispoñibilidade a dar o seu ‘sí’. É El quen ha de suscitar a dispoñibilidade, a constancia, a fidelidade perseverante. O esforzo por responder á vocación, aínda que sexa custoso, é fermoso, é útil, porque leva ao esencial, é dicir, a lograr que os homes reciban o que esperan: a luz de Deus e o amor de Deus.

Pretendemos dar un novo impulso á pastoral vocacional na nosa diocese con motivo do Ano Sacerdotal. Reestruturamos a Delegación diocesana tratando de involucrar a cada arceprelado, a sacerdotes, a consagrados e a fieis laicos. Os nenos, adolescentes e xoves que poidan acceder aos nosos Seminarios proceden dunha cultura narcisista marcada por un erotismo que impregna o ambiente e dunha sociedade secularizada onde faltan referencias de auténtica vida cristiá. Mostran unha grande dispersión interior e séntense cada vez máis inseguros e faltos de vertebración na configuración da personalidade e na vida. Por outra banda, no seo das familias cristiás, cun índice de natalidade moi exiguo e unha fe moi debilitada, moi tocadas polo consumismo e o secularismo, é moi difícil que xermolen as sementes da vocación. É preciso desenvolver unha pastoral familiar que potencie a cultura

⁵⁸ Cf. BENEDICTO XVI, Encontro cos sacerdotes e diáconos permanentes na Viaxe Apostólica a Alemaña- *Catedral de Santa María e San Corbiniano, Freising, 14 de setembro de 2006*

da vida, que valore a vocación sacerdotal e que sexan conscientes de que os seus fillos, se son chamados á vida sacerdotal, atoparán nela o camiño máis curto para a súa felicidade.

Queremos comezar o que se deu en chamar ‘Seminario en familia’. Toda acción na Igrexa está encamiñada en último termo a axudar a cada bautizado a descubrir e acoller o modo concreto polo que Deus o chama a vivir a súa condición cristiá. Esta é unha tarefa orixinaria, central e, polo tanto, prioritaria da Igrexa. A pastoral vocacional ao ministerio ordenado ten, pola súa banda, unha relevancia de primeira orde. Se todas as vocación son necesarias na Igrexa, os sacerdotes son os servidores do resto das vocacións. Aínda que temos que estar atentos aos xermes de vocación sacerdotal xa dende pequenos, o Seminario en familia estará formado por aqueles rapaces, maiores de 12 anos, que mostrando xermes de vocación sacerdotal, estean dispostos a participar nun proceso de discernimento e acompañamento para acoller a súa posible vocación ao sacerdocio. Estes rapaces non levarán un réxime de internado, senón que vivirán normalmente nas súas casas, coa súa familia, asistirán ás clases no Colexio ou Instituto respectivo e participarán nas actividades das súas parroquias. Agora ben: xunto ao acompañamento persoal polos seus pais, polo responsable do grupo e, sobre todo polos seus sacerdotes, periodicamente terán actividades vocacionais e formativas conxuntas para axudarlles a responder ás preguntas que aniñan no seu corazón sobre unha posible vocación sacerdotal.

Para esta nova andaina contamos, en primeiro lugar, cos pais e as familias cristiás. Tamén, por suposto, cos sacerdotes, cos catequistas e profesores de Relixión así como coas comunidades eclesiais e grupos apostólicos. Todos xuntos traballando intimamente unidos aos formadores do Seminario. A nosa chamada é clara: trátase de ofrecer esta experiencia a rapaces, adolescentes e xoves. Aos que poidan interesarse e se sintan capaces de participar neste proxecto.

Benedicto XVI recordou o exemplo de san Xoán María Vianney. Como o Cura de Ars, cada sacerdote “pode advertir mellor a necesidade desa progresiva identificación con Cristo que lle garante a fecundidade e a fidelidade do seu testemuño evanxélico”. E é “da certeza da súa propia identidade”, da que depende “o renovado entusiasmo pola misión” do sacerdote.

“O amor polos demais, a atención á xustiza e aos pobres, non son soamente temas dunha moral social, senón máis ben expresión dunha concepción sacramental da moralidade cristiá, porque, a través do ministerio dos presbíteros, se realiza o sacrificio espiritual de todos os fieis, en unión co

de Cristo, único Mediador”, ensinou Benedicto XVI noutra ocasión. “Fronte a tantas incertezas e cansancios tamén no exercicio do ministerio sacerdotal, é urxente recuperar unuízo claro e inequívoco sobre o primado absoluto da graza divina, recordando o que escribe santo Tomás de Aquino: O máis pequeno don da graza supera o ben natural de todo o universo”⁵⁹.

9. Potenciar o celo pastoral

Á nosa Igrexa fáltalle pulo evanxelizador e forza mística. Conformámonos cunha vida espiritual de baixa intensidade e unha tendencia acentuada á tibieza e á mediocridade. A tibieza é a situación espiritual máis perigosa que pode axear a un cristián, e moito máis a un sacerdote. Porque o morno non é consciente da súa situación nin dos perigos que o ameazan e, polo tanto, non sente a necesidade de converterse. O morno quere compatibilizar a amizade con Deus con pequenas condescendencias consigo mesmo, que en realidade son grandes infidelidades. ¿Non será a tibieza a fonte de tanta tristura, desalento e o desleixo na vida interior como se palpan a día de hoxe? O Cura de Ars recórdanos: “A alma morna non está aínda absolutamente morta aos ollos de Deus, xa que non están totalmente extinguidas nela a fe, a esperanza e a caridade, que constitúen a súa vida espiritual. Pero a súa fe é unha fe sen celo; a súa esperanza, *unha esperanza sen firmeza*; e a súa caridade, *unha caridade sen ardor*”. “As almas dos mediocres -di noutra ocasión- non teñen esa axilidade que fai ir directamente a Deus. Teñen algo de pesado, de tedioso que as fatiga: frecuentemente trátase de pecados veniais aos que están apegados”.

Sacudamos a tibieza que nos esteriliza e volvamos ao amor primeiro (Cf. Ap 2,4-5) e ao fervor de recién ordenados. Reavivemos, queridos irmáns sacerdotes, neste Ano Sacerdotal o carisma que o Espírito Santo nos regalou o día da nosa ordenación e fuxamos do estilo de vida funcional, que tanto ten que ver coa actitude do mercenario, ao que non lle importan as ovelas (Xn 10,5.12-13). A caridade pastoral, que é participación do amor pastoral de Xesús, é o segredo manancial da ilusión sacerdotal e do celo polas almas cada día renovado. É o único que nos manterá frescos nesta conxuntura, na que a ollos vista diminuíu o aprecio social pola nosa tarefa, acompañada en moitas ocasións pola incompreensión ou o desprezo, e polas condicións adversas en que nos sitúa a secularización. A vivencia cabal do ministerio de salvación que o Señor nos confiou ten que impulsarnos a gastarnos e desgastarnos polos nosos fieis, sen medida, sen recortes e sen reloxo, de sol a sol, pois o noso é servir, o noso é o “*amoris officium*”, como escribíse Santo Agustiño. Debe impulsarnos ademais a coñecerlos, a compartir as súas loitas, sufrimentos e problemas, amando con proximidade afectiva, familiaridade, compaixón e

⁵⁹– BENEDICTO XVI, *Audiencia xeral*, 1 de xullo de 2009.

tenrura aos nenos, aos mozos, aos enfermos, ás familias e aos pobres. Como San Paulo e como o Cura de Ars, temos que entregar aos nosos fieis, non só o noso tempo, senón a nosa propia persoa (1Tes 2,8), co fin de que coñezan a Deus e o seu enviado Xesucristo e gocen da graza da filiación.⁶⁰

10. Na escola de María

A tenra devoción á Virxe foi medrando en Xoán María Vianney co paso do tempo. Á idade de catro anos, a súa nai regaloulle unha imaxe de madeira de da Santísima Virxe, que levou sempre consigo. Pouco antes de morrer recordaba: “¡Oh!, canto amaba eu aquela imaxe. Non podía separarme dela nin de día nin de noite, e non durmiría tranquilo, se non a tivese ao meu lado na cama...”. O Cura de Ars profesou unha tenra devoción á Santísima Virxe, á que chama “o seu máis vello amor”, “mellor que a mellor das nais”, a luz dos seus días escuros, que “pode compararse a un fermoso sol” nun día de néboa”. El mesmo nos confesa o que María significou na súa vida: “Bebín tan a miúdo desta fonte, que xa non quedaría nada dende hai tempo, se non fose inesgotable” [38] (Asenjo)

Ao pouco tempo de chegar á parroquia de Ars consagrouna á Inmaculada. Pouco despois, mandou facer un corazón dourado para colgalo na imaxe da Virxe. Dentro dese corazón quixo que estivesen, nunha fita branca, os nomes dos seus fregueses. Alí consérvanse aínda hoxe. “O Corazón de María é tan tenro cara a nós -dicía San Xoán María Vianney- que todas as nais do mundo non son máis que un anaco de xeo ao seu lado”. E engadía: “no corazón de María non hai máis que misericordia”. O Santo Cura de Ars recordaba sempre aos seus fieis que “Xesucristo, cando nos deu todo o que nos podía dar, quíxonos facer herdeiros do máis precioso que tiña, é dicir do súa Santa Nai”.

Velaquí unhas expresións que poñen de manifesto o seu amor entrañable á Nai de Deus e nai nosa: “A Virxe María é esta bela criatura que nunca desgustou ao bo Deus”. “O Pai ama mirar o corazón da Santa Virxe María como a obra mestra das súas mans”. Con razón podemos chamar a María a nosa Nai porque “a Virxe María xerounos dúas veces, na encarnación e aos pés de Cruz: é, pois, dúas veces a nosa Nai”. Para o que sente verdadeiro amor á Virxe, “a Ave María é unha oración que non cansa nunca”. Da intercesión de María podémolo esperar todo: “Todo o que o Fillo pide ao Pai concédello. Todo aquilo que a Nai pide ao Fillo élle igualmente concedido”. “Cando as nosas mans tocaron aromas, perfuman todo o que tocan. Fagamos pasar as nosas oracións a través das mans da Santa Virxe, perfumaraas”. “O medio máis seguro para coñecer a vontade de Deus, é rezar a nosa boa Nai”.

⁶⁰ Cf. Mons. J. J. ASENJO, *Carta Pastoral con motivo do Ano Sacerdotal*

Ensinou Benedicto XVI: “Dende o seu primeiro fiat, María acolleu, primeiro na fe e despois no seu seo, o Corpo de Xesús e deuno a luz. Día a día adorouno extasiada, serviuno con amor responsable, cantando no seu corazón o Magnificat. Durante os longos anos da súa vida oculta, mentres educaba a Xesús, ou cando en Caná de Galilea solicitaba o primeiro milagre, ou por último cando no Calvario ao pé da cruz contemplaba a Xesús, “apréndiao” en cada momento. No noso ministerio sacerdotal deixémonos guiar por María para “aprender” a Xesús. Contemplémolo, deixemos que el nos forme, para que sexamos capaces de mostralo a todos os que se acheguen a nós. Cando tomemos nas nosas mans o Corpo eucarístico de Xesús para alimentar con el o pobo de Deus, e cando asumamos a responsabilidade da parte do Corpo místico que se nos encomenda, recordemos a actitude de asombro e de adoración que caracterizou a fe de María. Do mesmo modo que ela no seu amor responsable e materno a Xesús conservou o amor virxinal cheo de asombro, así tamén nós, ao axeonllarnos litúrxicamente no momento da consagración, conservemos no noso corazón a capacidade de asombrarnos e de adorar. Recoñezamos no pobo de Deus os signos da presenza de Cristo. Esteamos atentos para percibir os signos de santidad que Deus nos mostre entre os fieis. Non temamos polos deberes e as incógnitas do futuro. Non temamos que nos falten as palabras ou que nos rexeiten. O mundo e a Igrexa necesitan sacerdotes, santos sacerdotes”.⁶¹

O beato Manuel González, pola súa banda, invítanos, a ir a Santa María Raíña e Nai dos sacerdotes, para dicilo:

“Nai Inmaculada: Que non nos cansemos. Nai nosa, unha petición: que non nos cansemos. Si, aínda que o desalento por o pouco froito ou pola ingratidade nos asalte, aínda que a fraqueza nos abrande, aínda que o furor do inimigo nos persiga, e nos calumnie, aínda que nos falte diñeiro e auxilios humanos, aínda que viñesen abaixo as nosas obras e tivésemos que volver empezar de novo, Nai querida, que non nos cansemos.

Firmes, decididos, alentados, sorrintes sempre, cos ollos da cara fixos nos demais e nas súas necesidades para socorrelos, e cos ollos da alma fixos no Corazón de Xesús que está no Sagrario, ocupemos noso posto, o que a cada un nos sinalou o Señor.

Nada de volver a cara atrás. Nada de cruzarse de brazos. Nada de dicir estériles lamentos. Mentres nos quede unha gota de sangue que derramar, unhas moedas que repartir, un pouco de enerxía que gastar, unha palabra que

⁶¹ Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso aos relixiosos, relixiosas e seminaristas representantes dos movementos eclesiais en Polonia, Czestochowa*, 26 de maio de 2006.

dicir, un alento do noso corazón, un pouco de forza nas nosas mans ou nos nosos pés, que poidan servir para dar gloria a Deus e a Ti, e para facer un pouco de ben aos nosos irmáns, Nai querida, que non nos cansemos. Morrer antes que cansarnos”.

Queridos irmáns, que estas reflexións reaviven o noso gozo de ser sacerdotes, o noso desexo de selo aínda máis consciente e xenerosamente. O testemuño do Cura de Ars contén aínda moitas outras riquezas por afondar. Escoitemos a Cristo que, como aos Apóstolos, nos di: “Ninguén ten amor maior que este de dar a vida polos seus amigos... Xa non vos chamo servos... chámovos amigos”. Ante El, que manifesta o Amor en toda a súa plenitude, sacerdotes e bispos, renovaremos este Ano xubilar sacerdotal dun xeito moi especial as nosas promesas sacerdotais.

Oremos uns polos outros, cada quen polo seu irmán, e todos por todos. Preguemos ao Sacerdote Eterno que a memoria do Cura de Ars nos axude a reavivar o noso celo no seu servizo. Supliquemos ao Espírito Santo que outorgue á súa Igrexa moitos sacerdotes do tempero e a santidad do Cura de Ars. A nosa época ten grande necesidade deles. Usando as mesmas palabras que usaba S. Xoán María Vianney digamos ao Señor:

*“Ámote, meu Deus, e o meu só desexo
é amarte ata o último respiro da miña vida.
Ámote, oh Deus infinitamente amable,
e prefiro morrer amándote
antes que vivir un só instante sen amarte.
Ámote, Señor, e a única graza que che pido
é aquela de amarte eternamente.
Meu Deus, se a miña lingua
non puidese dicir que te amo en cada instante,
quero que o meu corazón cho repita
tantas veces cantas respiro.
Ámote, oh meu Deus Salvador,
porque fuches crucificado por min,
e tesme aquí crucificado por Ti.
Meus Deus, dáme a graza de morrer amándote
e sabendo que te amo” Amén.*

Confiemos o noso sacerdocio á Virxe María, Nai dos sacerdotes, a quen Xoán María Vianney recorría sen cesar con tenro afecto e total confianza. Que a Virxe, Nai de misericordia, suscite en nós sentimentos de filial abandono en Deus, que é misericordia infinita. Digamos con Santo Agustíño nunha coñecida pasaxe das súas *Confesións*: “¡Ten piedade de min, Señor! Mira que

non che escondo as miñas feridas: ti es o médico, eu o enfermo; ti es misericordioso, eu mísero... Toda a miña esperanza está posta na túa gran misericordia" (X, 28.39; 29.40). Deamos grazas a Xesucristo, o Señor, que nos santos Pastores como o Cura de Ars nos revelou a súa misericordia e o seu amor para que por eles continúe chegando a nós a súa acción misericordiosa.

+Manuel Sánchez Monge,
Bispo de Mondoñedo-Ferrol

Año Xubilar Sacerdotal, Coresma de 2010.

1.3. ESCRITOS

1.3.1. Escrito co gallo do Día de Vida Consagrada

LOS CONSAGRADOS: PEREGRINOS, AMIGOS Y APÓSTOLES

Un año más, queridos consagrados y consagradas, ocupáis un lugar privilegiado en el corazón de la Iglesia universal y diocesana con motivo del Día de la Vida Consagrada. En este Año Santo Compostelano me gustaría recordaros algunos elementos constitutivos de vuestra vida.

Sois peregrinos

No tenéis aquí morada permanente. En vuestra mochila de caminantes sólo podéis llevar lo esencial. Y como dijo el poeta: "Nadie fue ayer, / ni va hoy, / ni irá mañana/ hacia Dios/ por este mismo camino / que yo voy./ Para cada hombre guarda/ un rayo nuevo de luz el sol/ y un camino virgen Dios". En vuestras frentes lleváis la marca de haber sido visitados por Dios. El os ha seducido y os ha cambiado los planes. Ya no podéis vivir sin El. Pero sólo entrevéis la hermosura del rostro de Dios con los ojos iluminados de vuestra fe. Enseñadnos que vivir la fe es una aventura, no un aburrimiento. Que no podemos vivir sólo de recuerdos. Que hay que seguir haciendo camino: aunque asomen el cansancio y la fatiga, aunque nos ronde la tentación de hacer parada y fonda para vivir inmersos en el consumismo y en la superficialidad. El recuerdo de la meta, el abrazo definitivo con Dios Padre, tiene que estimular nuestro caminar.

Sois amigos de Dios

Habéis escuchado unas palabras de Jesús que os han dejado sin respiración: "Ya no os llamo siervos, sino amigos". Vivís asombrados y estremecidos. "Todo

lo que he oído a mi Padre, os lo he comunicado”: el Señor os ha llamado a su intimidad, no quiere tener secretos con vosotros. Bien sabéis que ser amigo de Cristo quiere decir arder con su amor incandescente, quedar transformados por el esplendor de su belleza. En nuestra pequeñez se refleja la grandeza de su presencia. Nuestro tiempo tiene necesidad de quedar ebrio por la riqueza de su gracia.

Ser amigo de Cristo significa mantener siempre ardiente en el corazón una llama viva de amor, alimentada continuamente por la riqueza de la oración. No sólo en momentos de alegría interior. También cuando aparecen las dificultades, la aridez y el sufrimiento.

Recordadnos que todos estamos llamados a ser amigos íntimos de Jesús. A ‘estar con El’, a testimoniar la fidelidad de su amor. “Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por los amigos”. Y Cristo nos ha amado hasta muerte que termina en la resurrección gloriosa.

Sois apóstoles

Injectad la fuerza viva y perenne del Evangelio en las venas de la humanidad actual. Pretendemos construir la convivencia humana sin Dios y no reconocemos de una vez que una convivencia así se vuelve contra el hombre mismo. Padecemos de individualismo y falta de respeto. Confundimos la libertad con el libertinaje y, bajo el yugo del relativismo subjetivo, se nos ha olvidado la solidaridad. Formando comunidades fraternas, solidarias, eligiendo ser pobres para ser libres, viviendo con ardor un amor que no tiene fronteras... demostradnos que hay un estilo alternativo de vida. La virginidad consagrada no se puede enmarcar en la lógica de este mundo. Vivir una vida casta quiere decir también renunciar a la necesidad de aparecer, asumir un estilo de vida sobrio y humilde. Se puede amar sin poseer. Todo hombre y toda mujer pueden, si dejan a Dios entrar en su vida, ser curados de sus heridas afectivas. Seguid manifestando el rostro amoroso de Dios a las personas más humildes. Sobre todo ejercitando la compasión y la misericordia con los más vapuleados por la injusticia de nuestro mundo.

Huid de la mediocridad estéril

El Papa Benedicto XVI ha tenido la libertad y el coraje de decirnos: “La vida consagrada en los últimos años ha vuelto a ser comprendida con un espíritu más evangélico, más eclesial y más apostólico; pero no podemos ignorar que algunas opciones concretas no han ofrecido al mundo el rostro auténtico y vivificante de Cristo. De hecho, la cultura secularizada ha penetrado en la mente y en el corazón de no pocos consagrados, que ven en ella una forma de acceso a la modernidad y de acercamiento al mundo contemporáneo. La con-

secuencia es que junto con un indudable impulso generoso, capaz de testimonio y de entrega total, la vida consagrada experimenta hoy la insidia de la mediocridad, del aburguesamiento y de la mentalidad consumista”[1].

Concluyo con las palabras, altamente estimulantes, que os dirigió Juan Pablo II: “¡Vosotros no solamente tenéis una historia gloriosa para recordar y contar, sino una gran historia que construir! Poned los ojos en el futuro, hacia el que el Espíritu os impulsa para seguir haciendo con vosotros grandes cosas, para que este nuestro mundo confiado a la mano del hombre... sea cada vez más humano y justo, signo y anticipación del mundo futuro”[2].

+ Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Mondoñedo-Ferrol

1.3.2. Escrito para a Campaña de Mans Unidas contra a Fame

CAMPAÑA CONTRA EL HAMBRE EN TIEMPO DE CRISIS

Queridos diocesanos:

Celebramos este año la Campaña contra el hambre en un momento en que la crisis económica está mostrando sus más duras consecuencias. A la par que ha hundido los mercados, ha empujado a cien millones de personas a la pobreza y al hambre. Por esto no podemos olvidar que las principales víctimas de la crisis económica y financiera mundial son, como siempre, los más pobres e indefensos. El impacto que tiene en la vulnerabilidad de los países pobres es claramente desproporcionado. El hambre afecta a uno de cada seis seres humanos. Un dato sobrecogedor: por vez primera en la historia el número de pobres en el mundo supera los mil millones de personas. Un triste record que echa por tierra algunas mejoras conseguidas en la lucha contra esta lacra en los últimos años.

El futuro inmediato no presenta mejores perspectivas: Las estructuras económicas certifican estas malas previsiones para los países más pobres. Según el FMI las inversiones extranjeras en esos lugares se han reducido en 2009 en un 32%. El comercio mundial se contraerá entre un 5 y un 9 %. Las remesas que los emigrantes enviaban a sus países de origen, y que constituían una fuente

[1]_ BENEDICTO XVI, *Discurso a los Superiores Mayores de la Vida Consagrada*. 22 de Mayo 2006.

[2]_ JUAN PABLO II, *Vita Consecrata* n° 110.

muy importante para el crecimiento económico de esas naciones, disminuirán también entre un 5 y un 8 % este año según el Banco Mundial.

Necesitamos crear con urgencia un amplio consenso para la erradicación rápida y completa del hambre en el mundo. Benedicto XVI ha hecho la siguiente propuesta: “Es importante destacar que la vía solidaria hacia el desarrollo de los países pobres puede ser un proyecto de solución de la crisis global actual, como lo han intuido en los últimos tiempos hombres políticos y responsables de instituciones internacionales. Apoyando a los países económicamente pobres, mediante planes de financiación inspirados en la solidaridad, con el fin de que ellos puedan satisfacer la necesidades de bienes de consumo y desarrollo de los propios ciudadanos no sólo se puede producir un verdadero crecimiento económico, sino que se puede contribuir también a sostener la capacidad productora de los países ricos que corre peligro de quedar comprometida por la crisis” (*Veritas in caritate*)

Manos Unidas, como organización de la Iglesia a favor del Tercer Mundo, continúa su lucha para erradicar las tres hambres que le afligen: “hambre de pan, hambre de cultura y hambre de Dios” conscientes de que “no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mt 4,4). Animo a los voluntarias y voluntarios de Manos Unidas en la diócesis de Mondoñedo-Ferrol a que sigan año tras año financiando proyectos concretos de desarrollo del Tercer Mundo. En nuestros días, nos recuerdan este año, constatamos la aparición de nuevos riesgos para la vida de los pobres, ocasionados por la agresión al equilibrio medioambiental, por los desequilibrios económicos y por la crisis de la energía y de los alimentos.

+ Manuel Sánchez Monge,
Bispo de Mondoñedo-Ferrol

1.3.3. Escrito sobre a crise

UNA CRISIS QUE HA IDO A MÁS

Queridos diocesanos:

Hace ya algún tiempo os escribí acerca de la crisis económico-financiera una carta que titulaba: “Una crisis, ¿sólo económica?”. Hoy me siento obligado a compartir de nuevo con vosotros la dura situación que padecemos. Me consuela comprobar que desde que comenzó esta crisis muchos cristianos, comunidades cristianas y grupos eclesiales os habéis comprometido personal y comunitariamente para aliviar el dolor de tantos hermanos nuestros.

1. Datos preocupantes

Nuestra sociedad, también en Galicia, está pasando por momentos críticos, y, para muchos, muy dolorosos. La crisis se llevó por delante 56.000 puestos de trabajo durante el año 2009. Así rezaba un titular de prensa el 29 de enero de 2010 haciendo referencia a la Encuesta de Población Activa (EPA). En enero de 2010 se han perdido 8.789 puestos de trabajo más. En total el número de parados en enero se elevaba a 231.628 personas. La afiliación a la Seguridad Social cayó en Galicia en ese mismo mes de forma muy notable.

Todo ello ha tenido un reflejo en el número y el perfil de las personas que acuden a solicitar ayuda a Cáritas. Durante 2008 la mayoría de los usuarios de los servicios de Cáritas eran inmigrantes con poco tiempo de residencia en España, en cambio durante 2009, la mayoría son personas y familias españolas e inmigrantes que ya habían estabilizado su situación laboral y ahora vuelven a Cáritas porque padecen de nuevo el desempleo.

Durante 2009 se han agravado notablemente los efectos de la crisis en la Diócesis de Mondoñedo-Ferrol. Mientras en el 2008 el 85% de los beneficiarios del programa de empleo de Cáritas eran mujeres y sólo un 15% hombres, al terminar 2009 cerca del 40% son hombres, cabezas de familia en la mayoría de los casos, que nunca habían tenido necesidad de acudir a los servicios de Cáritas, que no conocen la red de cobertura de los servicios sociales públicos y que se han visto obligados a pedir ayuda por pérdida de trabajo. En su mayoría pertenecen al sector de servicios y al sector de la construcción. Gente con muchos años de experiencia de trabajo y que no pueden acceder al mercado laboral en su profesión porque las ofertas laborales en su campo han desaparecido. Por tanto, han de reciclarse y de formarse en otros ámbitos para poder acceder al nuevo mercado laboral que se está poniendo cada vez más difícil. En el sector de empleadas de hogar, por ejemplo, es cada vez menor la oferta que se recibe.

En los últimos meses, se ha detectado un mayor incremento de personas que acuden al servicio de empleo como consecuencia de las regulaciones de empleo (ERE) de muchas empresas de Ferrolterra y el cierre de pequeñas empresas auxiliares de la empresa Alcoa en la zona de la Mariña en la provincia de Lugo. Por si fuera poco, muchas personas que se beneficiaban del subsidio de desempleo lo han perdido y ahora piden ayuda para la cobertura de las necesidades básicas.

Nuestra Cáritas Diocesana de Mondoñedo-Ferrol, tanto en sus servicios centrales como en buena parte de los equipos de acogida de las Cáritas parroquiales, ha visto cómo aumentaba paulatinamente el número de personas que

acudían a ella. El Centro de Día para personas sin hogar que ofrece en la ciudad de Ferrol, ha aumentado su número de usuarios en torno a un 40%, disparándose su presupuesto hasta los 90.000 euros. Sus usuarios reciben allí el desayuno y la merienda, y ya no acuden tan sólo los denominados transeúntes, sino también personas de la ciudad que ha visto cómo descendían sus ingresos. El programa de empleo, por su parte, casi ha duplicado su gasto, que ha superado en 2009 los 115.000 euros. También las Cáritas parroquiales han aumentado notablemente el nivel de ayudas, discurriendo formas de obtener más fondos. A ellas ha ido destinada en buena medida la partida de 60.000 euros aportada por la Fundación Barrié a través del Programa de Ayudas de Emergencia Social, gracias a la cual se ha atendido a 218 familias, con un total de 832 beneficiarios. Pero mucho mayor ha sido la cifra total de personas atendidas por las Cáritas con sus propios recursos. Las ayudas se dirigen fundamentalmente a las necesidades más básicas: vivienda, alimentación, gastos sanitarios y escolares, etc... la mayor parte de las familias ayudadas padecen el paro, muchas veces con hijos menores a su cargo, aunque también hay pensionistas y personas con un trabajo muy precario.

2. *¿Qué podemos hacer?*

La Iglesia viene realizando desde hace muchos siglos la misión que ha recibido del Señor. En un mundo globalizado, donde los pobres sufren la peor parte, la Iglesia renueva su compromiso con ellos. Y lo hace con entrañas de misericordia que nacen de la fe en Jesús de Nazaret, el Hijo del Dios vivo, que vino a anunciar la Buena Nueva a los pobres, reclamando también de ellos la conversión y la fe. Jesús nos ha revelado que Él es servido y acogido en los hambrientos y forasteros (Mt. 25). Y S. Pablo nos advierte: "Pues conocéis la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, el cual siendo rico, por nosotros se hizo pobre a fin de que os enriquecierais con su pobreza" (2 Cor 8, 9).

Ante las dificultades económicas y sociales de la hora presente, como Obispo de esta Iglesia de Mondoñedo-Ferrol, no tengo soluciones técnicas que ofrecer, pero sí entra dentro de mi labor pastoral iluminar con la luz del Evangelio, a través de la doctrina social de la Iglesia, el gravísimo problema que nos aqueja. La comunidad cristiana, especialmente a través de Cáritas, Manos Unidas y otras instituciones de caridad de la Iglesia, están atendiendo y acompañando a los más necesitados de nuestro país y de los países en vías de desarrollo, víctimas, también, de la crisis económica global y de la recesión.

Animo a las comunidades cristianas y a todos los hombres de buena voluntad a considerar las dificultades actuales, que afectan gravemente a los más débiles. No bajemos la guardia. Al contrario, comprometámonos con mayor generosidad y solidaridad.

Tengamos especialmente en cuenta a las familias, sobre todo a las familias numerosas y a las jóvenes. Los pequeños y medianos empresarios, así como los agricultores y ganaderos, viven en una angustiosa situación económica. No olvidemos a los inmigrantes procedentes de países pobres. “Muchos de ellos han colaborado con su trabajo y con sus servicios, en tiempos de prosperidad, a nuestro desarrollo y bienestar, aumentaron considerablemente los recursos de nuestro país, de la caja de la hacienda pública y de la Seguridad Social, animaron el consumo, el mercado de la vivienda y la vida laboral en general. Ahora, en momento de crisis, de paro y de recesión, no podemos abandonarlos a su suerte”^[1].

La escasa protección social de la familia y las políticas antinatalistas son perniciosas para la sociedad y tendrán efectos económicos perjudiciales para las generaciones futuras. En la última encíclica del Papa Benedicto XVI leemos: “La apertura moralmente responsable a la vida es una riqueza social y económica”^[2].

Es evidente que la crisis está infundiendo miedo al futuro no sólo por la inseguridad respecto al posible mantenimiento del Estado de Bienestar, sino también por las consecuencias que genera, al aumentar la tasa de desempleo y reducir la actividad económica. Pero no puede ahogar nuestra esperanza, que se fundamenta en Cristo Jesús. Debe ser más bien un acicate para poner en Dios la referencia verificadora de nuestras actitudes y comportamientos.

3. Pongamos de nuevo manos a la obra

No basta contemplar la realidad en su complejidad actual. Ni basta tomar conciencia de los problemas que está ocasionando. Es imprescindible un profundo sentimiento de caridad solidaria con todos los que sufren. Hay problemas derivados de esta crisis que están exigiendo una respuesta inmediata.

Una de las preocupaciones más graves tiene que ver con la ocupación y el empleo. La pobreza y el desempleo degradan la dignidad del ser humano. Por ello es necesario impulsar un nuevo dinamismo laboral que nos comprometa a todos en favor de un trabajo digno.

Soy también consciente de que la humildad de nuestros recursos materiales no nos permite dar una respuesta global a todos los problemas que se presentan en este momento en nuestra sociedad. Es más, soy consciente de que

[1]_ Conferencia Episcopal Española, Comisión Episcopal de Migraciones, Mensaje de la Jornada Mundial de Migraciones, 18-I-2009.

[2]_ Benedicto XVI, Carta encíclica *Caritas in veritate*, 44

es la sociedad entera, y de manera destacada los poderes públicos, quienes tienen que velar por conseguir esa nueva economía que permita el desarrollo humano integral que tiene que ser su objetivo prioritario. Pero desde esa humildad hemos de aportar nuestro grano de arena a la tarea ingente que hoy nos desafia.

4. No hay verdadero desarrollo sin Dios

Las causas de la grave crisis que padecemos tienen su origen en la pérdida de valores morales: la falta de honradez, la codicia, que es raíz de todos los males (Cf. 1 Tim 6, 10), y la carencia de control de las estructuras financieras, potenciada por la economía globalizada.

En mi primera carta sobre esta crisis os decía: “Ahora bien, más allá de una crisis económico-financiera, estamos viviendo una crisis cultural y espiritual. El Papa Benedicto XVI ha señalado: “La actual crisis económica global debe ser vista como un campo prueba, como un desafío y no sólo como una emergencia a la cual dar respuestas de miras miopes”. De este modo, el Papa propone un nuevo “modelo de desarrollo”, exigido “no sólo por las dificultades financieras inmediatas, sino por el estado de salud ecológica del planeta y –sobre todo— por la crisis cultural y moral, cuyos síntomas son evidentes en todas partes del mundo”.

En su última encíclica el Papa advierte que “el primer capital a salvar y valorar es el hombre, la persona, en su integridad”^[3]. Pablo VI, por su parte, nos recordó que el verdadero desarrollo debe alcanzar a todo el hombre y a todos los hombres^[4]. No podemos cerrarnos en un horizonte terreno, hecho sólo de bienestar material, prescindiendo de los valores morales y del significado trascendente de su vida. El verdadero desarrollo exige personas rectas para erradicar en todo momento la corrupción, la ilegalidad y la sed de poder.

Quiero finalizar esta Carta pastoral haciendo una llamada a las comunidades cristianas y a todos los hombres y mujeres que deseen unirse en un compromiso decidido para salir de la crisis, sabiendo que es prioritaria la conversión del corazón para obtener los cambios sociales^[5]. Os invité el curso pasado a hacer una colecta para Cáritas con motivo de las Primeras Comuniones. En algunas parroquias se hizo otro tanto con motivo de las Confirmaciones y las bodas. Invité también a los Ayuntamientos a rebajar el presupuesto de fiestas e incrementar el de Bienestar Social. Algunas familias entregan el 1% de

[3]– Benedicto XVI, Carta encíclica *Caritas in veritate*, 25.

[4]– Cf. Pablo VI, Carta encíclica *Populorum progressio*, 14.

[5]– Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, 1888.

sus ingresos como un signo de su compromiso con los pobres. Por nuestra parte, los Obispos españoles, a través de Cáritas, hemos entregado el 1,5% del fondo común interdiocesano. Veamos qué nuevas decisiones podemos tomar sobre nuestros gastos como familias y como personas en particular.

Como Iglesia samaritana colaboremos con otras instituciones y organizaciones sociales en la solidaridad con las víctimas de la crisis.

En el Año Santo Compostelano que estamos celebrando pidamos al Señor, por medio del Apóstol Santiago, la luz y la fuerza que necesitamos para dar un valiente testimonio cristiano en el mundo de hoy.

+ Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Mondoñedo-Ferrol

1.3.4. Escrito co gallo da Campaña dos Santos Lugares

SER CRISTIANO EN TIERRA SANTA ES UN MILAGRO

Mis queridos diocesanos:

La 'Iglesia Madre' se ha convertido en la 'Iglesia del Calvario'. A la Iglesia Católica en Tierra Santa se le conoce con el apelativo de Iglesia madre porque el cristianismo, que nació allí, desde ella se extendió a todos los pueblos de la tierra. Pero hoy se ha convertido en la 'Iglesia del Calvario', no sólo porque allí fue crucificado Jesús, sino debido a la violencia que tiene que padecer, a los muros que les separan y debido a que los cristianos son cada vez menos a causa de la emigración forzosa. La situación de los cristianos en Tierra Santa es grave y necesitan ayuda urgente. Aunque parezca mentira, el País de Jesús corre el riesgo de quedarse sin cristianos. Hace un siglo eran el 25 % y hoy no llegan a un 2%. Un cristiano palestino de Belén ha dicho: 'ser cristiano en estas tierras y en estos tiempos es un milagro'.

El mismo Benedicto XVI el año pasado en el mes de mayo visitó Tierra Santa y alentó a los cristianos a seguir y afrontar las enormes dificultades: "los cristianos de Tierra santa, estáis llamados a servir no solo como faro de fe para la Iglesia universal, sino también como fermento de armonía, sabiduría y equilibrio en la vida de una sociedad que ha sido tradicionalmente pluralista y multirreligiosa'.

La Iglesia Católica en Tierra Santa sigue trabajando: "Tenemos 44 escuelas con 22.000 alumnos, un 30 por ciento de ellos musulmanes. Es un diálogo de

vida y un modo de preparar a una generación para el diálogo y la confianza”, recuerda el Patriarca Latino de Jerusalén Mons. Fouad Twal.

“No permitáis que la pérdida de vidas humanas y la destrucción de las que habéis sido testigos despierten resentimiento o amargura en vuestros corazones. Tened el coraje de resistir cualquier tentación que sintáis de recurrir a los actos de violencia o de terrorismo. Por el contrario, dejad que lo que habéis experimentado renueve vuestra determinación de construir la paz”. Los cristianos entienden su vocación como ayudar a construir puentes en vez de levantar muros: “Los cristianos tenemos el coraje de hablar de perdón y de caridad, un lenguaje que no entienden ni los judíos ni los musulmanes. Nosotros podemos hacer de puente entre los dos”, comenta el Patriarca latino. Definitivamente la presencia de los cristianos es vital para construir allí una paz duradera.

La JORNADA A FAVOR DE TIERRA SANTA que celebramos todos los años en el Viernes Santo tiene que ser una oportunidad para informar y sensibilizar. Hay que prestar voz a los pocos cristianos que quedan en Tierra Santa. No olvidemos a estos hermanos nuestros y demostrémosles nuestro amor y nuestro apoyo, también económico, que es el de toda la Iglesia.

Por otra parte, no olvidemos que en estos momentos, una de las ayudas más fuertes son las peregrinaciones. Es un buen camino de apoyo a los cristianos de aquellas tierras y una buena oportunidad de potenciar la fe de los cristianos. Afortunadamente las peregrinaciones van aumentando y muchas de ellas acompañadas por su obispo o su párroco y van representando a la comunidad cristiana de origen.

En esta Jornada por Tierra Santa del 2010 correspondamos generosamente con nuestros bienes materiales en señal de agradecimiento por los bienes espirituales que de ellos hemos recibido.

+Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Mondoñedo-Ferrol

1.4. HOMILÍAS

1.4.1. Homilía na festa de San Xiao, patrono de Ferrol

Celebramos la fiesta de San Julián dentro del Año Sacerdotal convocado por el Papa Benedicto XVI. Creo que es una buena ocasión para que reflexio-

nemos brevemente sobre el sacerdocio común de los fieles, una realidad bastante ignorada dentro del Pueblo de Dios. “La Iglesia entera –enseña el Catecismo de la Iglesia Católica en el nº 1591- es un pueblo sacerdotal. Por el bautismo, todos los fieles participan del sacerdocio de Cristo. Esta participación se llama “sacerdocio común de los fieles”. A partir de este sacerdocio y al servicio del mismo existe otra participación en la misión de Cristo: la del ministerio conferido por el sacramento del Orden, cuya tarea es servir en nombre y en representación de Cristo-Cabeza en medio de la comunidad”.

1. El único sacerdocio de Cristo

Para poder captar en todo su valor el sacerdocio común de los fieles hemos de remontarnos al sacerdocio de Cristo, que sin duda puede ser calificado como de sacerdocio único y nuevo. En efecto, en el NT no se le llama a Jesucristo sacerdote, excepto en el escrito a los Hebreos, donde se nos dice que ha llevado a su consumación los sacerdocios antiguos –pagano y judío- y los ha anulado, para inaugurar un sacerdocio nuevo y vivo. “No quieres sacrificios y ofrendas y me has dado un cuerpo: Aquí estoy para hacer tu voluntad”, dice Jesús al entrar en este mundo. Y sale de él proclamando: “Todo está consumado”, he cumplido la voluntad del Padre hasta el final. El sacerdocio de Cristo consiste, ante todo, en hacer de toda su vida una ofrenda agradable a los ojos de Dios. Cristo es el único “Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec” (Hb 5,10; 6,20), el Sacerdote “santo, inocente, inmaculado” (Hb 7,26), que, “mediante una sola oblación ha llevado a la perfección para siempre a los santificados” (Hb 10,14).

2. El pueblo sacerdotal

Cristo, sumo sacerdote y único mediador, ha hecho de la Iglesia “un Reino de sacerdotes para su Dios y Padre” (Ap 1,6; cf. Ap 5,9-10; 1 P 2,5.9). Toda la comunidad de los creyentes es, como tal, sacerdotal. Los fieles ejercen su sacerdocio bautismal a través de su participación, cada uno según su vocación propia, en la misión de Cristo, Sacerdote, Profeta y Rey. Por los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación los fieles son “consagrados para ser...un sacerdocio santo” (LG 10)

3. ¿Para qué capacita el sacerdocio común de los fieles? ¿Cómo se ejerce concretamente?

La participación en el sacerdocio de Cristo por los sacramentos del bautismo y la confirmación nos permite:

- a) el acceso inmediato a Dios:

En las religiones paganas sólo el sacerdote podía acceder a la divinidad. Al 'santo de los santos' del templo judío sólo accedía el sumo sacerdote una vez al año (Lev 16,2; Heb 9,7). Pues bien, Cristo, con su muerte y resurrección, ha abolido todas las separaciones rituales, los muros y barreras han sido abatidos y ha abierto a todos el acceso al Padre. "Por El tenemos los unos y los otros el poder de acercarnos al Padre en el mismo Espíritu" (Ef. 2, 18).

El cristiano no se queda en el umbral del templo. Todo cristiano, con confianza y sin miedo, puede acercarse a Dios. «Justificados así por la fe, estemos en paz con Dios por Nuestro Señor Jesucristo, por el cual hemos obtenido, en virtud de la fe, el acceso a esta gracia, en la que nos mantenemos y nos gloriamos...» (Rm 5,1 ss.). Con una alusión bien clara a la liturgia del Kippur, es decir, a la expiación, y subrayando aún más el contraste con las limitaciones antiguas, la Carta a los Hebreos nos dice: «Así pues, hermanos, ya que tenemos libre entrada en el santuario gracias a la sangre de Jesús, siguiendo el camino nuevo que El nos inauguró...; acerquémonos con corazón sincero...» (Hb. 10,19-22).

b) anunciar la Palabra de Dios:

«No tendrán ya que instruirse diciéndose unos a otros: ¡Conoced al Señor!, porque me conocerán todos, chicos y grandes, oráculo del Señor», había profetizado Jeremías. Pues bien, el escrito a los Hebreos da cuenta de que este oráculo se cumple en el Nuevo Testamento (Hb. 8, 8-12). Todo cristiano, en cuanto instruido por Dios (1 Jn. 2,27), no puede ni debe conformarse con ser receptor de la Palabra de Dios sino que debe ser su heraldo. Y desde la diversidad de carismas y ministerios. Anunciar la Palabra de Dios no es privilegio de los ministros ordenados. Todos los cristianos tenemos que "anunciar las maravillas del que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable... y estar siempre preparados para dar razón a quien nos la pida de la esperanza que hay en nosotros" (1 Pe. 2, 9.12).

El presidente de Antioquía, Marciano, ordena apresar y encarcelar a Julián y a los que con él residían en el monasterio. Pero Julián no se amedrenta y valientemente profesa su fe en la persecución. Hay expectación en la gente cuando Marciano increpa con solemnidad a Julián:

- Adora a los dioses.
- No hay más Omnipotente que Dios, el Padre nuestro, replica Julián.
- Obedece los decretos del emperador.
- Jesucristo es mi único Cesar.
- ¿Crees en un Crucificado?
- Él tiene escuadrones inmortales.

- Marcharás a la muerte.
- El emperador de Roma también es polvo y en polvo se convertirá.

Con esta valentía anuncia nuestro Patrono al Dios vivo y verdadero frente a los ídolos del mundo.

c) ofrecer sacrificios espirituales:

El Concilio Vaticano II insiste en esta tarea. “Los bautizados son consagrados... para que por medio de todas las obras del hombre cristiano ofrezcan sacrificios espirituales” (LG. 10). Y más adelante: “los fieles lo ejercen (el sacerdocio regio)... con el testimonio de una vida santa, con la abnegación y la caridad operante”. Los sacrificios espirituales son -según Rom. 12,1- la propia vida ofrecida “en sacrificio vivo, santo, acepto a Dios como culto espiritual”. En definitiva, se trata de que el hombre no sólo ofrezca cosas, sino que se entregue a sí mismo como alabanza y acción de gracias por la entrega que Dios le ha hecho de sí mismo en la persona de Cristo. “Todas las obras, oraciones y proyectos apostólicos, la vida conyugal y familiar, el trabajo cotidiano, el descanso de alma y cuerpo, si se realizan en el Espíritu, incluso las molestias de la vida si se sufren pacientemente, se convierten en hostias espirituales aceptables a Dios por Jesucristo (1 Pe. 2,5)” (LG. 34).

d) participar activa, consciente y responsablemente en la liturgia:

En el culto cristiano todos los bautizados toman parte activa y no asisten como meros espectadores. Porque es toda la comunidad cristiana, reunida en asamblea de Dios, la que celebra (SC. 14. 26. 48). Es verdad que no es una comunidad igualitaria, sino que hay diversidad de carismas y ministerios... y esto se refleja, como es evidente, en la celebración litúrgica. Pero este hecho no obsta para que se insista en que, en virtud del sacerdocio común, los fieles laicos no son “extraños y mudos espectadores”, como enseña el Vaticano II (LG. 48).

e) participar en las tribulaciones de Cristo:

No es tarea fácil ni triunfalista ser pueblo de Dios, ser sacerdocio santo. Cierzo que Cristo nos ha prometido la victoria final: Jesús ha dicho que El ha vencido al mundo y sabemos que la victoria que vence al mundo es nuestra fe. Pero no nos ha prometido facilidades, aunque nos haya advertido que del sufrimiento nace la vida. Si a El le persiguieron, a nosotros no nos faltarán persecuciones. “Pues nosotros -asegura san Pablo-, aunque vivos aún, nos vemos siempre entregados a la muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal” (2 Cor. 4, 11-12). Pero constatar en la propia carne esta realidad le lleva a la alegría: “Ahora me alegro de mis pade-

cimientos por vosotros, y voy completando en mi carne lo que le falta a la pasión de Cristo por su cuerpo que es la Iglesia” (Col.1,24). Igualmente S. Pedro recomienda: “...A medida que tomáis parte en los sufrimientos de Cristo alegraros, para que también en la revelación de su gloria saltéis de gozo. Bienaventurados vosotros si sois ultrajados por el nombre de Cristo” (1 Pe. 4, 12-16).

Dios ayuda a los mártires y coloca en los labios de sus escogidos palabras arrolladoras que confunden y vencen a los tiranos. En el relato del martirio de S. Julián, nuestro Patrono, lo podemos comprobar fehacientemente:

- ¿Te ríes de nuestros dioses y de nuestro emperador?, le pregunta el presidente Marciano. Ante los tormentos no habrá bromas ni réplicas.

Y cambiando de táctica, le promete:

- Tus padres, Julián, fueron nobles. Te daremos honores.
- Desde el cielo me miran y me alientan a permanecer en mi religión, contesta el mártir Julián
- El cristianismo es religión de esclavos y adoran a un crucificado. Los nobles no van a la cruz.
- Mi Dios tiene la nobleza de haber derramado toda la sangre por el bien y la salvación de los hombres.
- Basta, Julián. Que te abran dolorosos y profundos surcos sobre tu carne cristiana.

Hemos visto con qué fuerza y convencimiento vivió San Julián, nuestro Patrono, su sacerdocio bautismal. Demos gracias al Señor que nos ha llamado a anunciar las maravillas del que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable y nos da la fuerza de su Espíritu para ser sus testigos en el martirio de cada día.

+ Manuel Sánchez Monge,
Obispo de Mondoñedo-Ferrol

1.5. AXENDA DO BISPO

XANEIRO

7 Xoves
Ferrol

Preside a Eucaristía na Concatedral co gallo da festividade de S. Xiao

8 Venres
Ferrol

Varias audiencias na Domus Ecclesiae

9 Sábado
Ferrol

Confirma a un grupo de rapaces e rapazas na Parroquia do Rosario

Cariño

Confirmacións na Parroquia de S. Bartolomeu

11 Luns – 15 Venres
Madrid

Asiste aos Exercicios Espirituais para bispos da Conferencia Episcopal Española.

16 Sábado
Mondoñedo

Preside a reunión do Consello Pasoral Diocesano

17 Domingo
Santiago de Compostela

Asiste o cursiño vocacional

Luns 18
Celeiro

Preside a reunión dos membros da Pastoral do Mar

Martes 19
Mondoñedo

Reúnese cos curas xoves da Diocese

Mércores 20
Santiago de Compostela

Asiste á reunión dos Delegados Diocesanos de Pastoral Vocacional

Xoves 21
Ourense

Pronuncia unha Conferencia co título “Sacerdotes para o Siglo XXI”

Venres 22 – Luns 25
Viveiro

Realiza a Visita Pastoral a diferentes Parroquias do Arciprestado

Martes 26
Ferrol

Varias audiencias

Mércores 27
Santiago de Compostela

Participa nunha tertulia sobre a Familia

Xoves 28
Ferrol

Preside a reunión dos Arciprestes

Realiza unha ponencia na sé da Fundación Caixa Galicia

Venres 29
Ferrol

Varias audiencias

Sábado 30
Oviedo

Asiste á toma de posesión do novo Arcebispo

A Graña de Vilarente (Abadín)

Preside o funeral no pasamento do Rvdo. D. José M^a Neira Martínez

FEBREIRO

Domingo 31 Xaneiro – Luns 1 Febreiro

Realiza a Visita Pastoral en diversas parroquias do arciprestado de Viveiro

Martes 2

Ferrol

Varias audiencias na Domus Ecclesiae

Preside a Eucaristía na Concatedral de S. Xiao, co gallo da festividade da Vida Consagrada

Mércores 3

Vilalba

Preside a reunión da Delegación de Vocacións

Xoves 4

Ferrol

Varias audiencias na Domus Ecclesiae

Venres 5

Ferrol

Varias audiencias na Domus Ecclesiae

Sábado 6 – Domingo 7

Realiza a Visita Pastoral en diversas parroquias do arciprestado de Viveiro

Luns 8

Ferrol

Varias audiencias na Domus Ecclesiae

Martes 9

Ferrol

Varias audiencias na Domus Ecclesiae

Mércores 10

Ferrol

Conferencia na Universidade baixo o título “Razón y Fe”, organizada pola Delegación Diocesana de Pastoral Universitaria.

Xoves 11

Ferrol

Preside a reunión do Consello de Goberno

Santiago de Compostela

Asiste á peregrinación organizada pola Delegación Diocesana de Pastoral da Saúde

Venres 12 – Luns 15

Realiza a Visita Pastoral a diversas parroquias do arciprestado de Viveiro

Mércores de Ceniza 17

Ferrol

Preside a Eucaristía na Concatedral de S. Xiao

Xoves 18

Viveiro

Retiro sacerdotal de Coresma

Venres 19

Vilalba

Retiro sacerdotal de Coresma

Imparte unha conferencia baixo o título “Ser sacerdotes, hoy”

Domingo 21

Santiago de Compostela

Asiste á reunión dos Delegados Diocesanos de Apostolado Segrar

Luns 22 – Venres 26

Santander

Dirixe os Exercicios Espirituais a un grupo de sacerdotes en Santander.

Sábado 27

Mondoñedo

Preside os actos co gallo da celebración da festividade de S. Rosendo

Domingo 28

Ribadeo

Visita a Comunidade Relixiosa das Clarisas

MARZO

Luns 1

Cervo

Reúnese cos curas xoves da Diocese

Martes 2

Mondoñedo

Dirixe o retiro ós sacerdotes diocesanos

Mércores 3

Santiago de Compostela

Reúnese cos delegados diocesanos de Pastoral Vocacional

A Coruña

Visita a comunidade das Fillas da Natividade e asiste á Conferencia que imparte D. Segundo Pérez López

Xoves 4

Ferrol

Visita as dependencias da Cociña Económica

Venres 5
Ferrol

Asiste ao Pregón da Semana Santa, que este ano ten como pregoeiro o Emmo. Sr. D. Carlos Amigo, cardeal e arcebispo emerito de Sevilla.

Sábado 6
Samos

Dirixe un retiro ós Delegados Diocesanos e arciprestes lucenses

Domingo 7 – Martes 9
Viveiro

Realiza a Visita Pastoral á Parroquia de S. Francisco

Xoves 11
Pontevedra

Imparte unha conferencia sobre o Irmán Rafael

Venres 12 – Martes 16
Cervo

Realiza a Visita Pastoral a Unidade Pastoral

Mércores 17
Miño

Visita a comunidade das Servidoras do Evanxeo

Santiago de Compostela

Participa na presentación dunha película en DVD de carácter vocacional

Xoves 18
Lugo

Asiste á inauguración, tras as obras realizadas, do Seminario Lucense.

Venres 19 – Domingo 21
Córdoba

Asiste á toma de posesión do novo Bispo

Luns 22
Ferrol

Dirixe o retiro ós sacerdotes

Martes 23
Mondoñedo

Varias audiencias no Bispado

Mércores 24
Ferrol

Preside a reunión do Consello de Goberno

Xoves 25
Ferrol

Preside os actos co gallo do Día da Oración pola vida

Asiste á presentación dun DVD sobre a Semana Santa Ferrolá

Venres 26
Ferrol

Preside los actos conmemorativos dos 25 anos de ESTUDIOS MINDONIENSES e asiste á presentación do nº 25 da devandita publicación diocesana.

Sábado 27
Chavín

Realiza a Visita Pastoral

Domingo 28
Mondoñedo

Participa na procesión do Domingo de Ramos e preside a Eucaristía na Catedral

Luns 29
Mondoñedo

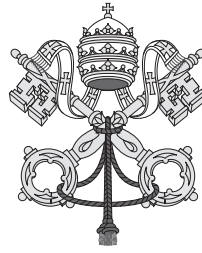
Varias audiencias no Bispado

Martes 30
Mondoñedo

Preside a Misa Crismal na Catedral

Mércores 31
Ferrol

Varias audiencias na Domus Ecclesiae



-
- 2.1. MENSAXE DO PAPA BENEDICTO XVI PARA A XLVII XORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POLAS VOCACIONS.
 - 2.2. MENSAJE DO SANTO PADRE BENEDICTO XVI PARA A CORESMA 2010

2. SANTA SÉ

2.1. MENSAXE DO PAPA BENEDICTO XVI PARA A XLVII XORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POLAS VOCACIONS.

25 DE ABRIL DE 2010 – IV DOMINGO DE PASCUA

Tema: El testimonio suscita vocaciones

Venerados Hermanos en el Episcopado y en el Sacerdocio; queridos hermanos y hermanas

La 47 Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, que se celebrará en el IV domingo de Pascua, domingo del “Buen Pastor”, el 25 de abril de 2010, me ofrece la oportunidad de proponer a vuestra reflexión un tema en sintonía con el Año Sacerdotal: *El testimonio suscita vocaciones*. La fecundidad de la propuesta vocacional, en efecto, depende primordialmente de la acción gratuita de Dios, pero, como confirma la experiencia pastoral, está favorecida también por la cualidad y la riqueza del testimonio personal y comunitario de cuantos han respondido ya a la llamada del Señor en el ministerio sacerdotal y en la vida consagrada, puesto que su testimonio puede suscitar en otros el deseo de corresponder con generosidad a la llamada de Cristo. Este tema está, pues, estrechamente unido a la vida y a la misión de los sacerdotes y de los consagrados. Por tanto, quisiera invitar a todos los que el Señor ha llamado a trabajar en su viña a renovar su fiel respuesta, sobre todo en este Año Sacerdotal, que he convocado con ocasión del 150 aniversario de la muerte de san Juan María Vianney, el Cura de Ars, modelo siempre actual de presbítero y de párroco.

Ya en el Antiguo Testamento los profetas eran conscientes de estar llamados a dar testimonio con su vida de lo que anunciaban, dispuestos a afrontar incluso la incomprensión, el rechazo, la persecución. La misión que Dios les había confiado los implicaba completamente, como un incontenible “fuego ardiente” en el corazón (cf. Jr 20, 9), y por eso estaban dispuestos a entregar al Señor no solamente la voz, sino toda su existencia. En la plenitud de los tiempos, será Jesús, el enviado del Padre (cf. Jn 5, 36), el que con su misión dará testimonio del amor de Dios hacia todos los hombres, sin distinción, con especial atención a los últimos, a los pecadores, a los marginados, a los pobres. Él es el Testigo por excelencia de Dios y de su deseo de que todos se salven. En la aurora de los tiempos nuevos, Juan Bautista, con una vida enteramente entregada a preparar el camino a Cristo, da testimonio de que en el Hijo de María de Nazaret se cumplen las promesas de Dios. Cuando lo ve acercarse al río Jordán,

donde estaba bautizando, lo muestra a sus discípulos como “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (*Jn 1, 29*). Su testimonio es tan fecundo, que dos de sus discípulos “oyéndole decir esto, siguieron a Jesús” (*Jn 1, 37*).

También la vocación de Pedro, según escribe el evangelista Juan, pasa a través del testimonio de su hermano Andrés, el cual, después de haber encontrado al Maestro y haber respondido a la invitación de permanecer con Él, siente la necesidad de comunicarle inmediatamente lo que ha descubierto en su “permanecer” con el Señor: “Hemos encontrado al Mesías —que quiere decir Cristo— y lo llevó a Jesús” (*Jn 1, 41-42*). Lo mismo sucede con Natanael, Bartolomé, gracias al testimonio de otro discípulo, Felipe, el cual comunica con alegría su gran descubrimiento: “Hemos encontrado a aquel de quien escribió Moisés, en el libro de la ley, y del que hablaron los Profetas: es Jesús, el hijo de José, el de Nazaret” (*Jn 1, 45*). La iniciativa libre y gratuita de Dios encuentra e interpela la responsabilidad humana de cuantos acogen su invitación para convertirse con su propio testimonio en instrumentos de la llamada divina. Esto acontece también hoy en la Iglesia: Dios se sirve del testimonio de los sacerdotes, fieles a su misión, para suscitar nuevas vocaciones sacerdotales y religiosas al servicio del Pueblo de Dios. Por esta razón deseo señalar tres aspectos de la vida del presbítero, que considero esenciales para un testimonio sacerdotal eficaz.

Elemento fundamental y reconocible de toda vocación al sacerdocio y a la vida consagrada es la amistad con Cristo. Jesús vivía en constante unión con el Padre, y esto era lo que suscitaba en los discípulos el deseo de vivir la misma experiencia, aprendiendo de Él la comunión y el diálogo incesante con Dios. Si el sacerdote es el “hombre de Dios”, que pertenece a Dios y que ayuda a conocerlo y amarlo, no puede dejar de cultivar una profunda intimidad con Él, permanecer en su amor, dedicando tiempo a la escucha de su Palabra. La oración es el primer testimonio que suscita vocaciones. Como el apóstol Andrés, que comunica a su hermano haber conocido al Maestro, igualmente quien quiere ser discípulo y testigo de Cristo debe haberlo “visto” personalmente, debe haberlo conocido, debe haber aprendido a amarlo y a estar con Él.

Otro aspecto de la consagración sacerdotal y de la vida religiosa es el don total de sí mismo a Dios. Escribe el apóstol Juan: “En esto hemos conocido lo que es el amor: en que él ha dado su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos” (*1 Jn 3, 16*). Con estas palabras, el apóstol invita a los discípulos a entrar en la misma lógica de Jesús que, a lo largo de su existencia, ha cumplido la voluntad del Padre hasta el don supremo de sí mismo en la cruz. Se manifiesta aquí la misericordia de Dios en toda su plenitud; amor misericordioso que ha vencido las tinieblas del mal, del pecado y de la muerte. La imagen de Jesús que en la Última Cena se levanta

de la mesa, se quita el manto, toma una toalla, se la ciñe a la cintura y se inclina para lavar los pies a los apóstoles, expresa el sentido del servicio y del don manifestados en su entera existencia, en obediencia a la voluntad del Padre (cfr *Jn* 13, 3-15). Siguiendo a Jesús, quien ha sido llamado a la vida de especial consagración debe esforzarse en dar testimonio del don total de sí mismo a Dios. De ahí brota la capacidad de darse luego a los que la Providencia le confíe en el ministerio pastoral, con entrega plena, continua y fiel, y con la alegría de hacerse compañero de camino de tantos hermanos, para que se abran al encuentro con Cristo y su Palabra se convierta en luz en su sendero. La historia de cada vocación va unida casi siempre con el testimonio de un sacerdote que vive con alegría el don de sí mismo a los hermanos por el Reino de los Cielos. Y esto porque la cercanía y la palabra de un sacerdote son capaces de suscitar interrogantes y conducir a decisiones incluso definitivas (cf. Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal, *Pastores dabo vobis*, 39).

Por último, un tercer aspecto que no puede dejar de caracterizar al sacerdote y a la persona consagrada es el vivir la comunión. Jesús indicó, como signo distintivo de quien quiere ser su discípulo, la profunda comunión en el amor: “Por el amor que os tengáis los unos a los otros reconocerán todos que sois discípulos míos” (*Jn* 13, 35). De manera especial, el sacerdote debe ser hombre de comunión, abierto a todos, capaz de caminar unido con toda la grey que la bondad del Señor le ha confiado, ayudando a superar divisiones, a reparar fracturas, a suavizar contrastes e incomprendiones, a perdonar ofensas. En julio de 2005, en el encuentro con el Clero de Aosta, tuve la oportunidad de decir que si los jóvenes ven sacerdotes muy aislados y tristes, no se sienten animados a seguir su ejemplo. Se sienten indecisos cuando se les hace creer que ése es el futuro de un sacerdote. En cambio, es importante llevar una vida indivisa, que muestre la belleza de ser sacerdote. Entonces, el joven dirá: “sí, este puede ser un futuro también para mí, así se puede vivir” (*Insegnamenti* I, [2005], 354). El Concilio Vaticano II, refiriéndose al testimonio que suscita vocaciones, subraya el ejemplo de caridad y de colaboración fraterna que deben ofrecer los sacerdotes (cf. *Optatam totius*, 2).

Me es grato recordar lo que escribió mi venerado Predecesor Juan Pablo II: “La vida misma de los presbíteros, su entrega incondicional a la grey de Dios, su testimonio de servicio amoroso al Señor y a su Iglesia —un testimonio sellado con la opción por la cruz, acogida en la esperanza y en el gozo pascual—, su concordia fraterna y su celo por la evangelización del mundo, son el factor primero y más persuasivo de fecundidad vocacional” (*Pastores dabo vobis*, 41). Se podría decir que las vocaciones sacerdotales nacen del contacto con los sacerdotes, casi como un patrimonio precioso comunicado con la palabra, el ejemplo y la vida entera.

Esto vale también para la vida consagrada. La existencia misma de los religiosos y de las religiosas habla del amor de Cristo, cuando le siguen con plena fidelidad al Evangelio y asumen con alegría sus criterios de juicio y conducta. Llegan a ser “signo de contradicción” para el mundo, cuya lógica está inspirada muchas veces por el materialismo, el egoísmo y el individualismo. Su fidelidad y la fuerza de su testimonio, porque se dejan conquistar por Dios renunciando a sí mismos, sigue suscitando en el alma de muchos jóvenes el deseo de seguir a Cristo para siempre, generosa y totalmente. Imitar a Cristo casto, pobre y obediente, e identificarse con Él: he aquí el ideal de la vida consagrada, testimonio de la primacía absoluta de Dios en la vida y en la historia de los hombres.

Todo presbítero, todo consagrado y toda consagrada, fieles a su vocación, transmiten la alegría de servir a Cristo, e invitan a todos los cristianos a responder a la llamada universal a la santidad. Por tanto, para promover las vocaciones específicas al ministerio sacerdotal y a la vida religiosa, para hacer más vigoroso e incisivo el anuncio vocacional, es indispensable el ejemplo de todos los que ya han dicho su “sí” a Dios y al proyecto de vida que Él tiene sobre cada uno. El testimonio personal, hecho de elecciones existenciales y concretas, animará a los jóvenes a tomar decisiones comprometidas que determinen su futuro. Para ayudarles es necesario el arte del encuentro y del diálogo capaz de iluminarles y acompañarles, a través sobre todo de la ejemplaridad de la existencia vivida como vocación. Así lo hizo el Santo Cura de Ars, el cual, siempre en contacto con sus parroquianos, “enseñaba, sobre todo, con el testimonio de su vida. De su ejemplo aprendían los fieles a orar” (*Carta para la convocación del Año Sacerdotal*, 16 junio 2009).

Que esta Jornada Mundial ofrezca de nuevo una preciosa oportunidad a muchos jóvenes para reflexionar sobre su vocación, entregándose a ella con sencillez, confianza y plena disponibilidad. Que la Virgen María, Madre de la Iglesia, custodie hasta el más pequeño germen de vocación en el corazón de quienes el Señor llama a seguirle más de cerca, hasta que se convierta en árbol frondoso, colmado de frutos para bien de la Iglesia y de toda la humanidad. Rezo por esta intención, a la vez que imparto a todos la Bendición Apostólica.

Vaticano, 13 de noviembre de 2009

BENEDICTUS PP. XVI

2.2 MENSAJE DO SANTO PADRE BENEDICTO XVI PARA A CORESMA 2010

«La justicia de Dios se ha manifestado por la fe en Jesucristo» (cf. Rm 3,21-22)

Queridos hermanos y hermanas:

Cada año, con ocasión de la Cuaresma, la Iglesia nos invita a una sincera revisión de nuestra vida a la luz de las enseñanzas evangélicas. Este año quiero proponeros algunas reflexiones sobre el vasto tema de la justicia, partiendo de la afirmación paulina: «La justicia de Dios se ha manifestado por la fe en Jesucristo» (cf. Rm 3,21-22).

Justicia: “dare cuique suum”

Me detengo, en primer lugar, en el significado de la palabra “justicia”, que en el lenguaje común implica “dar a cada uno lo suyo” - “*dare cuique suum*”, según la famosa expresión de Ulpiano, un jurista romano del siglo III. Sin embargo, esta clásica definición no aclara en realidad en qué consiste “lo suyo” que hay que asegurar a cada uno. Aquello de lo que el hombre tiene más necesidad no se le puede garantizar por ley. Para gozar de una existencia en plenitud, necesita algo más íntimo que se le puede conceder sólo gratuitamente: podríamos decir que el hombre vive del amor que sólo Dios, que lo ha creado a su imagen y semejanza, puede comunicarle. Los bienes materiales ciertamente son útiles y necesarios (es más, Jesús mismo se preocupó de curar a los enfermos, de dar de comer a la multitud que lo seguía y sin duda condena la indiferencia que también hoy provoca la muerte de centenares de millones de seres humanos por falta de alimentos, de agua y de medicinas), pero la justicia “distributiva” no proporciona al ser humano todo “lo suyo” que le corresponde. Este, además del pan y más que el pan, necesita a Dios. Observa san Agustín: si “la justicia es la virtud que distribuye a cada uno lo suyo... no es justicia humana la que aparta al hombre del verdadero Dios” (*De Civitate Dei*, XIX, 21).

¿De dónde viene la injusticia?

El evangelista Marcos refiere las siguientes palabras de Jesús, que se sitúan en el debate de aquel tiempo sobre lo que es puro y lo que es impuro: “Nada hay fuera del hombre que, entrando en él, pueda contaminarle; sino lo que sale del hombre, eso es lo que contamina al hombre... Lo que sale del hombre, eso es lo que contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen las intenciones malas” (*Mc* 7,15. 20-21). Más allá de la cuestión inmediata relativa a los alimentos, podemos ver en la reacción de los fariseos una tentación permanente del hombre: la de identificar el origen del

mal en una causa exterior. Muchas de las ideologías modernas tienen, si nos fijamos bien, este presupuesto: dado que la injusticia viene “de fuera”, para que reine la justicia es suficiente con eliminar las causas exteriores que impiden su puesta en práctica. Esta manera de pensar advierte Jesús es ingenua y miope. La injusticia, fruto del mal, no tiene raíces exclusivamente externas; tiene su origen en el corazón humano, donde se encuentra el germen de una misteriosa convivencia con el mal. Lo reconoce amargamente el salmista: “Mira, en la culpa nací, pecador me concibió mi madre” (*Sal* 51,7). Sí, el hombre es frágil a causa de un impulso profundo, que lo mortifica en la capacidad de entrar en comunión con el prójimo. Abierto por naturaleza al libre flujo del compartir, siente dentro de sí una extraña fuerza de gravedad que lo lleva a replegarse en sí mismo, a imponerse por encima de los demás y contra ellos: es el egoísmo, consecuencia de la culpa original. Adán y Eva, seducidos por la mentira de Satanás, aferrando el misterioso fruto en contra del mandamiento divino, sustituyeron la lógica del confiar en el Amor por la de la sospecha y la competición; la lógica del recibir, del esperar confiado los dones del Otro, por la lógica ansiosa del aferrar y del actuar por su cuenta (cf. *Gn* 3,1-6), experimentando como resultado un sentimiento de inquietud y de incertidumbre. ¿Cómo puede el hombre librarse de este impulso egoísta y abrirse al amor?

Justicia y Sedaqad

En el corazón de la sabiduría de Israel encontramos un vínculo profundo entre la fe en el Dios que “levanta del polvo al desvalido” (*Sal* 113,7) y la justicia para con el prójimo. Lo expresa bien la misma palabra que en hebreo indica la virtud de la justicia: *sedaqad*. En efecto, *sedaqad* significa, por una parte, aceptación plena de la voluntad del Dios de Israel; por otra, equidad con el prójimo (cf. *Ex* 20,12-17), en especial con el pobre, el forastero, el huérfano y la viuda (cf. *Dt* 10,18-19). Pero los dos significados están relacionados, porque dar al pobre, para el israelita, no es otra cosa que dar a Dios, que se ha apiadado de la miseria de su pueblo, lo que le debe. No es casualidad que el don de las tablas de la Ley a Moisés, en el monte Sinaí, suceda después del paso del Mar Rojo. Es decir, escuchar la Ley presupone la fe en el Dios que ha sido el primero en “escuchar el clamor” de su pueblo y “ha bajado para librarle de la mano de los egipcios” (cf. *Ex* 3,8). Dios está atento al grito del desdichado y como respuesta pide que se le escuche: pide justicia con el pobre (cf. *Si* 4,4-5.8-9), el forastero (cf. *Ex* 20,22), el esclavo (cf. *Dt* 15,12-18). Por lo tanto, para entrar en la justicia es necesario salir de esa ilusión de autosuficiencia, del profundo estado de cerrazón, que es el origen de nuestra injusticia. En otras palabras, es necesario un “éxodo” más profundo que el que Dios obró con Moisés, una liberación del corazón, que la palabra de la Ley, por sí sola, no tiene el poder de realizar. ¿Existe, pues, esperanza de justicia para el hombre?

Cristo, justicia de Dios

El anuncio cristiano responde positivamente a la sed de justicia del hombre, como afirma el Apóstol Pablo en la *Carta a los Romanos*: "Ahora, independientemente de la ley, la justicia de Dios se ha manifestado... por la fe en Jesucristo, para todos los que creen, pues no hay diferencia alguna; todos pecaron y están privados de la gloria de Dios, y son justificados por el don de su gracia, en virtud de la redención realizada en Cristo Jesús, a quien exhibió Dios como instrumento de propiciación por su propia sangre, mediante la fe, para mostrar su justicia (*Rm 3,21-25*).

¿Cuál es, pues, la justicia de Cristo? Es, ante todo, la justicia que viene de la gracia, donde no es el hombre que repara, se cura a sí mismo y a los demás. El hecho de que la "propiciación" tenga lugar en la "sangre" de Jesús significa que no son los sacrificios del hombre los que le libran del peso de las culpas, sino el gesto del amor de Dios que se abre hasta el extremo, hasta aceptar en sí mismo la "maldición" que corresponde al hombre, a fin de transmitirle en cambio la "bendición" que corresponde a Dios (cf. *Ga 3,13-14*). Pero esto suscita en seguida una objeción: ¿qué justicia existe dónde el justo muere en lugar del culpable y el culpable recibe en cambio la bendición que corresponde al justo? Cada uno no recibe de este modo lo contrario de "lo suyo"? En realidad, aquí se manifiesta la justicia divina, profundamente distinta de la humana. Dios ha pagado por nosotros en su Hijo el precio del rescate, un precio verdaderamente exorbitante. Frente a la justicia de la Cruz, el hombre se puede rebelar, porque pone de manifiesto que el hombre no es un ser autárquico, sino que necesita de Otro para ser plenamente él mismo. Convertirse a Cristo, creer en el Evangelio, significa precisamente esto: salir de la ilusión de la autosuficiencia para descubrir y aceptar la propia indigencia, indigencia de los demás y de Dios, exigencia de su perdón y de su amistad.

Se entiende, entonces, como la fe no es un hecho natural, cómodo, obvio: hace falta humildad para aceptar tener necesidad de Otro que me libere de lo "mío", para darme gratuitamente lo "suyo". Esto sucede especialmente en los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. Gracias a la acción de Cristo, nosotros podemos entrar en la justicia "más grande", que es la del amor (cf. *Rm 13,8-10*), la justicia de quien en cualquier caso se siente siempre más deudor que acreedor, porque ha recibido más de lo que podía esperar.

Precisamente por la fuerza de esta experiencia, el cristiano se ve impulsado a contribuir a la formación de sociedades justas, donde todos reciban lo necesario para vivir según su propia dignidad de hombres y donde la justicia sea vivificada por el amor.

Queridos hermanos y hermanas, la Cuaresma culmina en el Triduo Pascual, en el que este año volveremos a celebrar la justicia divina, que es plenitud de caridad, de don y de salvación. Que este tiempo penitencial sea para todos los cristianos un tiempo de auténtica conversión y de intenso conocimiento del misterio de Cristo, que vino para cumplir toda justicia. Con estos sentimientos, os imparto a todos de corazón la bendición apostólica.

Vaticano, 30 de octubre de 2009

BENEDICTUS PP. XVI

3.1. NOTA DE PRENSA FINAL DA CCXV REUNIÓN
DA COMISIÓN PERMANENTE DA CONFERENCIA
EPISCOPAL ESPAÑOLA

3. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

3.1. NOTA DE PRESNSA FINAL DA CCXV REUNIÓN DA COMISIÓN PERMANENTE DE CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

La Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española (CEE) ha celebrado su CCXV reunión los días 23 y 24 de febrero de 2010.

Situación actual de la Enseñanza en España

El Obispo de Segorbe-Castellón y Presidente de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, Mons. D. **Casimiro López Llorente**, ha presentado a la Permanente un informe sobre la situación de la Enseñanza en España. Este informe ha servido para iniciar una reflexión que continuará en la reunión de la próxima Plenaria.

Además, la Comisión Permanente ha estudiado el borrador de documento “Propuesta de coordinación de la transmisión de la fe en la familia, la parroquia y la escuela”, presentado también por la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis. El documento volverá a la Comisión Permanente, una vez que se incorporen las aportaciones hechas por los obispos.

Congreso Eucarístico Nacional y Encuentro sobre Pastoral de Juventud

La Permanente ha aprobado que pase a la Asamblea Plenaria un Mensaje de la Conferencia Episcopal Española con motivo del Congreso Eucarístico Nacional que se celebrará en Toledo del 27 al 30 del próximo mes de mayo, organizado por la diócesis toledana en colaboración con la CEE. El Congreso es una de las acciones previstas en el Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española (2006-2010), que lleva por título “Yo soy el pan de vida (Jn 6, 35). Vivir de la Eucaristía”.

Además, se ha aprobado también la celebración de un Encuentro sobre Pastoral de Juventud, de cara a la preparación de la JMJ 2011 que se celebrará en Madrid. La decisión se ha tomado a partir de una propuesta de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar que preside el Arzobispo de Santiago de Compostela, Mons. D. **Julián Barrio Barrio**.

Otros temas

Los obispos han aprobado el orden del día de la XCIV Asamblea Plenaria, que se celebrará del 19 al 23 de abril. Como es habitual, las Comisiones Epis-

copales han informado sobre el cumplimiento del Plan Pastoral y se han revisado distintos asuntos de seguimiento.

Nombramientos

Rvdo. D. Pedro Carpintero Organero, sacerdote de la Archidiócesis de Toledo, como Consiliario Nacional del *“Movimiento Familiar Cristiano (MFC)”*.

Rvdo. D. Jesús Vidal Chamorro, sacerdote de la Archidiócesis de Madrid, como Vice-Consiliario Nacional de *“Manos Unidas”*.

Rvdo. D. José Mario Vázquez Carballo, sacerdote de la Diócesis de Lugo, como Consiliario General-Nacional de la *“Adoración Real Perpetua y Universal al Santísimo Sacramento (ARPU)”*.

Rvdo. D. Julián Luis Díez González, sacerdote de la Archidiócesis de Zaragoza, como Consiliario Nacional de la *“Asociación Católica de Ciegos Españoles (CECO)”*.

D^a Noelia del Pilar Palacios Hermida, laica de la Archidiócesis de Barcelona, como Presidenta Nacional del *“Movimiento Scout Católico (MSC)”*.

Rvdo. D. Agustín Hevia Ballina, sacerdote de la Archidiócesis de Oviedo, como Presidente de la *“Asociación de Archiveros de la Iglesia en España”*.

Rvdo. D. Juan Robles Diosdado, sacerdote de la diócesis de Salamanca, como Presidente de la *“Asociación de Sacerdotes de la OCSHA”*.

Sobre la nueva Ley del aborto

Una vez finalizados los trabajos de la Comisión Permanente, se ha tenido conocimiento de la aprobación definitiva, en el Senado, de la nueva Ley del aborto.

Como se afirmaba en la *Declaración sobre el Anteproyecto de “Ley del aborto”*: *atentar contra la vida de los que van a nacer, convertido en “derecho”*, publicado por la Comisión Permanente el 17 de junio de 2009, la nueva Ley *“supone un serio retroceso en la protección del derecho a la vida de los que van a nacer, un mayor abandono de las madres gestantes y, en definitiva, un daño muy serio para el bien común”*.

Es importante que ahora se vuelva a leer la Declaración en su totalidad. En ella se recuerda que las mujeres tentadas de abortar o las que ya han pasado

por esa tragedia “encontrarán siempre en la comunidad católica el hogar de la misericordia y del consuelo. Como madre, la Iglesia comprende sus dificultades y nunca las dejará solas”.

La próxima Jornada a favor de la Vida, que se celebrará el 25 de marzo, es una ocasión para continuar con la hermosa tarea de fortalecer la conciencia de todos acerca del respeto que merece el derecho a la vida de los que van a nacer.



4.1. CHANCELERÍA SECRETARÍA XERAL

4.1.1. Nomeamentos

4.2. CONSELLO PRESBITERAL DIOCESANO

4.2.1. Convocatoria de xuntanza

4.2.2. Acta da LXXIX reunión

4.3. SERVICIO DIOCESANO DE COMUNICACIÓN

4.3.1. Nota informativa

4.4. DELEGACION DO CLERO

4.4.1. Carta do Delegado

4.4.2. Carta do Delegado a todos os sacerdotes

4. IGREXA DIOCESANA

4.1. CHANCELERÍA SECRETARÍA XERAL

4.1.1. Nomeamentos

O Excmo, e Rvdm. Sr. Bispo da Diocese, S. E. Monseñor Manuel Sánchez Monge, efectuou os seguintes nomeamentos:

- Rvdo. Sr. D. Javier Santiago Sanmartín, como Consiliario da Acción Católica Xeral na Diocese de Mondoñedo-Ferrol.
- D. Raúl Terradillos Fernández, como Presidente da Acción Católica Xeral na Diocese de Mondoñedo-Ferrol.
- D. Eduardo Máiz Vázquez, como Prsidente da Sección Diocesana da Adoración Noturna Española (ANE), na Diocese de Mondoñedo-Ferrol.

Tamén o sacerdote diocesano, Ilmo. Sr. D. Segundo Leonardo Pérez López foi nomeado Capellán Maxistral da Soberana Orde de Malta

4.2. CONSELLO PRESBITERAL

4.2.1. Convocatoria de xuntanza

16 de novembro do 2009

A TODOS OS MEMBROS DO CONSELLO PRESBITERAL

Moi estimado amigo e Conselleiro:

Recibe moi cordial saúdo e os meus millores desexos.

Con estas letras quero convocarte para a reunión de Consello Presbiteral que terá lugar o

Día: **10 de decembro do 2009, xoves.**
Hora: **10,30 da mañá.**
Lugar: **Domus Ecclesiae.Salón PISO 1º. FERROL.**

Así o acordou Comisión Permanente na reunión presidida polo Sr. Bispo, D. Manuel Sánchez Monge e celebrada no día 9 de novembro na Domus Ecclesiae de Ferrol.

Fixouse a seguinte **ORDE DO DÍA**:

- 1.- REFLEXIÓN TEOLÓXICA NO ANO SACERDOTAL, tendo como referencia a Exhortación Postsinodal "PASTORES DABO VOBIS" de Juan Pablo II.(1992). Teoloxía e espiritualidade cara a fraternidade sacerdotal e cara a promoción pastoral dos leigos.
- 2.- Acollida e valoración persoal e comunitario-pastoral do DIRECTORIO PARA A INICIACIÓN CRISTIÁ.
- 3.- ESCOLA DIOCESANA DE AXENTES DE PASTORAL. Presentación, análise, programación dos cursos e dos temarios, posibilidades, melloras e suxerencias...
- 4.- PASTORAL VOCACIONAL e SEMINARIO: Clarificación de dudas, proxectos, posibilidades e propostas de futuro.
- 5.- Comunicacions, rogos e preguntas.

De todas estas propostas, podeades comentalas nas reunións arceprestais para unha millor constancia do parecer de todos.

Recórdase a todos os Sres. Conselleiros a obriga da asistencia as reunións, fora de causa grave. Espero que poidas estar presente o día 10, xoves, na Domus Ecclesiae de Ferrol.

Recibe moi cordial e fraterna aberta, con lembranzas e oracións.

a/ Rafael Lombardero García

4.2.2. Acta da LXXIX reunión

O día 15 de xuño de 2009 reuniuse en Mondoñedo, no salón de reunións do Bispado, o Consello Presbiteral Diocesano, presidido polo Sr. Bispo, Mons. D. Manuel Sánchez Monge. Despois do saúdo de benvida do Sr. Bispo, deu comezo a reunión cunha breve oración.

Seguidamente, presentou o Sr. Bispo os obxectivos do Ano Sacerdotal, sinalando os seguintes: -descubrir a beleza do ministerio sacerdotal e do sacerdocio; -profundizar na espiritualidade sacerdotal con especial referencia aos exercicios espirituais e a intensificar os retiros mensuais; -formación misioneira do ministerio; -fidelidade e adhesión de amor a Cristo;-celebracións relixiosas por parte das comunidades en honra a sacerdotes; -dispoñibilidade para as Unidades Pastorais; -promoción de vocacións ao ministerio; -acollida do decreto para o ministerio e a vida dos presbíteros; -un ano de oración –por, -con e -para os sacerdotes. Sinálase como Día mundial a celebrar na Festa do Sacro Corazón de Jesús, en 2010. Lembrou as indulxencias concedidas con motivo do Ano Santo Sacerdotal, conforme as normas actuais da Igrexa. Fixo, finalmente, referencia ao Decreto conciliar sobre o ministerio e vida dos Presbíteros (1965) e á Exhortación postsinodal “Pastores dabo vobis”, de Xoán Paulo II (1992).

Procedeuse logo á lectura da Acta da anterior reunión que quedou aprobada na súa redacción.

Seguindo a Orde do día, o Sr. Secretario de Pastoral, D. Carlos Miranda Trevín, referiuse ao Plan Pastoral nos tres aspectos: -o Ano Paulino, -a Eucaristía e -o Domingo, día do Señor; fixo tamén referencia ás Escolas de formación.

Pasando á avaliación: 1.- Do Ano Paulino sinalouse o seguinte:

tratáronse os temas propostos con asiduidade, positivamente, en reunións mensuais por parte da Delegación do Clero, para os sacerdotes; cos seglares, houbo charlas e conferencias nalgúns zonas.

2.-O tema da Eucaristía foi menos tratado e nas últimas semanas de Pascua; nalgúns lugares celebráronse xoves sacerdotais e noutros, o culto á Eucaristía, con exposición fóra da Misa e con celebración de horas litúrxicas de laudes ou vésperas. Nalgún arciprestazgo sinalouse como tema para os Retiros sacerdotais. Sinálase, finalmente, a deficiente e tardía distribución dos materiais referentes ao Domingo, o día do Señor.

Pídese mellorar os materiais, crear, formar e coidar os grupos litúrxicos así como continuar a campaña ao longo do ano nas catequese e con monicións sobre a Eucaristía, preparando ben as homilías, os cantos e coidando as celebracións litúrxicas dominicais, de funerais e aniversarios de acordo coas normas do Misal e Rituais.

Polo que se refire ás Cáritas indícase que existe interese por parte de todos, sacerdotes e seglares, na creación, potenciación e consolidación no plano parroquial, interparroquial e arciprestal.

Tratáronse tamén outras referencias tangenciais neste apartado, como os retiros e reunións sacerdotais mensuais, a visita pastoral como aliciente catequético-pastoral, as charlas para os seglares sobre San Paulo e sobre a Eucaristía, as convivencias arciprestales con excursións, as convivencias-retiro de oración de sacerdotes e seglares, as reunións de programación conxunta arciprestal para o curso pastoral...

Insistiuse tamén na necesidade de “priorizar” á hora da programación, tendo en conta o que se está facendo cada ano, para non esquecerlo logo: pastoral familiar e ano de San Rosendo (2008), tema litúrxico e ano de San Pablo ((2009), ano sacerdotal e laicado (2010),... tendo todo como algo transversal, confluindo varios temas, pero non para substituír nin anular.

Resume o Sr. Bispo sinalando como o Plan Pastoral indica o camiñar da Diocese coordinando varias programacións dos arciprestazgos e parroquias.

Despois dun breve descanso, retómase a Orde do día co tema da Pastoral Vocacional. Recomenda o Sr. Bispo varios camiños, para a reflexión persoal e tamén orientacións cara ás familias, os mozos, os confirmandos, os profesores de relixión, os catequistas e os monaguillos, así como algunhas iniciativas vocacionais realizadas nalgunhas dioceses. Tamén sinalou a oportuna coordinación das Delegacións de Familia, Vocacións e Mocidade nesta tarefa.

Outro tema a tratar era o do Directorio para a Iniciación Cristiá.

Explicou o Sr. Vicario Xeneral, Don Antonio Rodríguez Basanta, o itinerario seguido nas dúas redaccións sucesivas, coas incorporacións suxeridas desde os Arciprestazgos e grupos, e coa elaboración conxunta coas Delegacións de Pastoral, Liturxia e Catequese. Aprobado tamén polo Consello Presbiteral pasa ao Sr. Bispo para a súa promulgación oficial e estará editado e dispoñible para o comezo do Curso 2009-2010.

Ano Sacerdotal. Pedíanse propostas para a súa celebración. O Sr. Bispo suxire varios temas: Beleza do Sacerdocio, Espiritualidade sacerdotal, Misión e ministerios, celebración de Xornadas sacerdotais nas comunidades parroquiais, que sexa un “Ano de oración POR-CON-e DOS sacerdotes”.

Outras achegas dos Conselleiros concretáronse no seguinte:

- + acentuar unhas liñas de actuación -na espiritualidade, -na formación e -na misión, seguindo os documentos da Igrexa.
- + recuperar a “memoria” dos sacerdotes diocesanos., a través de Dumio ou doutras publicacións.
- + valorar o “ser” do sacerdote, non tanto o “facér”.
- + referencia na Diocese de posibles procesos de sacerdotes de “vida de santidad”, en referencia a San Juan María Vianney.
- + algunhas celebracións especiais na Catedral de Mondoñedo, na Con-Catedral de San Julián de Ferrol, no Seminario Santa Catalina de Mondoñedo...
- + coordinación da Delegación do Clero coas demais da Provincia Eclesiástica, en canto a programas, materiais, celebracións,...
- + sinalar algunhas persoas responsables para os actos deste Ano.
- + valoración do labor sacerdotal nas parroquias, por parte dos fieis.
- + clarificación pública e publicada da economía parroquial.
- + reunións sacerdotais -por ciclos vitais, -por franxas de idades,...
- + ter en conta ao “Teologado San Rosendo” e “achegalo” máis á Diocese

O Sr. Bispo sinala como coordinadores do Ano Sacerdotal ao Delegado do Clero, Don Eugenio García Amor, e ao Secretario de Pastoral, Don Carlos Miranda Trevín.

Como INFORMACIÓNS, o Sr. Secretario de Pastoral expuxo a celebración da constitución e reunións do Consello Pastoral Diocesano, así como o seu funcionamento e as propostas para a formación de laicos, escola de axentes de pastoral e a elaboración do plan pastoral dos anos vindeiros.

O Sr. Ecónomo Diocesano, Don Ramón Otero Couso, informou de que o próximo ano 2010 finaliza o concerto de uso do Teologado San Rosendo no Seminario Menor de Belbís en Santiago de Compostela; iso supón a procura de solucións e informa dalgunhas posibilidades e programacións en perspectiva de futuro, contando cunha acollida afectiva e efectiva de parte do clero diocesano. Dialogue cordialmente sobre este asunto suxerindo un estudo

sereno, ilusionar a todos, buscar a colaboración persoal e económica oportuna para culminar este proxecto como soño e froito do Ano Sacerdotal.

Informou tamén o Sr. Ecónomo de que o sistema de comunicacións polo correo tradicional está a cambiar e que están en estudo outras varias posibilidades de uso de medios modernos e rápidos, como internet, banda ancha ADSL, intranet, páxina Web diocesana...para un mellor servizo de comunicación cos sacerdotes e as parroquias; tamén sinalou a posta a punto de Popular TV en dixital.

En relación co Ano Santo Compostelán o Sr. Bispo indicou ter en conta a referencia doutros anos para as distintas peregrinacións diocesanas, de delegacións e de parroquias. Indícase que a Delegación de Santuarios e Peregrinacións será a que coordine estes actos. Pídese pór en valor o Camiño Norte de peregrinacións.

A Delegación de Pastoral Xuvenil sinala que haberá proxectos e mobilizacións de mozos, para conmemorar o vixésimo aniversario da presenza de Xoán Paulo II no Monte do gozo e unha peregrinación europea de mozos no verán.

Sobre a Xornada Mundial da Mocidade infórmase que a Cruz e o cadro da Virxe percorrerá as Dioceses de Galicia en abril de 2010.

Finalmente, o Día das Familias Cristiás celebrarase en Ferrol no recinto da Feira de Mostras pola tarde do domingo 28 de xuño coa lema de "Profundemos na beleza do matrimonio e da familia".

De todo o anteriormente tratado nesta reunión do Consello Presbiteral levántase Acta na Cidade Episcopal de Mondoñedo a data 15 de xuño de 2009.

Vtº/Bº O Bispo,

+ Manuel Sánchez Monge

O secretario,

Rafael Lombardero García.

4.3. SERVICIO DIOCESANO DE COMUNICACIÓN

4.3.1. Nota informativa

NOTA INFORMATIVA DEL SERVICIO DIOCESANO DE COMUNICACIÓN DEL OBISPADO DE MONDOÑEDO-FERROL A PROPÓSITO DE LAS ÚLTIMAS DECLARACIONES DE D. VICTORINO PÉREZ PRIETO

Con relación a las declaraciones a la prensa de D. Victorino Pérez Prieto, concretamente las que aparecen en una entrevista publicada por El Correo Gallego de ayer domingo, 7 de marzo, en las que afirma que, “a pesar de estar casado sigue siendo cura, aunque sin responsabilidad parroquial, situación de la que el Obispo de Mondoñedo-Ferrol está al tanto”, añadiendo a continuación que “sigue celebrando misa”, este Obispado se ve en la obligación de manifestar lo siguiente:

1º) Según lo prescrito por los cánones del Código de Derecho Canónico, 1394, 1 y 1044, 1-3º, al clérigo que haya contraído, aún inválidamente, matrimonio civil no le es lícito en modo alguno ejercer las órdenes sagradas, particularmente presidir la eucaristía.

2º) No es cierto que el Obispo de Mondoñedo-Ferrol haya amparado o consentido en modo alguno que D. Victorino Pérez Prieto continuase ejerciendo, en la forma en que parece ser que lo ha venido haciendo, el ministerio sacerdotal. Es más, en reiteradas ocasiones le ha apremiado a solicitar su secularización, regularizando así su situación eclesial.

3º) Ante la gravedad de las informaciones hechas públicas en estos últimos días por diversos medios, el Obispo, en el ejercicio de su responsabilidad pastoral, ha decidido iniciar el procedimiento para determinar si dichos hechos pueden dar lugar a la imposición de la pena canónica de la expulsión del estado clerical de D. Victorino Pérez Prieto.

4º) Por último, el Obispo desea manifestar a la opinión pública, y particularmente a la comunidad cristiana, su pesar por que se haya llegado a esta situación tan dolorosa, así como por el desconcierto que haya podido producir en algunas personas.

En Ferrol, a 8 de marzo de 2010

4.4. DELEGACIÓN DO CLERO

4.4.1. Carta do Delegado

5 febreiro 2010

NO CAMIÑO DA NOSA CORESMA

Benqueridos compañeiros: Este Ano Sacerdotal e Xacobeo temos que vivilo sacerdotalmente "*andando polo camiño*", como os discípulos de Emaús

Nesta Coresma El sairá ao noso encontro para preguntarnos de qué falamos e cómo vivimos.

O noso Bispo invítanos a que fagamos con el unha mañá de Retiro nos lugares e datas que aquí se propoñen. Tede en conta que as datas van un tanto distanciadas, dado o programa de actividades que el ten xa comprometido.

Así pois, estas son as datas de Retiro propostas por el (iniciándose sempre ás 11 da mañá).

VIVEIRO (Residencia Betania)	Xoves 18 febreiro
VILALBA (Asilo)	Venres 19 febreiro
MONDOÑEDO (Seminario).....	Martes 2 marzo
FERROL (Domus)	Luns 22 marzo

Outros encontros e celebracións

Oportunamente avisaremos da celebración da *Misa Crismal* no Martes Santo (30 marzo).

Tamén da Peregrinación dos *Sacerdotes de Galicia a Santiago*, con motivo do Ano Santo, que está prevista para o día 27 de maio (Festa de Cristo Sumo Sacerdote).

E finalmente debemos tamén sentirnos invitados a seguir participando nos encontros de Formación Permanente que cada un dos Arciprestados vai sacando adiante con especial esforzo e notoria participación.

"*A gracia ten o seu momento*", dicía o Cura de Ars. Aproveitemos, pois, ese momento para encontrarnos con El nesta próxima Coresma.

Coa miña aperta agradecida

Uxío García Amor

4.4.2. Carta do Delegado a todos os sacerdotes

18 marzo 2010

Os nosos próximos encontros

Benqueridos compañeiros: A festa de San Xosé, na que celebramos o Día do Seminario, é un momento feliz para encontrarnos espiritualmente e pedir que sexamos, coma el, testigos da misericordia de Deus.

Ese é tamén o desexo do noso Bispo na súa Carta Pastoral que acabamos de recibir: *“que o Señor nos conceda superar a fatiga e o desalento, renovando a frescura da nosa entrega sacerdotal e a nosa paixón por anunciar a Xesucristo”*.

Así o faremos nos próximos encontros sacerdotais que temos en programa

Misa Crismal

A Misa Crismal deste ano está prevista para o **Martes Santo**, día **30 de marzo**, na **Catedral de Mondoñedo**, ás **11 da mañá**.

Procuremos participar con ánimo gozoso, renovando os nosos compromisos, e buscando unha vez máis a expresión da nosa fraternidade eucarística.

Encontro de Formación

O noso Bispo invítanos a un Encontro especial de Formación con motivo do Ano Sacerdotal.

Celebrarase no **Seminario de Mondoñedo** o **martes 13 de abril**, iniciándose ás **10'30 da mañá** (pídese puntualidade)

Os temas a tratar versarán sobre o **Ano Sacerdotal** e a pastoral do **Cura de Ars** na catequese e no confesionario.

Serán ponentes **Mons. Rafael Palmero**, Bispo de Orihuela-Alicante, e dous sacerdotes expertos da mesma Diocese: o **Delegado de Catequese** de Alicante, e o **Rector da Basílica de Aspe**.

Procuremos aproveitar esta nova oportunidade para coñecer mellor e imitar a lección do noso Patrono.

Para preparar o xantar dese día, remitide a **ficha anexa** ao meu enderezo.

Que a nosa vida sexa “apaixoante”, como nos pide a campaña do Seminario. Sempre unidos en Cristo

Uxío García Amor



XANEIRO

FEBREIRO

MARZO

5. CRÓNICA DIOCESANA

XANEIRO

Sábado 2

VILALBA

CENTENARIO DA “FUNDACION “HOSPITAL ASILO”

A Fundación “Hospital Asilo de Vilalba”, que agora xestiona e promove a Residencia de Maiores, quixo recordar e honrar o seu centenario (1909-2009) con diversas actividades e festexos, que se anunciaron e desenvolveron con notable concurrencia.

A máis solemne foi sen dúbida a Misa festiva presidida polo Cardeal Rouco Varela e o Bispo de Lugo,. Mons. Alfonso Carrasco, que se celebrou na igrexa parroquial de Vilalba, e que foi cantada pola Coral Polifónica.

Houbo tamén outros actos máis domésticos, que compartiron os residentes da institución e que supoñen a notable vitalidade desta iniciativa, hoxe tan apreciada polos servizos que ven prestando.

Xoves 7

FERROL

FESTA DE SAN XIAO NA CONCATEDRAL

Un ano máis a nosa Concatedral de Ferrol festexou ao seu Patrono, San Xiao, sumándose así ás festas populares que celebra a cidade no comezo de cada ano.

Presidiu a Eucaristía festiva o noso Bispo, quen quixo suliñar o papel de San Xiao na etapa martirial da primeira igrexa. El segue sendo un dos santos que ten patrocinio especial en moitas das Parroquias da nosa Diocese.

Mércores 13

DIOCESE

SOLIDARIEDADE CON HAITÍ

O trágico seismo que arrasou a capital de Haití provocou tamén na nosa Diocese un movemento extraordinario de solidariedade, que levou a recadar en pouco tempo a través do servizo de Caritas un total de 100.000 euros.

Foi un modesto testemuño do que sinten os nosos corazóns cando nos asomamos a esas imaxes tan impactantes deste pobo tan pobre e tan destrozado.

Xoves 14

FERROL

CONFERENCIAS EN "AULA ABERTA"

Seguindo a tradición de anos anteriores, o Arciprestado de Ferrol puxo en programa un ciclo de Conferencias sobre o Ano Sacerdotal durante este trimestre valéndose do servizo compartido con Caixa Galicia titulado "Aula aberta".

Tres delas tiveron lugar no mes de xaneiro: "El sacerdocio en el Nuevo Testamento", por Javier Martínez Prieto (14 xaneiro); "El sacerdocio común de los fieles", por Antonio Rodríguez Basanta (21 xaneiro); "Ser sacerdote hoy", por Mons. Sánchez Monge (28 xaneiro). Todas elas tiveron unha notable audiencia e sintonía acolledora.

Luns 18

VIVEIRO

RENOVACION NO CENTRO "INMACULADA NENA"

Verificouse unha reforma integral no Centro de Menores que anima en Viveiro a Comunidade relixiosa de "Esclavas de la Inmaculada Niña".

Supuxo esta mellora unha inversión de 800.000 euros, aportados por diversas entidades.

Para celebrar esta mellora convocouse un acto de reinauguración, no que estivo presente o noso Bispo, xunto con outras autoridades. Todos destacaron a importancia da acollida e educación dos 80 nenos que están incorporados a este Centro

Venres 22

VIVEIRO

CELEBRACION ECUMÉNICA

A Semana de oración pola Unidade dos Cristiáns tivo especial resoancia na Comunidade Dominicana de Valdeflores, que leva desde hai moitos anos esta intención marcadamente ecuménica.

Con tal motivo celebrouse neste Mosteiro unha Eucaristía, presidida por Benito Méndez, como Delegado de Ecumenismo na nosa Diocese.

Sábado 23

VIVEIRO

VISITA PASTORAL

Dentro do programa da Visita Pastoral o noso Bispo asignou a estas semanas de xaneiro e febreiro o encontro coas Parroquias e institucións do Arciprestado de Viveiro.

Todas elas foron recibindo e celebrando festivamente estes encontros, nos que o Bispo procura achegarse de forma máis concreta á realidade relixiosa e social das comunidades que o acollen como Pastor e Mestre.

Xoves 28

FERROL

CONFERENCIA DO NOSO BISPO

Entre as conferencias organizadas por “Aula aberta” na cidade de Ferrol con motivo do Ano Sacerdotal merece destacarse a que pronunciou o noso Bispo na “Fundación Caixa Galicia” o xoves 28 de xaneiro sobre o tema “Ser sacerdote hoy”

Ademáis da presentación xeral dos valores que supón hoxe o ministerio sacerdotal, o noso Bispo quixo destacar o de ser testigo e servidor da misericordia de Deus.

Houbo tamén un coloquio posterior para aclarar e suliñar os aspectos que máis interesaron ao numeroso auditorio.

Sábado 30

BEGONTE

CLAUSURA DO BELÉN

O xa clásico Belén electrónico de Begonte, iniciado polo Párroco Xosé Dominguez Guizán, e que segue acollendo milleiros de visitantes, celebrou a súa clausura o sábado 30 de xaneiro cunha ampla representación das diversas institucións que o patrocinan.

Entregáronse os premios concedidos nos tres concursos que alí se promoven no campo da pintura, poesía e periodismo. Houbo tamén un concerto de panxoliñas, interpretado pola Coral Alborada de Viveiro.

Sábado 30

FERROL

HOMENAXE A CUCO RUIZ DE CORTAZAR

No Centro Cívico de Caranza (Ferrol) fíxose a presentación do libro “Cuco Ruis de Cortazar: una voz para un tiempo de silencio”, que foi promovido e editado polo propio Centro, e que recolle diversos testemuños sobre a vida e obra deste sacerdote como animador da vida social e relixiosa do barrio de Caranza.

Houbo tamén con este motivo unha Mesa redonda presidida por Mercedes Carbajales e un Concerto musical de homenaxe.

FEBREIRO

Martes 2

DIOCESE

DIA DA VIDA CONSAGRADA

As diversas Comunidades relixiosas da nosa Diocese tiveron a oportunidade de celebrar a Festa da Presentación de Xesús (2 febreiro) como Día da Vida Consagrada.

O noso Bispo sumouse tamén a esta celebración cunha pequena carta titulada “Los consagrados: peregrinos, amigos y apóstoles”.

Xoves 4

FERROL

CONFERENCIAS EN “AULA ABERTA”

No mes de febreiro tiveron lugar no programa de “Aula aberta”, asumido pola Fundación Caixa Galicia de Ferrol, dúas novas conferencias sobre temas do Ano Sacerdotal: “Ser sacerdote mañana”, por Benito Méndez Fernández (4 febreiro); “Sacerdotes preeminentes de nuestra Diócesis”, por Uxío García Amor (11 febreiro).

Domingo 14

DIOCESE

CAMPAÑA DE “MANS UNIDAS”

A Campaña contra a Fame no mundo, que ven promovendo a Organización de “Mans Unidas”, foi unha vez máis acollida e apoiada en moitas das nosas Parroquias con especial interese e participación.

Valeu tamén como aliciente a traxedia vivida polo pobo de Haití, e a publicidade que ofecen os medios de comunicación, tan incisivos en presentar datos e dramas humanitarios padecidos no noso tempo.

Xoves 18

VIVEIRO

RETIROS SACERDOTAIS NA CORESMA

Os Retiros sacerdotais organizados con motivo da Coresma e animados polo noso Bispo iniciáronse este ano no Arciprestado de Viveiro cunha xornada de oración convocada na Residencia “Betania” o 18 de febreiro.

As outras xornadas de Retiro celebráronse en Vilalba (19 febreiro), Mondoñedo (2 marzo) e Ferrol (22 marzo)

Sábado 27

MONDOÑEDO

FESTIVIDADE DE SAN ROSENDO

Anticipándose á festa litúrxica de San Rosendo (1 marzo) convocou o noso Bispo unha celebración solemne na Catedral de Mondoñedo o sábado 27 de febreiro, coa participación dos membros da Academia Auriense-Mindoniense de San Rosendo.

A Eucaristía en honra de San Rosendo foi celebrada no rito mozárabe e presidida polo noso Bispo e Mons. Alfonso Carrasco, Bispo de Lugo, quen tomou posesión como académico numerario, xunto co escritor Juan Manuel de Prada. Cantou na Misa a Coral Polifónica Vilalbesa.

Posteriormente houbo tamén un acto académico de recepción, e unha visita á Basílica de San Martiño.

MARZO

Luns 1

CERVO

XUNTANZA DE "CREGOS NOVOS"

As xuntanzas periódicas convocadas polo grupo de Cregos novos - ordenados nos últimos anos- continúan celebrándose en diversos lugares da Diocese, coa presenza do noso Bispo.

A do mes de marzo fíxose na Parroquia de Cervo, onde se xuntaron os participantes na Casa Rectoral e na igrexa para unha mañá de reflexión e de oración compartida. Houbo tamén o xantar comunitario.

Venres 5

FERROL

PREGON DA SEMANA SANTA

A Semana Santa que se celebra en Ferrol figura entre as máis concurridas e espectaculares de Galicia. Por iso ten ao seu servizo un notable número de Cofradías que a estimulan e a organizan.

Este ano honrouna como pregoeiro o Cardeal Arcebispo emérito de Sevilla Mons. Carlos Amigo Vallejo, quen fixo a presentación da Semana na Concatedral de S. Xiao o día 5 de marzo, con notable concurrencia e admiración dos asistentes.

Tamén se presentou a Semana Santa na Fundación Caixa Galicia cun documental de 75 minutos titulado "Pasión ferrolana", editado por Cope

Sábado 6

VILALBA

RETIRO ESPIRITUAL DE CORESMA

Aproveitando a proposta tradicional convocouse para o sábado 6 de marzo unha xornada de Retiro para os grupos parroquiais do Arciprestado de Terrachá con motivo da Coresma.

Esta xornada celebrouse no Seminario de Mondoñedo, e foi dirixida por Charo Fernández España, Relixiosa da Compañía de María. Completouse tamén co xantar comunitario.

Sábado 6

NEDA

REPRESENTACION DA PAIXON

Entre as Parroquias que propuxeron unha representación dramática da Paixón de Xesús figurou este ano a de Sta. María de Neda, que ofreceu o sábado 6 de marzo a actuación do Grupo San Miguel Arcángel da Diocese de Tui- Vigo.

Fíxose tamén no Valadouro a tradicional escenificación do Viacrucis na Parroquia de Santo Tomé

Sábado 13

VILALBA

“FESTA DOS PEPES”

A tradicional “Festa dos Pepes”, que ven celebrándose en Vilalba dende hai 50 anos, tivo este ano especial solemnidade.

Houbo unha Misa solemne, na que fixo de presentadora a misioneira María-José Carrasco Rouco, unha ofrenda floral no Cemiterio e unha imposición de medallas aos antigos membros da asociación. Por suposto houbo tamén a Cea festiva co típico repertorio musical.

Venres 19

DIOCESE

DIA DO SEMINARIO

A Festa de San Xosé serviu un ano máis para presentar a campaña do Día do Seminario, que nos aleccionou coa súa mensaxe sobre a “vida apaixonante” do sacerdote, como testigo e ministro da misericordia de Deus..

Como sempre, tratouse tamén de analizar a situación vocacional da nosa Diocese e presentar algún testemuño persoal que axude a sementar a oración e a colaboración.

Venres 26

FERROL

25 ANOS DE “ESTUDIOS MINDONIENSES”

O Anuario “Estudios Mindonienses”, publicado polo Centro de Estudios da Diocese de Mondoñedo-Ferrol co patrocinio da Fundación Caixa Galicia, cumpriu este ano o seu 25 aniversario.

Por iso acordouse facer unha conmemoración especial na Domus Ecclesiae de Ferrol, coa presentación do número 25, e tamén cos testemuños do noso Bispo e de D. Segundo Pérez, Director da publicación, e outros actos festivos que axudaron a difundir o seu contido e valor. Houbo tamén un xantar comunitario e unha tertulia sobre o “Presente e futuro dos Estudos locais”

Sábado 27

VIVEIRO

PREGON DA SEMANA SANTA

A cidade de Viveiro, que pon a súa Semana Santa en primeiro plano de prestixio e de concurrencia popular, encomendou este ano o seu Pregón tradicional ao Cronista oficial da cidade: Carlos Nuevo Cal.

Así empezou na cidade a resoar o peculiar ritmo desta semana, que tanto ilusiona e atrae aos visitantes e aos residentes de Viveiro

Domingo 28

DIOCESE

INICIO DA SEMANA SANTA

Debemos adicar cando menos unhas liñas a exaltar o valor da Semana Santa nas nosas comunidades parroquiais.

Hai na nosa Diocese lugares onde a Semana Santa acada un valor excepcional, e atrae a unha moitedume de asistentes e de celebrantes, como son Ferrol, Viveiro, Burela, Mondoñedo, Foz, Ribadeo e Valadouro. Cada unha destas localidades publica o seu libro e o seu programa de actos.

Quedan logo outras Parroquias con celebracións especiais, aínda que menos publicitadas.

E, por fin, as pequenas aldeas e asociacións que nestes días fan un esforzo por presentar dignamente o misterio central da nosa fe.

Vai para todos o ánimo e a constancia con que se comparte o traballo e a devoción que neren estes misterios centrais da nosa salvación

Martes 30
MONDOÑEDO
MISA CRISMAL

A Misa Crismal, integrada na Semana Santa, celebrouse este ano na Catedral de Mondoñedo, cunha extraordinaria concurrencia de sacerdotes e tamén cun número significativo de fieis asistentes.

Presidiu, como sempre, o noso Bispo, dándolle especial acento á celebración do Ano Sacerdotal, e invitando a valorar a graza e o significado dos sacramentos que levan consigo o Crisma e os Oleos que se consagran nesta Misa.



RUDESINDUS" – Nº 5 – MONDOÑEDO-OURENSE, 2009

6. PUBLICACIONES

“RUDESINDUS” – Nº 5 – MONDOÑEDO-OURENSE, 2009 – 239 PXS.

A revista “Rudesindus”, que publica a Academia Auriense-Mindoniense de San Rosendo, chega puntualmente ao seu número 5, consolidando así o seu proxecto inicial e a súa adicación aos temas de arte e cultura que teñen que ver coa nosa historia local.

Este número en concreto presenta as noticias referidas á propia vida da Academia. Logo ofrece diversos estudos sobre a vella Gallaecia e os documentos do alto medievo. Mira a continuación hacia a historia de Viveiro, e hacia as metas da peregrinación xacobeá.

Todo vai articulado nunha edición moi coidada na súa presentación tipográfica, e buscando a colaboración dos suscritores que queiran ofrecer as súas achegas no campo da investigación ou da divulgación cultural.



RVDO. D. JOSÉ M^a NEIRA MARTINEZ

7. NA PAZ DO SEÑOR

RVDO. D. JOSÉ M^a NEIRA MARTINEZ

Morreu este sacerdote o día 28 de xaneiro de 2010 na súa casa familiar de Graña de Vilarente (Abadín), onde levaba retirado máis de 40 anos, e onde nacera o 6 de decembro de 1936.

Tiña, pois, 73 anos de vida, e levaba cumpridos 47 anos de ministerio sacerdotal, xa que fora ordenado en 1962. Nos primeiros anos de sacerdocio atendeu as Parroquias de Alvare e A Garda. Desempeñou logo o seu servizo pastoral na comarca de Mañón e máis tarde na zona de Parga.

Afectado por unha notable deficiencia sicolóxica, foise retirando dos seus compromisos pastorais, e volveu á súa casa familiar, onde levou unha vida calada e fondamente relixiosa, coidado agarimosamente polos familiares e someténdose temporalmente a tratamentos médicos.

A pesares da súa enfermidade, procuraba vivir a espiritualidade sacerdotal e concurría ás xuntanzas e celebracións nas que podía participar.

O seu enterro e funeral na Parroquia de Graña de Vilarente celebrouse o día 30 de xaneiro cunha notable asistencia de compañeiros sacerdotes e veciños da Parroquia, que recoñecían as virtudes e os esforzos de superación con que loitaba na súa enfermidade. “Entra no gozo do teu Señor”.



Bispado de Mondoñedo-Ferrol
Miramar, s/n (Apdo. 176)
15480 FERROL
www.mondonedoferrol.org
mcs@mondonedoferrol.org